



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arca, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anton (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanilana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Briton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castela, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martin, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Diaz José María, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echeagaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gayangos, Galdete de Moína (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzensbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanáz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mané y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgóz, Ortiz de Pinedo, Oteaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual D. Agustin, Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Ríoero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-
 tillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Febrero de 1881.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este
 medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jeronimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—El pauperismo y la asociacion, por
 D. Eusebio Asquerino.—Fisonomia de un gran pintor: Nicaisé Keyser
 por D. Héctor Florencio Varela.—Chilenos y Peruanos, por D. Manuel Prieto
 y Prieto.—España y sus colonias, por D. Manuel Becerra.—La catedral de
 Toledo, por D. Emilio Castelar.—La cuestion de Marruecos, por D. Francis-
 co Cañamaque.—El emperador José II de Austria, por D. Juan Fasteurath.—
 Las ideas sobre la muerte y el mal en el pasado, por D. Alfredo Opisso.—
 El ciprés de la Sultana (el juicio de Dios), por D. Manuel Fernandez y Gon-
 zalez.—Sueños.—El canto del poeta, por D. Manuel Reina.—La voz del siglo,
 por D. Eusebio Blasco.—Dolora, por D. C. Rodríguez Pinilla.—En varios al-
 bums, por D. Ramon de Campoamor.—¡Siempre! La sepultura de mi madre
 por D. José Selgas.—La risa, por D. S. Rueda.—Fragmentos, por D. Anto-
 nio García Gutierrez.—La conciencia, por D. José Mompou.—Historia eter-
 na, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Las últimas noticias que han circulado respec-
 to á la cuestion greco-otomana, son más pacíficas.
 Se espera que Grecia, en vista de la actitud de las
 potencias, no se atreva á cometer ningun acto
 de agresion, á pesar del espíritu belicoso que en
 aquel país reina. La confirmacion de estas noticias
 sería un suceso dichoso. ¿Quién no hace votos por
 la conservacion de la paz en Europa? Pero la rea-
 lidad habla en sentido completamente contrario al
 deseo. La diplomacia, encargada de exaltar las
 esperanzas de los griegos mucho más allá de todo
 límite posible para matarlas despues de un golpe
 con el frío de su indiferencia, ha influido mucho
 en que Grecia se convenza de que no debe esperar
 nada de extrañas protecciones y de que puede es-
 perar mucho de sus propias fuerzas. La necesidad
 absoluta de reconstruir su hacienda trastornada y
 deshecha, el estado de su ejército, la esperanza de
 que Inglaterra no permita el bombardeo de las
 ciudades abiertas, hacen que Grecia dé rienda
 suelta á sus aspiraciones belicosas con la confianza,
 tal vez imposible de cumplir, pero fundada, de que
 la próxima guerra ha de producir un trastorno
 general en Turquía. Por eso la creemos inevitable.
 Las potencias podrían hacer mucho para que
 no se presentase. Pero les falta quererlo bien.
 Tambien la cuestion de Irlanda se complica
 más y más cada dia. El sol de la esperanza se
 eclipsa, cúbrese el cielo de negras nubes, y de
 cuando en cuando le rasga un relámpago que es
 anuncio de tempestad terrible. No es fácil, empero,
 profetizar el desenlace del problema social pla-
 teado en el reino británico. ¿Quién vencerá en esta
 terrible contienda en que militan de un lado el
 pueblo irlandés, victima largo tiempo de la intransi-
 gencia de sus dominadores, y de otro los propie-

tarios que se niegan á que el problema económi-
 co dé el triunfo á los irlandeses como se la dió el
 problema religioso? Los conservadores ingleses
 excitian al Gobierno á seguir una política de abier-
 ta resistencia confiando en que por este procedi-
 miento ha de volver necesariamente el poder á sus
 manos muy en breve. Tras del proceso de Dublin
 vino la prision del jefe de la liga agraria y despues
 de esto la presentacion en las Cámaras de un bill
 suspendiendo las garantías constitucionales en Ir-
 landa hasta 1882.

La discusion de este bill ha sido accidentada y
 ruidosa. Despues de la sesion del dia 3, llena de tu-
 multos, en la cual, el presidente de la Cámara de
 los Comunes cerró el debate faltando á todas las
 prácticas parlamentarias, han sido expulsados 36
 diputados que protestaron contra la tiranía presi-
 dencial. Este conflicto se resolverá con la vuelta
 de los 36 diputados al Parlamento. Pero la política
 incierta del Gobierno en esta cuestion trascenden-
 talísima hace esperar obstáculos mayores.

La Cámara de diputados francesa discute en la
 actualidad un proyecto de ley de imprenta. Más,
 mucho más liberal que las leyes del imperio, en
 este proyecto tiene, sin embargo, una influencia el
 doctrinarismo, que es incompatible con la situa-
 cion de la vecina república. Por esto ha prosperado
 una enmienda que el diputado Mr. Floquet pre-
 sentó y que está redactada en estos términos:

«No hay delitos especiales de imprenta. Todo el que haga
 uso de la imprenta ó de cualquier otro medio de publicidad,
 es responsable de sus actos con arreglo á las disposiciones
 del derecho comun.»

Nos explicamos que 271 votos hayan tomado
 en consideracion esta enmienda. Si en la práctica
 la libertad de imprenta no daña sino á los que de
 ella abusan, ¿por qué habian de aceptar los demó-
 cratas de la vecina Francia una ley inspirada en
 los temores y suspicacias de las escuelas conser-
 vadoras? Pero no es esto sólo. Hasta los que han
 votado en contra habrán de reconocer al fin, que
 cuando no se consagra la libertad absoluta es im-
 posible redactar una ley de imprenta. Un escri-
 tor lo ha dicho:

«Fuera de la libertad, no hay más que la fantasia de lo
 arbitrario.»

**

La discusion del Mensaje en el Senado ha con-
 cluido. Discusion importantísima, trascendental,
 ruidosa. Se quería saber si ha llegado el momen-
 to de que el Sr. Cánovas del Castillo con todas sus
 glorias de pacificador y el Sr. Romero Robledo
 con todos sus húsares obedientes, dejen la casa mi-

nisterial para que vengan á habitarla el Sr. Sagas-
 ta con el traje más liberal que encuentre en su
 guardarropa, y el general Martinez Campos con
 la mayor buena fé que encuentre en sus recuerdos
 de Presidente del Consejo de Ministros. El país
 podrá no tener gran interés en esta polémica. Pe-
 ro los fusionistas le tenian muy grande. La lucha
 fué, pues, reñida como pocas veces en un recinto
 de donde huyó mucho tiempo hace la discordia
 para dejar el campo libre á la cachaza y al sueño
 tranquilo.

En la discusion del Mensaje pudimos ver cómo
 el Sr. Cuesta, hábil polemista y orador correctísi-
 mo, recogía velas un dia creyendo que sus corre-
 ligionarios habian ido demasiado lejos, para lan-
 zarse al siguiente al proceloso mar de las acusa-
 ciones y de las censuras enérgicas: pudimos oír
 cómo los Sres. Cánovas y Romero Robledo, perdi-
 da la brújula, dominados por una gran pesadum-
 bre, inciertos, desesperanzados, injuriaban á la
 prensa, sintiéndose impotentes para defender con
 buena lógica la política que personifican; pudimos
 convencernos de que las lamentaciones y los des-
 engaños del general Martinez Campos han sido
 para él ensayos de elocuencia á juzgar por sus
 expansiones extrañas y sus habilidades increíbles.

De estos debates y de los del Congreso resulta-
 ban en el fusionismo cuatro opiniones que no eran
 un programa de Gobierno, pero que podian ser
 una prueba de disidencia.

El general Martinez Campos, en los momentos
 de peligro, estaba decidido á poner siempre su es-
 pada al servicio de la Monarquía.

El Sr. Alonso Martinez, en cuanto la trompeta
 apocalíptica sonase, se iría á su casa á llorar en
 el retiro las desventuras de la política canovista.

El Sr. Sagasta aseguró que en todo caería del
 lado de la libertad.

Y el Sr. Balaguer, considerando la forma de
 Gobierno cuestion accidental, no se mordía la len-
 gua para decir que quería la libertad ante todo y
 sobre todo.

¿No es cierto que entre ellos no hay armonía
 posible? Pues, no obstante, una razon, un deseo, una
 esperanza las ha conciliado. El partido fusionista,
 convencido de que nada puede esperar del cuer-
 po electoral, que es prisionero de guerra del Go-
 bierno, todo lo aguarda del libre ejercicio de la ré-
 gica prerogativa.

Los conservadores, sin desconocer esta prero-
 gativa, no ocultan la conveniencia de que se apoye
 en un acto parlamentario, bien seguros de que
 entonces no serán condenados al destierro del po-
 der. Pues bien; á pesar de esto no pasa dia en
 que no se hable de la inminencia de la crisis, ni ani-

ma otro asunto las conversaciones del salón de conferencias, ni hay tema á que la pluma consagre mayores atenciones. Si la crisis se planteara al fin, podría decirse que era un triunfo de la opinión. Aunque los fusionistas no son santo de su devoción, los conservadores lo son ménos. Se ha empeñado en que Cánovas se hunda con todo su orgullo olímpico y todas sus mentidas grandezas, y lo va á conseguir.

Si así sucede, confiamos en que el agradecimiento de los fusionistas será eterno, y en que este agradecimiento, unido á su amor de última hora por la libertad, daría por fruto grandes conquistas. Ellos no dejarán que la prensa sea injuriada ni perseguida; ellos no pondrán con el anatema de la ilegalidad obstáculo á la propaganda democrática; ellos no consentirán que las irregularidades vivan un solo día después de su triunfo; ellos no querrán que se diga más, como dicen ahora de los conservadores, que han hecho del sufragio un prisionero de guerra.

A esto están obligados. Piensen, más que en los destinos que van á disfrutar, en las grandes responsabilidades que se les van á dirigir.

**

El deseo de protestar contra los actos de la política conservadora es unánime en el país; la convicción de que los demócratas sólo pueden desterrar esa política uniéndose en fraternal consorcio y declarándole una guerra irreconciliable, está arraigada en todas las conciencias, aun en las de aquellos que lejos de nuestro credo comulgan. Prueba elocuente de estas grandes verdades es que al advenimiento dichoso de la juventud democrática á la vida pública, iniciado en Madrid y saludado como una esperanza de redención por muchos hombres ilustres de la democracia, responden entusiastas las provincias sin miedo á excomuniones ni á peligros.

Para Cartagena esta manifestación no sólo era un acto político sino una rehabilitación reclamada por la justicia, y por lo mismo que el trabajo era de más empeño, hubo muchos temores de que no llegaría á verse concluido. Se trataba de una ciudad que en 1808 fué la primera en alzar en las costas de Levante la bandera de la Independencia en frente de la opresión francesa; pero que en 1873 tuvo la desgracia de que la anarquía la eligiese por asilo. En esta desventura, Cartagena no era culpable más que de haber hecho fijar los ojos de la anarquía codiciosa en sus admirables elementos de defensa. No sólo era inocente, sino víctima. Esa sombra de la calamidad reflejaba sobre ella un tinte lúgubre. Esa sombra ha sido disipada por virtud de la democracia y por obra del entusiasmo de la ilustrada juventud cartaginesa. La rehabilitación está hecha. ¡Con cuánta razón, con cuánta elocuencia lo dijo un orador al iniciar los brindis del banquete! «La virtud de las ideas vive más que los errores de los hombres.»

**

Gayarre, Sarasate, la Patti, Saint-Saens, Rubinstein... Si Madrid tuviera un álbum para que en él pusieran su firma las celebridades musicales que le visitan, de fijo que á estas horas le quedaban pocos autógrafos que desear.

El triunfo de Rubinstein no ha sido una ovación, ha sido un verdadero delirio. La noche en que por primera vez se presentó ante nuestro público, parecía que el entusiasmo, entrando en el teatro de Apolo, quería vengarse del destierro que de aquel sitio frecuentemente sufre. Y sin embargo, el teatro de Apolo, si es el de la desgracia para las empresas, es el de los grandes éxitos para los artistas. Por allí han pasado Echegaray, Sellés, Breton y ahora Rubinstein.

El autor de *Los Macabeos* es alto, robusto, monumental. Tiene la tez morena, el cabello negro, lacio, abundoso; los ojos azules y pequeños; la nariz corta, y gruesos los labios. Es una figura que llama la atención y que no se olvida. La curiosidad que despierta puede ser, cuando se le contempla sin conocerle, motivo de un juicio desfavorable. Pero cuando se le ve delante del piano, emocionado, lleno de inspiración y de sentimiento, dominado por la fiebre del arte; aislado en medio de un público numerosísimo, arrancar al difícil instrumento notas inspiradas, unas veces tiernas y delicadísimas como un suspiro, valientes y temibles otras, que parecen truenos; cuando sus ojos brillan, iluminados por la elocuencia del talento; cuando se olvida de que vive en el mundo para soñar despierto con el arte, el hombre raro y extraño se desvanece y queda sólo el músico admirable. No es sólo un pianista celebrísimo; es un pianista tallado en colosal.

Nació en 1830 en un pequeño pueblo situado en la frontera de Moldavia. A los ocho años le llamaban ya el segundo Mozart. A los diez, Liszt le dijo: «No te enorgulles, pero serás más grande que yo.» Ha viajado por todo el mundo; ha fundado muchas escuelas y Academias de música; ha escrito un sinnúmero de composiciones notables.

Cuentan que cuando Rubinstein volvió á Rusia, de Alemania, ya terminados sus estudios, llevaba á su país natal un baul completamente lleno de composiciones suyas.

Al pasar la frontera rusa, los aduaneros, completamente desconocedores de la música, le registraron el equipaje, y habiendo encontrado aquellos papeles con signos completamente desconocidos para ellos, creyeron ver la trama de una conspira-

ción contra el Czar, escrita en una clave enigmática. Le decomisaron el baul, y Rubinstein tuvo que resignarse á perder los frutos de su primera inspiración.

Por lo visto está condenado á la enemistad de aduaneros y agentes de orden público.

Terminado el primer concierto del teatro de Apolo, algunos admiradores de Rubinstein le acompañaron hasta su casa llevando antorchas y vitoreándole sin cesar. Al llegar la comitiva al café Fornos alguien hubo de creer que se trataba de una manifestación ruidosa y faltó poco para que no fuesen á dormir á la cárcel los de las antorchas.

Frases oídas en Apolo a propósito de Rubinstein.

—Es una enciclopedia de pianistas, decían unos.

—Es un león que toca el piano, contestaban otros.

—Quisiera tener mucho dinero para comprar el piano en que ha tocado Rubinstein.

—¿Por qué?

—Porque debe tocar solo.

Entusiasmo de un neo aficionado á la música. Si todos los nihilistas fuesen como Rubinstein, era capaz de pedir que viniese el nihilismo.

**

No puede negarse que Terpsícore es una diosa que lo entiende, y que en lo de ganar prosélitos nada tiene que envidiar á Baco, ni á Venus, ni á Mercurio, ni á tantas otras influencias de la corte olímpica. Verdad es que ella se desvive por mostrarse amable y complaciente con todo el mundo, y que no se cuida de otra cosa que de aumentar los atractivos de la diversión que patrocina; pero así y todo preciso es convenir en que tiene adoradores fervientes y fanáticos partidarios que lo mismo la rinden culto en la empedrada calle que en un salón magníficamente decorado; al compás de una preciosa pieza musical con brillantez ejecutada, que al de las notas desacordes de una murga infame; con toda la compostura del baile que sólo tiene por objeto hacer que las mujeres hermosas luzcan su belleza y su elegancia, ó con tanta rapidez, que las parejas, cuando se forman, pueden hacerse cuenta que toman billete para un viaje por la electricidad al son de la música, que siempre se sabe dónde empieza y nunca puede ni aún presumirse dónde concluye.

En cuanto el Carnaval llega, Terpsícore pierde la cabeza. La moralidad hace cruda guerra á estos desvaríos de Terpsícore, pero las piernas pueden más que la moralidad. Cuando la inteligencia ó la razón dicen ¡atrás! las piernas dicen ¡adelante! y no hay remedio. El triunfo del baile es completo.

Que la juventud se pervierte; que las buenas costumbres rechazan ese espectáculo desvergonzado y escandaloso; que la sociedad sensata llora tantas escenas de color subido como allí presencia; que los bailes son origen de muchas desgracias, ¡qué importa! Lo que se necesita es bailar. El mundo, se ha dicho, es una jaula de locos, y los locos se entretienen saltando.

Cuando los bailes públicos, que han acudido á la floricultura para titularse, admiten máscaras en su recinto, prohíben, como medida de buen orden, que las máscaras lleven espuelas.

Más les valiera ordenar que llevaran freno.

**

Fuera de estos salones, donde se da rienda suelta á la alegría, el baile está dividido en dos géneros que rivalizan y hacen esfuerzos titánicos para triunfar el uno del otro; el género francés, pirotas por todo lo alto, y el género flamenco taconeado por todo lo tremendo.

En el escenario de todos los cafés cantantes y de la mayor parte de nuestros teatros, podemos ver un espectáculo por demás original y curioso.

Sentados en sillas de las llamadas de Vitoria y en fila como si fuesen á retratarse en familia, las artistas gitanas, envuelto el seno en el rojo ó blanco pañuelo bordado de Manila, de largos flecos; el alto rodete, convertido en tiesto de rosas y claviles, y la fisonomía animada con una sonrisa picaresca; los artistas flamencos con el traje corto, el pelo corto y la mirada brava, cantan y bailan y taconeán y agitan los dedos haciéndoles sonar como castañuelas, y chillan y gritan para dar vida y fuego y color, al sin estos adornos, apagado espectáculo.

Hombres parecidos á los gitanos, que tocan la guitarra ó palmotean ó dan acompasados golpes con el bastón en el entarimado que de escenario sirve, y en medio de él, una mujer con el cabello suelto, y que más que bailar se retuerce como una culebra, moviendo á un mismo tiempo los negriscos ojos, que despiden arrebatadoras fosforescencias; la pequeña boca que se anima dejando asomar el preludio de una sonrisa desesperante y traicionera; los torneados brazos formando caprichosas figuras en el aire, incomprensible y misteriosa mímica de las pasiones que ahora parecen rechazarnos con el puñal del desden y más tarde aparentan llamarnos rendidos de amores, las delicadas manos que de cuando en cuando se juntan para producir una palmada, y los diminutos y ágiles pies, cuyo estruendoso taconeado logra siempre entusiastas aplausos.

**

Para combatir este que bien podríamos llamar baile nacional, ha vuelto el can-can á nuestra tierra. No ha creído ser incompatible con Juan Breva ni injuriar la memoria del *Sargento Fede-*

rico, Catalina, El molinero de Suiza y otros personajes de nuestro drama lírico, y se ha hospedado en el teatro de la Zarzuela. Las parejas Baretta Borts son activas propagandistas de esta clase de baile. Son la caricatura viviente del can-can, gimnasia, que tiene más de locura que de baile.

El público llena todas las noches el teatro de la Zarzuela. La restauración del escándalo amenaza consolidarse. Allí donde se daban gallos con prodigalidad extraordinaria y con una circunstancia agravante, (en despoblado), apenas si ahora se vé una localidad desocupada.

Las parejas Baretta-Borts son más que bailarines, gimnastas. Pero son peligrosas.

El salto que más se aplaude en ellos es un salto mortal.

**

Yo sabía que los ojos conspiraban, pero nunca llegó á mi noticia que estas conspiraciones perjudicasen más que al individuo á quien haciendo de las miradas anzuelo, se trataba de arrebatar la tranquilidad.

Hoy reconozco que he estado en un error. Sé de ojos que conspiran contra instituciones respetables.

Los de los bizcos, de quienes todos los días se dice que conspiran contra el Gobierno.

**

En la cartera de un poeta bohemio.
Luna.—A todos los poetas y cesantes les parece un duro. Los capitalistas y comerciantes, la envidian por que sabe hacer cuartos. Los toreros la odian por que suele quedarse en la mitad.

MIGUEL MOYA.

EL PAUPERISMO Y LA ASOCIACION.

Conceder al pueblo derechos políticos es un deber sagrado de justicia. Ningun poder, sin perpetrar una usurpación, puede arrebatarle el ejercicio de su soberanía; pero importa no olvidar, que debe ser un medio el sufragio universal, de llegar á las reformas sociales que preocupan en el siglo presente á los corazones honrados y generosos.

Una de las más urgentes es la de curar esta úlcera que devora el cuerpo social, el pauperismo, y sabemos bien que no puede ser curada radicalmente, si el pueblo no se gobierna por sí mismo, si el principio de la soberanía nacional no se aplica con toda sinceridad, si la nación no es regida por un sistema democrático completo, porque sólo con estas condiciones la sociedad entonces proveería á la existencia de todos sus miembros, ya procurándoles trabajo, ya asegurando medios de existencia á los inválidos del trabajo.

La sociedad, que se honra, con razón, en sostener establecimientos que abriguen y alimenten á los guerreros heridos en el servicio de la patria, no debe rehusar un retiro á los que envejecen y gastan los resortes más enérgicos de su organismo en las rudas fatigas del trabajo. Hay un honor en desafiar los peligros que ofrece el campo de batalla, pero lo hay también en los labradores que luchan contra los rigores de las estaciones, y hacen penosamente surcos en la dura tierra, regados con el sudor de su frente, ó los que se dedican á las empresas industriales, que sumen en la miseria con dolorosa frecuencia, poderosas concurrencias, huelgas repetidas, que pueblan nuestros campos y nuestras ciudades de mendigos, que hacen dudar si somos un pueblo culto, ó un pueblo rudo, sin espíritu de fraternidad, sin prevision del día siguiente.

No podemos negar que la caridad privada es grande, pero no basta para remediar el mal, y la falta, para ser eficaz, el estar bien organizada. Muchas veces se ejerce sin inteligencia verdadera de las necesidades de los individuos ó de las familias, se distribuye una masa de riqueza, que si fuera repartida entre las manos de los verdaderos indigentes, haría su condición más soportable.

No basta dar pan; lo que hay que dar es trabajo.

No basta satisfacer el hambre de un día de un desgraciado, es mejor elevar al pobre en consideración, sacarle del abismo de abyección moral en que está sepultado, procurándole un trabajo útil, por el que recibiría un salario honroso. Aun en la distribución de estas limosnas pueden cometerse muchos abusos. Cuando las distribuye un espíritu fanático ó intolerante, es preciso que el que la recibe cubra su rostro de una máscara hipócrita, cuando su corazón no está animado de un fervor católico muy vehemente y concienzudo, y la limosna en ese caso es penosa para el que la hace, y humillante para el que la recibe.

El pobre es el hermano del rico, mas no tiene el derecho de obtener medios de existencia sin cumplir con sus deberes; es decir, que miembro de la sociedad, tiene el deber de ejercer un trabajo que esté en armonía con sus fuerzas y con su inteligencia, y cada vez que la ocasión se presenta, debe ensayarse de introducir el trabajo, como lazo entre el pobre y el rico, y de destruir, ó disminuir al ménos, el hábito de la limosna, admisible por desgracia en casos muy excepcionales; pero es conveniente y de alta moralidad que en las secciones de beneficencia, en la prensa, en las asociaciones de socorros mutuos, en todas partes donde se hable y se practique la caridad, se trate de sus-

tituir á la limosna el trabajo justamente remunerado, y se verá poco á poco que se realiza una revolución en las ideas, y el poder público se verá obligado á ocuparse de una organización, que es ya indispensable.

¿Cuántos miles de ciudadanos surcan los procelosos mares, abandonan sus pobres familias, por ganar un pedazo de pan, y mueren lejos del suelo que los vio nacer, en los desiertos de abrasadas arenas del Africa, ó en las pampas de América!

Urge crear Bancos agrícolas, talleres permanentes en los que todos los individuos vigorosos y útiles tengan la seguridad de encontrar trabajo. Así se adherirán al suelo de la patria los millares de ciudadanos que emigran todos los años, los innumerables mendigos hoy sin fuego y sin hogar, y se aumentará en una riqueza incalculable la riqueza nacional.

Y cuando se piensa en las producciones de toda especie que el suelo español abriga en su seno, causa admiración y pena, que economistas sin entrañas prediquen el celibato, y busquen medios impíos para que decrezca la población. Aludimos á los discípulos de Malthus, cuando hay medios de cultivar terrenos hoy eriales, porque la tierra, esta madre fecunda, no pide sino hijos que alimentarla.

Al trabajador que ha envejecido, al hombre enfermo que ha perdido su salud ó alguno de sus miembros, que ha merecido bien del país por su concienzuda labor, abridles el asilo de los inválidos del trabajo, como al soldado, al inválido de la guerra.

Proveyendo á su subsistencia, la sociedad se eleva y se engrandece; no es limosna que distribuye, sino deuda que paga.

A esa multitud de niños huérfanos ó abandonados por la miseria ó por la corrupción de sus padres, distribuid el pan material y el pan de la inteligencia; enseñadles que nosotros somos todos solidarios, que los más desgraciados deben ser los más amados; sed su familia protectora de su inocencia, y cuando hayan engrandecido, cuando adquieran el vigor juvenil, los hareis ciudadanos útiles que tomarán su rango entre los trabajadores, en vez de pasear hoy su vagancia y sus vicios á la faz del cielo, y de poblar mañana las cárceles y los presidios.

Hay que crear salas de asilo para los niños pobres. Son insuficientes las que ha establecido la caridad de algunas personas dignas de respeto; deben ser recibidos y alimentados hasta formar su educación.

En los talleres de trabajo para los pobres validos, debieran ser guarecidos los infinitos mendigos llenos de vigor que van cantando por las calles, acostumbrados á la holganza, y un Gobierno celoso de la moralidad pública, de la prosperidad nacional, debe acometer con firmeza estas reformas.

Su base fundamental estriba en la educación comun, gratuita, obligatoria y lega para todos; necesaria para formar ciudadanos, es la primera y la más indispensable de las obligaciones civiles. El prelado en la Iglesia puede enseñarles la ley de Dios.

La instrucción, útil en extremo, no importa tanto para la salud de la patria, porque cada uno puede adquirirla al grado que le parezca conveniente, segun su vocación; el Estado la alienta en las carreras especiales, pero no la impone, y debe ser variada, y comprender todos los conocimientos adecuados á las diversas funciones sociales.

En las colonias agrícolas, los Institutos y talleres, los niños huérfanos ó vagamundos, además de la educación comun, necesitan recibir una educación profesional que los coloque en condiciones de vivir de su trabajo. Así como la institución de los inválidos del trabajo debe reemplazar un día la organización insuficiente y defectuosa de los hospicios.

Estos principios de justicia serán aplicados por un Gobierno democrático, cuya preocupacion más viva, su interés más esencial debe ser principalmente el de atender á la clase más numerosa y productora de la riqueza, hoy desheredada de los derechos sociales, porque son considerados los trabajadores como párias, como máquinas ó ruedas, que se dejan á un lado, sin solicitud ninguna, cuando no pueden funcionar.

La clase obrera se emancipará definitivamente por la Asociación.

¿El estado económico actual, puede satisfacer estas necesidades de libertad y de igualdad tan enérgicamente sentidas en nuestra sociedad? No: de ningún modo. El estado económico actual deja una gran masa fuera del derecho de propiedad. Y ya quedá con razon, tanta importancia á la propiedad, ya que se la considera, siempre con razon, como el verdadero y el único medio de la libertad, es preciso reconocer que los ciudadanos que no poseen nada, no gozan seriamente de la libertad, que ellos están por el hecho en una servidumbre relativa, y que querer perpetuar este estado de cosas, es no ver con los ojos de la justicia y no ver lejos en los horizontes del porvenir. Y despues de todos los sofismas que emplearán los adversarios sistemáticos de la emancipacion definitiva de la clase obrera? impedirán á las ideas de producir sus consecuencias? Al contrario, más se mostrará persistencia en mantener los trabajadores en el estado actual de la sociedad, más su pensamiento se adherirá á las teorías extremas. No se sabría

crear como por la oposicion á tan legítimos intereses, los partidarios del *dejar hacer* en economía han favorecido las doctrinas absurdas y antisociales, la extension del comunismo.

¿Sabéis dónde se propaga esta maléfica teoría del comunismo? Allí donde falta la propiedad, allí donde se desespera de gozar siempre individualmente de este beneficio, en los centros industriales, donde el hombre no posee más que sus brazos.

¿Queréis destruir estas tendencias funestas al comunismo, tendencias espantosas? Y bien, encontrad los medios de hacer partícipes de la propiedad á los trabajadores, mostradles la posibilidad de adquirirla, alentadles, asistidles en una cierta medida, y hareis una obra justa y patentizareis que sois gentes dotadas de prevision política. Encontrad, si podeis, otro medio distinto de la *asociacion*: nosotros no concebimos otro más eficaz, y nos adherimos á él, porque la *asociacion* no es para nosotros una simple hipótesis, una vana teoría, es una experiencia hecha, una experiencia feliz, fecunda, y cuya extension producirá en el porvenir todos los frutos que nos prometemos.

Hay un principio que se ha convertido en un vulgar axioma: *La union constituye la fuerza*: que el jefe de una industria interese en su empresa á los obreros que emplea, y ellos estarán más unidos á él: que los obreros se asocien por grupos en su oficio, si ellos encuentran un *crédito*; que elijan por su jefe al más inteligente, más laborioso y más digno de representarlos, y que le obedezcan rigurosamente, y llegarán por su valor y persistencia á conquistar el instrumento de su trabajo, el poder de su libertad y el signo de su igualdad. No: la *asociacion* no es una cosa imposible, porque existen *asociaciones* que prosperan. La *asociacion* no es destructora de la concurrencia y de la emulacion, porque ella es voluntaria y pueden existir *asociaciones* concurrentes, como hay fábricas y talleres en concurrencia.

En cada *asociacion* perfectamente separada de las otras, la remuneracion debe ser proporcionada al trabajo de cada asociado. En fin, no es la anarquía en el trabajo, porque hay en toda *asociacion* un jefe que dirige y que contrata, como el jefe de una casa industrial. Se opone todavía á la *asociacion*, la fútil objecion de que el jefe no está tan directamente interesado en su prosperidad como el propietario de un establecimiento y no tendrá como éste el poderoso móvil de un gran interés personal que le impulsa á desplegar una actividad incesante. La objecion es especiosa hoy.

Las empresas industriales y comerciales toman tales proporciones en nuestros dias, que son constituidas por *asociaciones*, y dirigidas por uno ó por muchos individuos más ó menos interesados en ellas. Así lo que se objeta á las *asociaciones* obreras carece de valor, atendiendo á que el gerente bien elegido hace tan bien, si no mejor, prosperar un establecimiento, que el propietario único; el cual, dueño absoluto, puede cometer todas las faltas de un dueño absoluto. Reconozcamos, sin embargo, que nuestro pensamiento, tan fecundo como pueda ser, no se realizará en mucho tiempo, y venciendo grandes dificultades. Es una vía nueva en la que no hacemos más que entrar, y de la que no tenemos todavía las costumbres.

También para la asociacion entre obreros no hay sino hombres de eleccion dotados de una grande y fuerte voluntad que pueden obtener el éxito; que es necesario, para que reporten los asociados las ventajas y los beneficios de su gestion íntegra y al mismo tiempo hábil, y todavía es preciso que encuentren el crédito indispensable para su primer establecimiento.

Los estímulos que dé el Estado, serán de poca monta en razon de las necesidades; en tanto bastará que en este tiempo algunas asociaciones modeladas, ya entre obreros, ó entre patronos y obreros, sean fundadas y prósperas para que la esperanza aliente en el corazon de todos los trabajadores, para que conozcan que allí está la salud, y que los jefes de industria comprendan que allí está también la suya, que los intereses son mutuos é idénticos, y en fin, para que la sociedad entera se conzanza de que ayudando á esta trasformacion tan necesaria como justa, no se espone á perder nada y puede ganar mucho.

La propiedad es el móvil de todo trabajo, el estímulo de toda industria, y la reserva de todo ahorro. Conviene hacerla accesible á los trabajadores, presentándola á sus ojos como remuneracion, y como salario, y como fruto de su orden y de su economía.

No ha existido, y no puede existir ni se comprende ninguna naturaleza de sociedad, que no tenga por base fundamental la propiedad. Es ley humana y ley divina grabadas en el corazon del hombre. Es un instinto inherente á su naturaleza y constitutiva de su ser moral, principio sagrado de la propiedad, y sería falsear el sentido mismo de Dios en su obra humana al negar el desarrollo de este principio; y se refleja la civilizacion de un pueblo en el respeto consagrado á la propiedad, donde está mejor constituida, y mejor repartida; ó su degradacion moral; cuando la propiedad es precaria y agobiada por enormes impuestos, pasa como una moneda á las manos del poder que recompensa los servicios de la corrupción y de la inmoralidad; como la historia demuestra que en los períodos funestos, y en los países en que se ven estos ejemplos depravados, los caracteres se rebajan, la raza se extingue porque pierde

su virilidad, y las naciones caen postradas en la más abyecta servidumbre. Marruecos y Turquía nos ofrecen testimonios deplorables de esta triste verdad.

En el primer caso, la nacion es más libre, más independiente y se eleva al más alto grado de fuerza y de dignidad.

Hubo un tiempo, dicen los poetas que han descrito la *Edad de oro*, en que los hombres nuevamente creados por los dioses, no habian corrompido su excelente naturaleza por el trabajo degradante del espíritu y del cuerpo. Entonces, segun el testimonio de *Tíbulo* y de *Séneca* el trágico, ninguna casa tenia puertas, ninguna piedra marcaba el límite de los campos. *Tunc tellus communis erat*: son los términos de Claudien: *entonces la tierra era comun*; los frutos de la tierra eran de todos; no se conocian entonces, como lo expresa Juan Jacobo Rousseau, las palabras *tuyo y mio*, que han producido tantos crímenes. Ved los sueños de estos poetas, y remontando el curso de los siglos se debe encontrar alguna cosa de análogo á la sociedad modelo de las sectas comunistas. La fantasía ideal nunca ha sido realizada completamente, porque á esta realizacion completa se opuso siempre un obstáculo invencible: la naturaleza moral del hombre.

El hombre ha nacido libre y amante de la propiedad. Pero reconocemos bien que en el origen tenia una nocion ménos clara, ménos extensa de su individualidad y de sus derechos. Los poetas han conocido esta verdad y la han exajorado, y la aberracion de juicio de algunos filósofos, como Mably, y el mismo Rousseau, los ha conducido á considerar la infancia del hombre como un estado más perfecto. Así, la primera palabra de la barbarie será la última de la civilizacion.

Este sistema no es nuevo, sino muy viejo. Se restauran las más viejas cosas, y es siempre posible pretender honrar, por semejantes restauraciones, sistemas desacreditados.

¿Cómo conciliar esta vida anti-social con el instinto de sociabilidad? La naturaleza nos habria engañado; nos habria dado dos necesidades contrarias, una de division y otra de union.

Nosotros no seríamos sociables sino para obrar como si no lo fuéramos: ¿existe un sentimiento honrado que no rechace con disgusto esta odiosa máxima: *Cada uno para sí*, lo que significa realmente, cada uno contra todos, y todos contra cada uno?

El bien de todos es el solo medio de realizar el bien de cada uno, y la solucion del problema del proletariado que preocupa á tantos pensadores, despues de tantas tentativas en el campo teórico, ha realizado soluciones prácticas por las asociaciones de trabajadores que explotan en comun muchas industrias.

¿Quién puede desconocer el poder de la asociacion que ha producido en la industria maravillosos resultados? Y sin embargo, los que son el alma de la industria, los obreros, han sido excluidos en general de la asociacion. Los asociados son comunmente capitalistas. La asociacion no ha tenido ordinariamente por móvil y por fin, más que el deseo excesivo de la riqueza individual, y así sucede con lastinosa frecuencia, que los obreros son sacrificados y sus salarios caprichosamente fijados, por los accidentes de una desastrosa concurrencia.

EUSEBIO ASQUERINO.

FISONOMÍA DE UN GRAN PINTOR.

NICAISE DE KEYSER.

Existe en Europa una nacion, que garantida en su existencia exterior por las combinaciones y compromisos de la diplomacia, ha sabido conquistarse las simpatías, no sólo de sus vecinos, sino las de todos los hombres libres, de pensamiento y trabajo, que, de cualquier punto de la tierra, sigan su movimiento y su marcha.

Es la Bélgica, donde la hermosa libertad que en ella se goza, y á cuya sombra ha venido realizando tantos y maravillosos progresos en todos los ramos del saber humano, no es un accidente de momento, una de esas ráfagas revolucionarias, que, por un instante, dan claridad á los pueblos para dejarlos despues en las tinieblas y la sombra.

No: la libertad allí es un derecho conquistado por todos y para todos, existiendo una armonía feliz entre la corona y la nacion, que estableciendo á su vez un equilibrio salvador entre gobernantes y gobernados, convierte esa libertad en escudo de la nacion, egida del ciudadano, elemento de progreso, estímulo al trabajo y númen de nobles y grandes inspiraciones.

De aquí la universalidad del carácter belga, apto para todo, lo mismo para las duras faenas del yunque, del taller y de los campos, que para las gratas y tiernas expansiones de la poesía, la literatura, el canto y las bellas artes.

De aquí también, que al lado de uno de sus heraldos del trabajo, engrandecido al calor del fuego de las máquinas, movidas, al parecer, por sangre humana, se destaque simultáneamente la figura de un literato, de un poeta, de un filósofo, de un orador, de uno de esos grandes artistas que cruzan las riberas de la tierra llevando en su frente la luz divina de la inspiracion.

Consagro á uno de ellos estas líneas: al famo-

so pintor NICAISE DE KEYSER, honra y gloria de su patria, uno de los más brillantes representantes de la escuela belga y de los pintores que más reputación han alcanzado en ambos mundos; pues como se verá muy luego, sus cuadros figuran indistintamente en las galerías y museos de Europa y América, todos aplaudidos y laureados muchos.

Nació el Sr. Keyser, en 1813, de padres modestos.

Siendo muy niño, reveló ya inclinaciones naturales al dibujo, y el autor de sus días, comprendiendo que las vocaciones se estimulan, le mandó á estudiar á la Academia Real de Amberes fundada por el rey Felipe IV, de la cual debía ser más tarde, no sólo director, sino verdadero organizador, contribuyendo así á darle la merecida reputación que hoy tiene.

En las áulas la vocación infantil de Keyser no tardó en presentar formas visibles, pasando rápidamente del dibujo á la pintura, revelando que poseía el divino secreto de la paleta, ese otro arco iris que la mano del artista arranca de los cielos para buscar en sus caprichosos cambiantes los efectos, el colorido, el panorama, la expresión, la luz que nace en arreboles de oro, ó la tarde que cae, gimiendo de cansancio, en brazos de la entristecida noche.

Era en 1834.

El señor Keyser llegaba apenas á los diez y nueve años, la edad florida del amor y de las ilusiones, cuando teniendo ya conciencia de sus facultades en el arte de Rafael, Murillo y Miguel Angel, concibió el pensamiento de pintar el *Calvario*, eterno y sagrado tema de todos los artistas, que con el pincel ó la pluma han querido en la estrofa ó en el lienzo trazar aquella historia de sangre é ignominia, que tuvo por teatro el montecillo cercano á Jerusalem, donde los judíos ejecutaban á los condenados á muerte y en uno de cuyos jardines, José de Arimatea, el discípulo secreto de Jesucristo, construyó para sí el lecho de piedra, en que más tarde se colocó el cuerpo despedazado del Salvador del mundo, cuya sangre se distingue todavía en el sitio en que recibió el martirio, sin que ni el tiempo ni los siglos hayan podido borrar de la fría losa aquellas manchas rosadas, eterna protesta de la justicia contra los verdugos del sublime Redentor.

La elección del joven artista era audaz, fecundo el tema, difícilísima la ejecución, sobre todo en la patria en que Rubens ha inmortalizado *El descendimiento de la Cruz*.

Pero así es el verdadero genio, presente de los cielos, que Dios ofrece á sus elegidos: busca las dificultades, las crea, las inventa para gozarse en la serena satisfacción del triunfo, vencéndolas en medio de eternas claridades.

¡Y qué afortunado vencedor fué el joven Keyser!

Si la estrategia de Austerlitz habria bastado para hacer la gloria militar de Napoleon,—como dijo Guizot,—el *Calvario* bastó para hacer la reputación del pintor belga, que tuvo en ese lienzo su carta de ciudadanía para entrar triunfante en la patria inmortal en que los artistas respiran atmósfera de gloria.

No se pinta ni se describe el *Calvario* sin identificarse con ese histórico pedazo de tierra, con la escena de sublimidad y horror que pasó en la patria de Canaan, y sin que el alma piadosa del cristiano se levante hasta los cielos para buscar, en aquella serenidad divina, la inspiración con que ha de trazar el lienzo ó pulsar la lira.

Y aún esto no siempre basta.

Preciso es, además, que el pintor conozca la historia, sea filósofo y tenga sensibilidad esquisita para poder interpretar en la tela lo que fué el martirio del gran soldado de la redención humana, dando á los personajes del cuadro la expresión que debieron tener en aquella hora suprema que, rodando sobre la corriente de los siglos, se grabó para siempre en la memoria de los pueblos.

Y hé aquí precisamente dónde está el gran mérito de la grandiosa concepción del joven pintor belga, el secreto del éxito alcanzado en su *debut*, la ruidosa victoria que le mereció la palma que reverdece todavía en su noble frente, coronada ya por la nieve del tiempo: haberse identificado con el asunto que queria tratar.

El cuadro es de inmensas proporciones. Mide más de treinta pies.

Llama ante todo la atención el Salvador del mundo, clavado en la cruz: á su lado se levanta otra, en que se clava al mal ladrón, y al bueno se le vé en tierra fuertemente amarrado, esperando que le llegue su turno.

En otro grupo se destacan las figuras,—todas de tamaño más que natural,—de la Magdalena, la Virgen, San Juan y otros, medio ocultos detrás de un caballo, que aparece en primer término, el que, por la maestría con que está trazado, diríase que salió de la paleta del gran pintor de caballos, Horacio Vernet, en uno de aquellos días de sublime inspiración, que han dado al famoso pintor francés la reputación que ya ilumina su nombre ante la posteridad.

El mérito de este primer cuadro está, ante todo, en la expresión que tiene cada uno de sus personajes,—especialmente la del Cristo; mansa, tranquila y resignada;—y despues en la feliz combinación que el artista ha sabido dar á las cabezas, de manera que no presenten esa monotonía peligrosa que en muchas ocasiones inutiliza las más bellas

concepciones en el arte delicado de la pintura.

Concluido el *Calvario*, despues de dos años de trabajo constante, fué comprado para una de las iglesias de Manchester, donde algunos de los millares de trabajadores que salen de aquellos inmensos telares con la vista fatigada de las rudas tareas del día, iban al caer la tarde á ofrecerle solaz en la contemplación silenciosa del gran cuadro, envuelto en ondas de luz de un misticismo tierno y delicado.

Estudiando este tinte especial del lienzo que me ocupa, diríase que el señor Keyser iba á limitar el ejercicio de sus facultades á ese género de pintura, es decir, al cuadro sagrado, al arte cristiano, á lienzos como el que enaltece el sacrificio de Abraham en la cumbre de Moviah, imita los grandes cuadros del monje Gozzoli, en las paredes del cementerio de Pisa, ó sigue las huellas de su compatriota Rubens, cuando pinta á Judit en ademán muy distinto, por cierto, del que le dan en los suyos Guido, Rafael y Miguel Angel.

Mas no fué así.

La paleta del artista belga debía ser como el genio, sin fronteras, y los mismos colores que de ella arrancaba para producir la luz etérea en que bañaba la frente del Crucificado, soportando sereno su martirio, debían servirle para crear atmósfera de sangre, episodios de lucha, dramas de combate, en pinturas de un género diametralmente opuesto.

Esta multiplicación de facultades—por llamar así á las que distinguen al famoso pintor belga,—no es, por cierto, un patrimonio común á todos los artistas. Tanto en épocas lejanas como en nuestros días, los pintores han sido especialistas, consagrando su talento á un solo tema, como Murillo, por ejemplo.

Pero el señor Keyser es un pintor general, como lo fueron Van-Dyck y Rubens, con facultades idénticas para el cuadro místico, que para el cuadro bélico, para la historia del acontecimiento lo mismo que para el retrato, ó como Horacio Vernet, que al lado de sus grandes batallas pinta cuadros eminentemente cristianos, ofreciendo así una verdadera expansión de facultades creadoras.

Estas las reveló el pintor belga desde que tomó asiento en la patria del arte.

Concluye su primer cuadro, el *Calvario*.

El éxito le sonrío.

Ha obtenido un triunfo positivo.

Entonces quiere ensayar sus fuerzas en otro tema, en otro género de pintura, y audaz siempre, concibe el pensamiento de pintar un cuadro llamado la *Batalla de las espuelas de oro*, destinado á la Exposición de Bruselas, á cuyas puertas va á llamar confiadamente.

En la ejecución de este lienzo el pintor se nos revela bajo una nueva faz.

Ya no es el artista místico del *Calvario*.

Ya no es el hombre que sufre con el dolor ageno, con el martirio del Salvador, las lágrimas de Magdalena y aquella sublime tristeza que flota en nubes de pesar infinito sobre el abatido rostro de la desolada madre del Crucificado. No.

Ahora es el hombre de temple viril, el soldado, el guerrero cuyo espíritu se enciende con el fuego de la batalla, que siente enardecer los sentidos con el olor de la pólvora y expandirse el alma endurecida ante las llanuras de la sangrienta liza.

Este cuadro es monumental.

No le falta un detalle, un toque delicado.

La apostura de los combatientes, su expresión, el ímpetu del que arremete, la mezcla confusa de los que luchan, todo, todo hace creer al espectador entusiasmado que asiste á la histórica *Batalla de las espuelas de oro*, tan vivos y animados son los grupos trazados en ese lienzo por la mano maestra del gran pintor.

Penetra su obra en el campo del concurso: la examina el *Jury*, cotejándola con otras de los grandes pintores belgas, y sin excitación le dicianen la medalla, el premio de honor, colocando desde ese día al joven Keyser en el número de los pintores laureados que la Europa saluda como glorias brillantes en su cielo artístico.

Á partir de ese momento histórico y feliz para su vida, su reputación está hecha: ha sido consagrada por los maestros y por el aplauso popular.

Llega á la cima; toma resueltamente posesión de la codiciada altura y empieza entonces esa fecunda tarea del artista que vá á producir reproduciéndose á lo infinito, para establecer su fama en alas de la gloria.

¿Cuántos cuadros y trabajos ha ejecutado el señor Keyser desde entonces?

¿Con cuántas joyas ha enriquecido el arte de Rafael, Murillo, Miguel Angel, el Correggio, Alonso Cano y Velazquez?

Seria preciso un volumen entero para contarlos y describir cada uno de sus cuadros; todos variados, todos diferentes, todos de un tema distinto, revelando una universalidad de facultades verdaderamente maravillosas, ya sea que para apreciarlas y considerarlas se evoque el recuerdo de la escuela antigua, ya sea que tengamos presente los preceptos de la escuela moderna.

A pesar de ello, por estrechos que sean los límites que deban abrazar estos apuntes, seguiré, por algunos momentos más, la marcha triunfal del artista, marcando así las etapas que le han conducido á la codiciada altura, en la cual los hombres de la ciencia le contemplan hoy como una de las glorias artísticas de la civilizada Europa.

El éxito de su famosa *Batalla de las espuelas de oro*, fijó en él la atención del ilustrado Gobierno de su patria, que conociendo ya su competencia, le encargó oficialmente que hiciese un cuadro representando la batalla de Noeringen.

Fué tan feliz en su tarea, la llenó tan á satisfacción de aquellos que se la encomendaron y de los peritos llamados á juzgarla, que, como premio, recibió la cruz de la *Orden de Leopoldo*.

Con esta honrosa condecoración en su pecho, resolvió hacer un viaje por el Continente, visitando la Italia, la Francia, la Alemania y la Inglaterra, buscando para su espíritu nuevos horizontes, luz nueva para su genio y nuevos espectáculos en que inspirar una imaginación que todo lo alcanzaba y comprendía.

Al llegar á los distintos Museos y galerías que visitaba, el señor Keyser no era recibido cual si fuese un desconocido: gozaba ya de fama y reputación europeas, y en todas partes era saludado con aplauso.

El rey Guillermo II, de los Países Bajos, hasta quien habia llegado el nombre del artista, en alas de la reputación, gran *amateur* él mismo de la pintura, le hizo llamar á su palacio. Allí le encargó, no solo los retratos de varios personajes de la familia real, sino dos grandes batallas con episodios de la historia de la casa de Orange.

Aquí se nos presenta ya el Sr. de Keyser bajo otra nueva faz todavía: la de *retratista*, otra calidad también del genio, en sus manifestaciones intuitivas y misteriosas, pues se puede llegar á ser un gran pintor, un Herrera, un Salvador Rosa, un Ticiano, sin por ello poseer el secreto de la semejanza, condición rara á la verdad en estos pintores famosos, que unen á la belleza del colorido lo estupendo de las concepciones.

El pintor belga, por el contrario, confirmando lo múltiple de sus facultades, posee ese secreto de una manera extraordinaria, pudiendo decirse que la fama y reputación por él alcanzadas en el último tercio de su vida, débelas, en gran parte, á la semejanza extraordinaria de los altos personajes que ha retratado, en su mayor número, soberanos y príncipes de las casas reinantes.

Y sin embargo, no es aquí donde yo le admiro tanto como pintor, sino en las que puedo llamar sus creaciones, en los grandes cuadros en que se revela filósofo, historiador, poeta, narrador concienzudo de una época, de un episodio; intérprete de algunos de esos acontecimientos que se fijan, como faros de eterna luz, en la conciencia de la humanidad.

Así, por ejemplo, para mí, donde se ha revelado el señor Keyser, es en la obra que inmortaliza su nombre, en el hermoso vestíbulo del Museo de Amberes.

Es una concepción de extraordinario mérito, y suficiente, por sí sola, para dar fama y reputación á cualquier pintor en los torneos de cualquier época á que pudiesen concurrir los más brillantes.

Como se comprende, no se trata aquí de un solo cuadro, sino de una serie de cuadros, de una verdadera galería.

Representan estos la historia de la escuela de Amberes desde el siglo xv, tema variado, lleno de accidentes y detalles, con los que el artista ha debido identificarse para dejar estampada en la pared la huella de la marcha, de luz y progreso, que empieza por presentar al arte inocente en la cuna, y concluye presentándolo en su carro de victoria, con todas las pompas y esplendores del Capitolio.

Me dicen que existe un folleto exclusivamente consagrado á la descripción de la obra monumental, en la que su autor empleó seis años, aún cuando se le habian acordado diez, para llevarla á cabo.

No me sorprende.

La variedad infinita de retratos, los episodios de diverso género, los detalles históricos que algunos grupos representan, y aquel conjunto verdaderamente grandioso, animado, lleno de vida en unas partes, de filosofía académica en otras, dan materia más que suficiente, no sólo para que un hombre del arte, sino un *amateur* concienzudo, consagre algunos centenares de páginas á describir la monumental concepción.

Yo no tendré este dulce placer.

La índole de mi pobre trabajo no me lo permite.

Es un cuadro de líneas imperfectas, un esbozo apenas, trazado á grandes rasgos, en cuyo fondo he querido colocar la figura simpática del señor Keyser, para presentarlo confiadamente á los españoles y portugueses que no le conozcan todavía.

Pero sin entrar en los detalles de esta concepción monumental, á la manera como ha sido ejecutada, al íntimo conocimiento del asunto histórico que ha tratado el artista, me parece que basta citar la obra, sus proporciones y su importancia, para dar una idea exacta, completa, de las facultades y del talento del señor Keyser, pues no es, por cierto, un pintor mediocre, ni de mediana talla, el que tiene aptitudes para historiar, en grandes retratos y en infinitos grupos de personajes de un tamaño más que el natural, episodios tan distintos entre sí como los que compendian la *Historia de la escuela belga*.

HÉCTOR FLORENCIO VARELA.

(Concluirá en el próximo número.)

CHILENOS Y PERUANOS.

Chile es una república hispano-americana, con 2.000 kilómetros de extensión, 100 á 250 de ancho y 340.000 cuadrados, con sus famosos Andes, entre los que descuellan el Aconcagua y Tupungato, gigantes de 7.000 metros de altura, y por cuya superficie corren más de 120 ríos, si bien de escasa consideración la mayor parte, hirviendo ardiente lava en las entrañas de las chilenas rocas, preñadas de activos volcanes, causa de frecuentes terremotos.

Guardan las numerosas minas de ese territorio, oro en filones y en arenillas, plata; cobre abundante, hierro, azogue, estaño, manganeso, antimonio, azufre y otros productos minerales, entre los que se cuenta la hulla.

Espléndida su agricultura, ofrece al cultivador trigo, cebada, maíz, cáñamo, lino, vides, caña de azúcar, tabaco y ricas variadas tropicales frutas.

Cruzan sus vegas, y trepan por sus lomas, y escalan sus rocas, el caballo, mula y asno, el selvático toro y el dócil buey, el útil llama, la no menos útil vicuña, el pródigo camello, el vivo onagro, el notable *guilino*; hienden los aires hermosísimas aves de esmaltado plumaje, cuyos irisados tonos iluminan un sol refulgente, sol que penetra las aguas de las costas, y matiza las multicolores escamas de sabrosos pescados.

Activa es la chilena industria, de día en día, y más activo su comercio; notable su intelectual cultura, como lo prueban los brillantes ingenios que honran á su patria, ponen muy alto el nombre de una respetable Universidad y el de una Escuela de artes y oficios modelo, existiendo más de 1.000 kilómetros de excelentes caminos, entre carreteras y ferro-carriles, que demuestran la actividad de más de 2.000.000 de habitantes, con mezcla de algunos indios, muy pocos araucanos é himiliches.

Libre de la lepra de la esclavitud, vive Chile en creciente prosperidad, recordando siempre con orgullo al patriota San Martín, cuyo nombre aparece unido á las fechas y los nombres de Chacabuco, en 1817 y Maypu en 1818, época de su independencia, reconocida por España, cuerdamente, en 25 de Abril de 1844.

Presenta el Perú 1.605.742 kilómetros cuadrados, con 2.800 de costas, y una abigarrada población de 2.500.000 habitantes, indios, mestizos, cholos, zambos, individuos de raza blanca y además negros y chinos, sin que sus Códigos se vean infamados, por la mancha de la esclavitud.

Territorio enorme para tan exigua población, de dulce clima y exuberante naturaleza, surcan la peruana superficie ríos tan notables como el imponente Amazonas, y sus afluentes Mantaro, Marañon viejo, Napo, Madeira y otros.

Guardan las entrañas de la república hispano-americana que nos ocupa, minas de oro ya abandonadas en gran parte, minas abundosas en rica plata y otras de azogue, cobre, plomo, hulla, sal gemma, etc., sin contar las famosas moles de guano, célebres en todo el mundo.

Poco poblado el Perú, no puede dar á su industria el vuelo que deseára y á su comercio la importancia con que le brinda una fauna y una flora, que indudablemente compiten con la de Chile, que reclaman vías de comunicación numerosas, no tan multiplicadas como fuera de desear, por falta de brazos, á pesar de la actividad de los Gobiernos que han dirigido los destinos de esta nación, donde las letras, las artes y las ciencias empiezan á tomar considerable vuelo, la enseñanza se difunde prodigiosamente, y cuya emancipación de España data casi desde la época que la de Chile.

Hermanas son, y perpétuamente debieran serlo, ambas naciones, si el génio del mal y azares deplorables no hubieran encendido la tea de la guerra civil, terrible azote de todos los pueblos, pero más terrible para los que bajo un mismo cielo, hablando la misma lengua, casi con idénticas creencias religiosas y casi con las mismas sociales y políticas, olvidando su pasado, despreciando su presente y amenguando su porvenir, enemigas hoy, trátanse sin piedad, escarnécense á porfía y se destruyen, heridas por vértigo de mortal encono.

¡Oh! no queremos profundizar, no queremos ocuparnos de las causas de esa fratricida lucha que el telégrafo nos anuncia de momento en momento.

Entre dos hermanos que pelean, ¿quién quetenga entrañas de piedad y de amor será capaz de dar la razón á uno y condenar á otro?

¡Espanto pone en el alma considerar las escenas de desolación y amargura que, entristecido, habrá alumbrado el espléndido sol de los trópicos, en el privilegiado suelo del Sur de América!

Madres sin hijos, hijos sin padres, esposas sin esposos, ricas estancias abandonadas, potreros arrasados, la muerte escarneciéndole á la vida en la orgía de la batalla, los extranjeros abandonando una tierra, próxima á ser invadida por el paroxismo de la destrucción; el incendio cebándose en la riqueza de centenares de generaciones; multitud de infelices pasados á cuchillo, el terror agitando á millares de corazones, la pobreza en lontananza, la miseria de presente, por do quier hervor de sangre, por do quier mares de lágrimas, tempestades de sollozos, el hambre que amenaza, el comercio que agoniza, la industria que muere, la

agricultura que desaparece, la vergüenza que ahoga, el rencor que mata.

¡Oh no hableis de victoria, ni de vencidos y vencedores en la ocasión presente!

Verdad es que el Perú tardará en reponerse de la reciente catástrofe, pero cierto también que Chile lamentará su efímero triunfo, porque su deuda nacional tomará terrible incremento.

Si hoy ha vencido Chile, por la precisión de su armamento, el número de combatientes y la energía de sus capitanes, algún día puede sucumbir á esos mismos medios de destrucción, y es preciso que entre Perú y Chile no levante su fatídica cabeza feroz represalia.

Mirad la guerra con su máscara de exterminio; contemplad la victoria con su antifaz veleidoso.

Napoleon, el llamado Grande, venció en Egipto, en Marengo, en Austerlitz, en todas partes, y cuando soberbio y despiadado, apoyando sus pies en pirámides de humanos cráneos, escapado de Elba, obligaba á esa deidad sangrienta, obligaba á la victoria, á obedecer, sus fraticidas inspiraciones, la victoria le volvía la espalda en Waterloo... ¿para qué?

Preguntádselo á la Santa Alianza, que rompió el mapa europeo trazado por el hijo de Letizia Ramolino, mientras Murat moría fusilado en el Pizzo, Ney era arcabuceado en París y el mariscal Bruné fallecía aciagamente.

Preguntádselo á aquellos mariscales batalladores que, olvidados completamente de Santa Elena, mendigaban de Luis XVIII y Carlos X el cordón azul, y presenciaban impávidos el terror blanco, bien hallados al lado de los Borbones.

Napoleon, el llamado Pequeño, el hombre que dijera *el imperio es la paz*, soberbio con las victorias de Alma, Sebastopol, Magenta y Solferino; con el saqueo del palacio imperial de China; con la expedición á Méjico, cobardemente entregaba su espada en Sedan á su adversario, y moría, oscuro y olvidado, en un rincón de Inglaterra, algunos años después de su último desacierto.

¿Qué problema resolvió la guerra de Oriente?

Preguntádselo hoy á los Principados danubianos, ó á Rusia, ó á Inglaterra... ó á la misma Turquía.

Preguntádselo á la unidad de Italia, realizada después del destronamiento de Bonaparte.

Preguntádselo á China, decídselo á Méjico, donde aún se cierne la ensangrentada sombra de Maximiliano, donde aún resuena la carcajada histérica de una pobre loca coronada.

No; la guerra no resuelve nada por sí, cuando no es motivada por un pensamiento civilizador, grande.

Así se explica la lucha de los Estados-Unidos, en nombre del derecho y la justicia, contra la opresión y la iniquidad.

Verdad es que la bala de Wilkes Booth cortó la vida del gran Abraham Lincoln, pero aquella guerra terminó cortando á su vez el terrible nudo gordiano de una infamante esclavitud, incompatible con el espíritu del siglo XIX, y merced á aquella guerra, millones de hombres de color fueron libres, tan libres como los blancos, en un día y á una hora.

Mediten bien cuál es su posición de hoy los chilenos, y no lo olviden los peruanos.

Ambas naciones son libres, son independientes, son anti-esclavistas, y necesitan paz duradera y noble que las permita desarrollar sus intereses materiales y consolidar sus instituciones republicanas.

Necesitan más; necesitan reflexionar maduramente, inspirarse en espíritu de recta concordia, horrorizarse de los estragos de hoy y procurar, en lo sucesivo, dirimir sus contiendas de vecindad, siempre pequeñas, ante el espectáculo conmovedor de la grandeza de la patria, por medio de pacíficos arbitrajes que anuden fuertemente los lazos de fraternidad interna nacional, que consoliden las conquistas de la civilización, las únicas nobles, valederas y sólidas, en la marcha progresiva de los pueblos, miembros providenciales del gran todo Humanidad.

Después de todo, ¿á quién aprovecha, á quién enriquece la guerra?

¿A los pueblos!—¿Qué escarnio!

¿A los partidos!—¿Qué sofisma!

La guerra trae consigo la inseguridad de los capitales, la ocultación del numerario, la paralización de toda clase de empresas mercantiles é industriales; la dificultad en los pagos, la prolongación de los vencimientos, y como corolario, la bancarrota general, significada más de una vez, ó por la alteración del valor fiduciario de la moneda, ó por la creación de papel-moneda de curso forzoso.

No hablemos de los instintos de ferocidad que se desarrollan y crecen en los pueblos avasallados por el militarismo, acostumbrados á pelear. La corrupción de las costumbres, la irreligiosidad en el sentimiento, la vagancia que cunde, la insolencia que crece, el latrocinio que aumenta, el embrutecimiento que se apodera de las masas que, más pronto ó más tarde, se convierten en turbas temibles hasta para los mismos jefes de armadas legiones, son lotes de desdicha que caben en suerte á las naciones que fian inexpertas á la guerra la venganza de agravios, verdaderos ó supuestos, de pueblo á pueblo, de nación á nación.

El derecho de la fuerza ha sido y debe ser vencido por la fuerza del derecho.

Hoy la guerra es recuerdo palpitante de aque-

llos bárbaros y sacrilegos, malamente llamados *juicios de Dios*, en los que, magnates que no sabían leer ni escribir, y sellaban la cera de sus pergaminos con el pomo de un puñal, libraban la justicia ó injusticia de una causa á rudos botes de lanza, crueles golpes de mazas de armas, tajantes mandobles ó estocadas á fondo, en campo abierto, ante *espirituales* damas que no pestañeaban, testigos de la agonía del vencido, y un público feroz é insensible que guardaba plácemes para el vencedor y ni un gesto de conmiseración para el vencido, ni una lágrima para el derrotado, ni una oración por el alma del muerto.

Hoy la guerra recuerda las naumaquias del circo romano, los combates de los gladiadores ante un pueblo degenerado que, por el movimiento del pulgar de la diestra, perdonaba ó mandaba rematar al vencido.

Por eso deseamos que la paz, pero una paz sólida, duradera y cordial, restañe las sangrientas heridas, de que aún mana generosa sangre, de las repúblicas chilena y peruana.

Ahora es cuando la diplomacia debe emplear su benéfico influjo cerca de esos dos pueblos hermanos, en mal hora desavenidos, en triste día separados, en infausto momento lanzados uno contra otro.

El egoísmo de la diplomacia trae consigo esos crímenes internacionales que tarde ó temprano provocan catástrofes, no tanto imprevistas cuanto deplorables.

La diplomacia contemplaba impávida en su tiempo el inicuo reparto de Polonia, antemural de los turcos próximos á apoderarse de Viena, salva da por el heroísmo de Juan Sobieski, y Rusia, Austria y Prusia se dividían aquella infeliz nación, azotada un día por Souvarow, la terrible sombra negra de Kociusko, crucificada por Mourawieff más tarde, y pocos años después de ese reparto, el déspota corso cruzaba la cara de Prusia, Austria y Rusia con el latigo de sus victorias temibles.

Metternich, el viejo Metternich, creía ser dueño absoluto de Italia, teniendo en una mano la llave de los calabozos de Spielberg y en otra la victoriosa espada del feld-mariscal Radetzki, y á pesar del talento del llamado Nestor, de los diplomáticos absolutistas, la revolución, triunfante en Viena en 13 de Marzo de 1848, obligaba al consejero áulico de la Cámara imperial apostólica á emigrar á Dresde. En el mismo año, el feroz Radetzki, el azote de Italia, era arrojado de Milan á paso de carga por la revolución también, y poco después, bafido en Goito por los piemonteses.

Siempre que la diplomacia ha hecho caso omiso de las aspiraciones de los pueblos, se ha visto burlada en sus propósitos, se ha sentido engañada en sus cálculos, y es que, contra el egoísmo de algunas familias y los sueños de dominación de altas clases sociales, altas por el privilegio y la fuerza, por la astucia y la corrupción generalmente, Dios ha suscitado tribunos valientes, inspirados poetas, hombres de génio y de acción que han realizado precisamente, lo que no querían esas familias, lo que detestaban esas clases.

Parécenos llegado el momento de que la diplomacia se ocupe algo de política trasatlántica, en bien de dos naciones primero, en bien de la humanidad siempre.

Allí donde la tempestad arrecie, allí debe estar la diplomacia, activa, providente, previsora y benéfica.

Los pueblos ni pueden ni deben ser patrimonio de una raza, de un partido, de una familia, de una tendencia personal.

Abrigamos la esperanza de que, bien aconsejados los chilenos, brindarán con una paz honrosa á los peruanos, de que renunciarán á la guerra de conquista, la peor, la más fatal, la más inicua de las guerras, la cual, por providencial permisión, se vuelve generalmente, en plazo más ó menos largo, contra los conquistadores.

Ambas repúblicas necesitan, y necesitarán por mucho tiempo, de la emigración de colonos robustos y laboriosos, que roturen inmensos terrenos, que esperen sólo el trabajo de una raza fuerte y laboriosa, capaz de hacer productivo un suelo que demanda brazos para ser férax por todo extremo.

Sólo son grandes los pueblos que por la laboriosidad y la constancia adquieren la respetabilidad, producto de la inmensa masa de trabajo acumulado, cifra exacta de riqueza sólida, representada á su vez por una agricultura progresiva, una industria incansable y un comercio próspero y floreciente.

No lo olviden las peruanos y ténganlo presente los chilenos, á cuya rectitud de intenciones, á cuyo patriotismo, á cuya ilustración nos lisonjamos no apelar en balde, terminando este artículo con estas sentidas palabras, que brotan de lo íntimo de un corazón español:—Paz entre Chile y el Perú, paz duradera y sólida, en nombre de la justicia, en nombre de la democracia, en nombre de la humanidad.—

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

ARTÍCULO III.

Hemos dicho que hay circunstancias especiales que hacen no pueda considerarse en absoluto

la existencia de las comunidades religiosas en un país, como comprendidas dentro del derecho de asociación; ó por lo ménos, y hablando con mayor exactitud, si están comprendidas dentro de aquel derecho se necesitaria un capítulo especial para tratarlas, efecto de sus condiciones peculiares.

También sabemos que, por lo que hace referencia á la Compañía de Jesús, sus individuos, además de los votos comunes á todas las otras órdenes, prestan juramento de obediencia al Papa, de suerte que, una asociación de esta índole tiene por jefe suyo y con atribuciones omnímodas á un extranjero, y para que nada falte, sus Constituciones exigen que el general de la Orden tenga su asiento en Roma. De modo que puede llegar el caso, y ha llegado varias veces, que las órdenes que parten de Roma, y á las cuales tienen que obedecer, sean contrarias á las leyes de la nación, y por consiguiente á los mandatos del poder ejecutivo encargado de hacerlas cumplir. Se infiere lógica y naturalmente de esto, que puede suceder muy bien que esta contradicción ponga en peligro el orden moral y material de un país. Despréndese, por consiguiente, la necesidad de que los poderes gobernantes encargados de vigilar por los intereses de la nación, tengan en su mano los medios de obviar estos inconvenientes, sin lo cual pudiera peligrar el Estado, ó quedar lesionada la soberanía de aquellos.

La necesidad de esta facultad tuitiva, es tanto mayor cuanto más estrechas son las relaciones entre la Iglesia y el Estado y pierden mucho de su importancia cuando aquella es libre. Fácil sería demostrar que las otras Órdenes religiosas se hallan en un caso análogo al de la Compañía de Jesús; y sin entrar ahora en una discusión profunda sobre este asunto, pues sería salir de nuestro propósito, sólo nos permitimos recordar que cuando las órdenes monásticas se estendieron por toda Europa, fueron miradas como unas milicias del Papa y exclusivamente á sus órdenes, contra lo cual protestaron reyes y prelados, trabajando sin descanso para que estuvieran bajo la autoridad y vigilancia del diocesano correspondiente.

Como comprenderán nuestros lectores, habida cuenta las regalías de la corona, esto era querer someter las comunidades religiosas á las leyes de la nación. Pero hay más: admitido uno de los cánones del Concilio de Trento sobre el celibatismo del clero en general, y otros de fecha muy anterior referentes á las comunidades religiosas sobre el mismo asunto, pudiera darse el caso extremo de que á todos los individuos de un país les entrara tal deseo de vida perfecta y sentimiento tan sublime de piedad, que se metieran á monges de una ú otra Orden, á ermitaños, cenobitas, etcétera; y si tal sucediera á los pocos años había concluido la nación. Hé aquí una base fundamental de nihilismo en que no se había pensado. Hemos querido seguir el rigor lógico hasta las últimas consecuencias, simplemente para demostrar el absurdo del principio; pero no se nos oculta que es muy difícil que la naturaleza humana, el sentimiento común de los pueblos, y la atracción de las células sexuales, permitan llegar á tal extremo de perfección. Por lo tanto, no lo tomamos como argumento; pero, viniendo más á la práctica, puede suceder y ha sucedido que, por vocación ó sin tenerla, como decía un ilustrado y respetabilísimo Pontífice, sea tal la concurrencia de personas de ambos sexos que deseen encerrarse entre las paredes de un monasterio, que el hecho venga á ser un peligro real, así para la producción como para lo que es más importante, el aumento de pobladores de un país; y sobre el particular, los españoles no necesitamos buscar ejemplos fuera de casa, pues los hay en ella abundantes, y no hemos de citar sino muy pocos en obsequio á la brevedad. Llegó á haber en España 3.027 conventos, de los cuales 2.076 pertenecían á órdenes mendicantes; es decir, 2.076 centros que irradiaban por todas partes, como el sol sus rayos en todas direcciones, un número considerabilísimo de hombres que, lejos de llevar el calor y la vida, iban al contrario á absorberlo bajo la forma de limosna. Unase esto con la desdichada predicación de que la pobreza es lo más grato á los ojos del Altísimo, y á aquello de que es más difícil se salve un rico que pase un camello por el ojo de una aguja, y podremos darnos razón de este hecho tan contradictorio. Es el pueblo español el de carácter más activo de Europa, y sin embargo, es el pueblo donde hay mayor número de personas que, con cualquier pretexto, tiende la mano para recibir una limosna. ¡Qué dignidad ni qué perseverancia en el trabajo había de tener un pueblo educado de esta suerte!

Dejemos este género de reflexiones que nos llevaría muy lejos, y allá vá otro dato. Hubo un tiempo que existían en España 150,000 próximamente, hombres y mujeres, repartidos entre órdenes monacales y clero secular. ¡A qué consideraciones dá lugar este antecedente para el filósofo, el estadista y el hombre de gobierno! Si cumplieran sus votos ¡qué pérdida para el aumento de población! Si aquellos votos no se cumplían ¡qué focos de corrupción y de inmoralidad! No es nuestro objeto ahora afirmar ó negar el cumplimiento de tales votos, pero algunas sospechas debían tener aquellos bravos paisanos daneses que tan fuertemente se opusieron al celibato, y que juraron solemnemente acudir á la fuerza si llegaba á hacerse ley en el país, asegurando que estaban resueltos á todo por defender á sus mujeres y á sus hijas.

Aparte de estas breves indicaciones sobre principios generales, es muy digno de tenerse en cuenta la situación especial por que atraviesan todas las naciones en épocas determinadas. Por ejemplo: cuando se está á raíz de una guerra civil, en la cual los partidarios de una causa han sido excitados á la sublevación contra las leyes del Estado, haciéndoles creer por predicaciones insensatas y malévolas, que se trata de defender la religión que profesan, ó que era una guerra meritoria á los ojos del Altísimo y propia para la remisión de los pecados, y aun estimulándolos con entrega de algun amuleto, por ejemplo, como el siguiente: un corazón pintado y un letrero que dice: «*Detente, bala; el corazón de Jesús está conmigo*»; asegurándoles ser de grandefensa contra las armas de los contrarios; cuando, en una palabra, las asociaciones religiosas ó el clero secular se convierten en agentes al servicio de una parcialidad política y de intereses puramente terrenales, no sólo los individuos de aquellas corporaciones deben ser castigados con arreglo á las leyes vigentes, y considerando como circunstancia agravante el abuso que han ejercido de su sagrado ministerio, sino que los Gobiernos deben tener la facultad de disolver ó extrañar del reino las corporaciones sospechosas. Así lo han consignado nuestras antiguas leyes, y los Gobiernos, que por complacencias poco disculpables se apresuran á reinstalar en sus puestos, prestándoles un decidido apoyo, á las colectividades ó individuos que bajo el pretexto de la religión son unos agentes políticos, cometen una gran torpeza y un censurable descuido respecto á los intereses de la patria. La primera, porque en vano buscan el apoyo, con esa clase de lisonjas, de una Iglesia que, ya sea porque quiera justificar su nombre femenino, ó ya por su organización gerárquica y sus antecedentes, es dominadora ó dominada. No hay en esto más salvación que la libertad y la independencia. Esta clase de agentes de la política ultramontana, que obedecen órdenes de personas que están fuera del alcance de las leyes de la nación, ceden sólo en uno de estos dos casos: ó ante una severa energía ó consiguiendo que todo esté sometido á sus deseos. Esto debe comprenderlo bien el Gobierno; prueba de ello es la circular fecha 30 de Setiembre próximo pasado, que dado su criterio político es digna de aplauso, si se hace cumplir sin ulteriores debilidades, que lo dudamos, porque va haciéndose constante el fenómeno de que el trato con los vencidos es muy diferente según la causa por la cual han luchado.

Se teme siempre, y se mira de mal ojo, á los que con acierto ó con extravío luchan en favor de ideas liberales del presente ó del porvenir, mientras que se halaga y se mima y se dan toda clase de facilidades á los que lucharán por la causa del pasado, siempre con la ilusoria idea de formar aquel famoso *lastre*. ¡Ilusión pura! Deseo al cual se oponen de consuno la manera de ser, las convicciones y el honor de los absolutismos vencidos. Este proceder, que no es nuevo, está ligado sin duda con lo que motiva una afirmación que dejamos sentada: á saber: que en nuestro país, cuando se consigue llevar á la práctica y hacerse leyes los principios liberales que hoy dominan en los países mejor gobernados, son estas de cortísima duración, y los inconvenientes naturales al planteamiento de toda nueva, son exajerados en gran modo por la falta de calma é inteligencia de los unos, y la sobrada intencion de los otros. El ejemplo está bien cerca: después de la revolución de Setiembre se establecieron en España, además de otras leyes que sería largo enumerar y que más ó ménos dividen y separan los partidos políticos, el jurado, el matrimonio civil y la libertad de cultos; y apropiado escojemos estas tres; primero, porque no son de aquellas de cuyo ejercicio pueden temerse perturbaciones en el orden público; y segundo y principalmente porque no hay partido conservador en Europa, no hay ningun partido que se apellide liberal, en mayor ó menor grado, que no dé como cosa hecha la necesidad de ellas para el régimen y buen gobierno de los pueblos. La segunda, por ejemplo, ni siquiera merece colocarse en el número de las libertades ó derechos políticos; es simplemente devolver al Estado lo que es de su exclusiva atribución, y que la Iglesia en el curso de los tiempos y especialmente en el famoso Concilio Tridentino, por una mayoría más ó ménos grande, por medios y cábalas que ahora no hemos de examinar, pero que no resisten á la crítica, le ha usurpado. No es nuestro objeto entrar en la discusión de si el matrimonio es ó no un sacramento, ó lo que es lo mismo, etimológicamente hablando, misterio. Si hubiéramos de entrar en tal análisis, fácil nos sería apoyarnos en la autoridad de teólogos y padres de la Iglesia; pero, sea de esto lo que quiera, el matrimonio es, primero que todo, un contrato cuyos autores exclusivos son los cónyuges los cuales contraen compromisos ante la sociedad y á su vez exigen de ella que hagan respetar su derecho. Es, pues, un contrato diferente de todos los demás, porque es superior á todos ellos, y la cuestión de sacramento entra exclusivamente en el dominio de la conciencia individual, y á la de los cónyuges corresponde únicamente el cumplir con el precepto religioso. Pero, por una regla de moral y de derecho público, no debe ser permitido al sacerdote verificar el matrimonio canónico sin que le sea presentada el acto de haber cumplido antes con el Estado. Varios Papas sostuvieron nuestra opinión, encargando uno de ellos al clero francés

que no verificaran el matrimonio canónico sin recibir antes el acta del matrimonio civil; ordenando otros á los católicos de Holanda y á los del Oriente que verificaran primero el acto civil, cumpliendo con su deber, obedeciendo las leyes del país, y que para ello no empece que los magistrados ante los cuales se celebrase, fuesen protestantes ó mahometanos.

En España, después de la restauración, se dió el triste ejemplo de derogar por un decreto una ley hecha en Cortes, tanto más de extrañar, cuanto que recayó en una persona tan ilustrada como el Sr. Cárdenas, que tuvo la poca envidiable honra de firmar aquel decreto; decreto que será más tarde un semillero de pleitos, contiendas y disgustos, y que no estuvo lejos de producir un conflicto en acontecimientos verificados posteriormente y que tienen grave importancia en los gobiernos monárquicos. Para que nada faltase, aquel desdichado documento dió el ejemplo, poco moralizador y ménos propio para enseñar á un pueblo el respeto á las leyes y el derecho, de venir á amparar é indirectamente aplaudir los que escitaban por gentes egoístas é interesadas que explotaban su ignorancia, habían desobedecido las leyes.

La primera ley, que es el Jurado, manifestación de la justicia social, institución que más ennoblece á un pueblo, que más le hace penetrarse de sus derechos y deberes, que más respeto le inspira hacia las leyes, que no hay criminalista de primera línea que no sostenga que es indispensable para suplir la deficiencia que á *fortiori* tiene todo Código de ley criminal; institución de la cual decía Royer-Collard, nada sospechoso de demócrata ni liberal avanzado, que aunque un pueblo posea libertad de imprenta, representación nacional, voto electoral en la mayor estension, esta ó la otra forma de gobierno, si no tiene el jurado no es dueño de sus destinos; y un lord inglés siendo primer ministro decía á Jorge IV: se concibe que pueda gobernarse el pueblo inglés sin Cámaras, sin libertad de pensamiento, y aún sin el *Habeas Corpus*, aunque todo ello sería harto difícil; pero si hubiera un soberano que atacara el jurado, valdría la pena de hacer una revolución; y el primer ministro, que no ha dejado de ser ciudadano inglés, no faltaría á su puesto de honor. Pues bien, esta institución, que ningun hombre de Estado discute en Europa, fué suprimida, sentimos tener que decirlo, por un ministro que pertenecía á un partido revolucionario y liberal antes de venir la restauración. Verdad es que el Sr. Colmenares declaró en la alta Cámara que su objeto había sido suspenderla porque tenía defectos en su organización que era preciso corregir. Lo creemos así, porque no podemos dudar de la palabra de un hombre honrado; pero, permítasenos patentizar lo que es esta peregrina teoría sacando de ella consecuencias. Es así que la administración de justicia tiene defectos graves que nadie ha negado; luego debe suspenderse para organizarla mejor; es así, que á nuestro ejército le falta mucho para llegar á la altura que se desea, luego debe licenciarse para organizarlo mejor; y lo mismo pudiéramos aplicar á la propiedad, á la familia y á todo lo que existe, que no conocemos nada perfecto en este mundo sublunar. No tenemos por qué negar ni afirmar que no tuviera grandes defectos la organización del Jurado; lo que negamos, sí, es que fuera necesario suprimirlo para corregir aquéllos.

No es nuestro objeto entrar en una defensa detallada del asunto de que nos ocupamos; lo haremos en tiempo y lugar oportuno. Unicamente, como de pasada, hemos de hacernos cargo de la objeción que varias veces se ha hecho contra el establecimiento del Jurado y por alguna persona que ha ocupado el puesto más alto en la magistratura española, ó sea el Ministerio de Gracia y Justicia; y consilia esta en que se había visto que los jurados habían sido poco exactos en el cumplimiento de su misión, mirando con desden este derecho que la ley les concedía. Dignos de censura son los que incurrian en semejante falta, pero, parécenos no estar en lo práctico, al exigir que una institución que se ejerce por primera vez en el país, no adolezca de defectos y marche con la regularidad que sólo la práctica del mismo ejercicio y la costumbre pueden perfeccionarlo. Pero vamos más al fondo de la cuestión. ¿De dónde deducía aquel ilustrado jurisconsulto que los jurados iban sólo á ejercer un derecho? Un derecho sí, pero, más que todo, y principalmente, cumplir con un deber. El derecho, en rigor, es el del acusado que lo tiene para que lo juzguen sus pares, y los jurados, al ocupar su puesto de jueces, prestan un servicio á la patria defendiendo el de la sociedad respecto al acusado y sus deberes, también, respecto á éste; un servicio á la patria, decimos, pues nunca se le presta mejor que defendiendo á la justicia.

Era, en verdad, la libertad de cultos, tal como está redactada en el artículo 21 de la Constitución de 1869, mezquina en su forma y conservadora en su fondo; pero ni aún así pudo salvarse, y ha creído el Gobierno de la restauración que debía sustituirle con una forma más restrictiva, la de simple tolerancia; sobre este particular, la Revolución hasta tal punto respetó aquel principio de no hacer más reformas que las necesarias, que bien puede decirse rayó su prudencia en debilidad. Y esta conducta que puede explicarse por circunstancias especiales y como medio político de guerra á fin de salvar las huestes del absolutismo, ó según las palabras de la persona más influyente

en la situación, por el convencimiento de que halagando el exceso de sentimiento católico, las huestes carlistas se disolverían como la sal en el agua, obedecían á un mal cálculo, y el resultado probó bien á las claras que era una ilusión, pues los defensores del trono y el altar sucumbieron á los recursos de toda clase y á los sacrificios exigidos á la nación que esta facilitó sin murmurar ni quejarse, pues tal era su deseo de vencer á las huestes absolutistas y aunar la libertad con el orden. Cualquiera podría prever, sin una gran perspicacia, que pasadas las locuras é insensateces, resultado de inconscientes predicaciones federales y cantonales, la causa carlista no podía resistir á los medios de que dispone un Gobierno medianamente organizado. Adversarios leales, no negamos la gloria que corresponde á aquel Gobierno de la nación por la energía con que ha dispuesto de sus medios propios y de los recursos que otro anterior le había dejado acumulados. Aplaudimos sin reserva la energía donde quiera que la encontramos. ¡Ojalá la hubiera tenido, en el momento oportuno, el partido radical, y la patria se hubiera ahorrado no pocas pérdidas y desgracias y los partidarios de la libertad muchos días de amargura. Las circulares á que antes hemos aludido, y la actitud del clero vascongado, que las hizo necesarias, prueban hasta la saciedad, si aún pruebas se necesitaban, el escaso acierto que tuvo el Gobierno de la Restauración al reemplazar el artículo 21 de la Constitución de 1869 con el 11 de la de 1876.

Lo expuesto prueba y confirma la aseveración anteriormente hecha de que los principios liberales son de escasa duración en este país, mientras que siempre hay grandes dificultades para desecharlos por otros que son ya un anacronismo, y sustituirlos por otros que son la consecuencia forzosa de lo que una mujer de gran entendimiento llama la religión de los pueblos modernos, la libertad y el derecho. No puede en justicia culpárse únicamente á los Gobiernos; cabe también responsabilidad, y no pequeña, á las condiciones de este pueblo y aun frecuentemente á los defensores de la libertad, que no saben estar en el terreno práctico y buscar en cada momento la diosa del éxito, que es la oportunidad. Apenas hay manera de estorbar que sigamos los halagos de nuestra meridional fantasía yendo en busca de ideales y teorías tan incompletas, como mal comprendidas y peor aplicadas. En cambio, á los primeros obstáculos que llevan consigo el planteamiento de derechos por primera vez ejercidos, carecemos de la calma y de la energía necesarias para despreciar una falsa popularidad, para hacer que la ley se cumpla severamente sin consideración de ninguna especie, y para saber esperar con serenidad tranquila que pasen los tiempos del aprendizaje y que los excesos de la libertad se curen por la libertad misma.

Algo análogo á lo que se verifica con los principios sucede con las personas. Si en el estado de perturbación por que viene atravesando España en su largo período constituyente, algunos individuos se comprometieron por hechos morales ó materiales en defensa de ideas que les habrá llegado ó no su tiempo, para ellos no hay redención; son mirados como unos seres peligrosos, mientras que, si ejecutan idénticos actos en pró de ideas anacrónicas y dadas al olvido en otros pueblos más afortunados que nosotros, siempre obtendrán la consideración y aun el halago en la esperanza de que han de venir á ser el lastre ó contrapeso de las tendencias innovadoras. ¡Error gravísimo! Como si la anarquía blanca fuera mejor que la roja. Y como comprobación ahí están los siguientes datos que todo el mundo conoce. Se reconocieron á Cabrera todos sus títulos, empleos y condecoraciones, declarando oficialmente que al fin él no había luchado contra la situación actual; de suerte que las luchas sostenidas por aquel caudillo contra las libertades públicas, luchas que tanta sangre y víctimas costaron á la nación, figuraban por lo visto allá en el fondo del cuadro, no sabemos en qué término; y no hablamos de haber sido el enemigo más encarnizado del trono de Isabel II, porque no es á nosotros á quien compete ocuparnos de ese particular. También se miró como cosa de poca monta el conflicto á que pudiera dar lugar el reconocimiento de capitán general de los ejércitos á favor del conde de Morella, y que no accedió por las leyes del azar ó de la naturaleza, pero que pudiera muy bien haber sucedido que todo el Estado Mayor del ejército español hubiera estado un día á las órdenes del enemigo á quien había combatido. Todos conocen, sin duda, el documento firmado en París el 11 de Marzo de 1875, por el cual reconocía lo existente el antiguo general carlista, á la par que se hacía á su favor el reconocimiento ya indicado; pero lo que sin duda no saben nuestros lectores, es que personas llegadas á Cabrera y que se decían obrar con su consentimiento, dieron pasos y solicitaron llegar á un acuerdo parecido con el Gobierno del partido radical, y hubo quien sostuvo en Consejo de ministros que era muy inconveniente y muy expuesto á lastimar el sentimiento de delicadeza del ejército español, el reconocer empleos de generales á los hombres que contra él habían combatido. Aquel acto fué el antecedente de los llevados á cabo con otros generales carlistas, y público es, entre otros, el rápido ascenso obtenido en las filas de nuestro ejército, á favor de un joven de apellido histórico, que había figurado entre aquellos batallones de Carlos VII que tomaron la ciudad de Cuenca.

Por real orden de 27 de Febrero de 1879 se repuso las Comunidades religiosas, y como consecuencia forzosa de todo esto, cuando el Gobierno francés tuvo por conveniente poner en vigor las antiguas leyes de expulsión de los jesuitas, como tenían pocos países donde establecerse, los Padres de la Orden se vinieron una gran parte de ellos á España. Dijimos que no tenían países donde establecerse, porque nuestros lectores recordarán la situación de ellos respecto á Suiza, Inglaterra, Repúblicas americanas, etc., y tampoco habrán olvidado la creada en Alemania desde las leyes de Mayo. El cambio había sido más brusco en Bélgica, á consecuencia de las leyes sobre enseñanza pública; así que, cuando pretendieron dirigirse á aquel pequeño reino, uno de los más libres y prósperos del mundo civilizado, el Gobierno de aquella nación les contestó que los expulsados de Francia podían entrar en Bélgica como individualidades, pero no bajo ningún otro aspecto.

Los datos apuntados dan lugar á reflexiones de diferente orden que sólo muy ligeramente nos permitimos indicar. En primer término, no es nuestro objeto en este momento censurar ni aplaudir lo que á convenios con los carlistas y á restablecimiento de las órdenes religiosas se refiere; pero, respecto á lo primero, debe notarse que, mientras que con ellos se tenían tales consideraciones, se observaba una conducta bien distinta con los emigrados de ideas democráticas, que habían ocupado los puestos más altos de la política y que habían sido expatriados simplemente por medida gubernativa los unos, ó por supuestos conatos de conspiración los otros, que el tiempo y los tribunales se encargaron de probar que no pasaban de sospechas. Respecto al segundo punto, ó sea el establecimiento de comunidades religiosas repetimos lo dicho cuando tratamos este asunto bajo el punto de vista de derecho de asociación. Pero, suprimir la libertad de cultos, por un lado, sostener, apoyar y fomentar por el otro el establecimiento de tales asociaciones, es no sólo de una parcialidad irritante que lesiona profundamente el derecho, sino que lo creemos de escasa prudencia á raíz de una guerra civil de la índole y carácter que todos conocemos y que la opinión pública, y los antecedentes citados, atribuyen principalmente á trabajos y sugerencias de una parte del clero regular y secular. Hay más; uno de los primeros deberes del hombre de Estado es no perder de vista las condiciones de carácter, sentimientos y preocupaciones del pueblo para el cual se legisla; y si es por ende justo atender y respetar la conciencia de las almas timoratas y religiosas, no es menos justo y previsor el evitar toda violencia é imposición á creencias ó preocupaciones, ni más ni menos respetables, porque la experiencia nos demuestra que cuando se consigue ahogarlas ó reducir las al silencio por la fuerza, esto sirve de motivo ó pretexto para que más tarde gentes extraviadas y malévolas intenten venganzas y cometan atropellos y desafueros que todos deploran y condenan. Por desgracia están en la memoria tristes experiencias, y todos recordamos con dolor y vergüenza lo acaecido bajo un Gobierno moderado en Madrid y otras poblaciones importantes de España en la fecha no muy lejana de 1834. Escusado es decir que al expresar que fué bajo el mando de un Gobierno moderado, no queremos hacerle ninguna inculpación en la comisión de aquellos crímenes, y el único que pudiera resultar sería el de debilidad por no haberlo estorbado á toda costa, y aún esta misma podría disculparse habida consideración á lo perturbado de los tiempos. Le citamos, por el contrario, para probar que si un Gobierno autoritario no ha tenido medio de estorbarlo, ¿qué hubiera sucedido en esas épocas en que el principio de autoridad está más relajado?

Cualquiera que sea el enlace entre la moral y la razón, es lo cierto que son dos entidades diferentes; así que, aunque la primera condene y anatematice aquel crimen, que es una mancha en la historia de España, no basta al hombre pensador vituperarlo con horror; es necesario que encuentre la razón determinante que haya motivado aquel hecho. Claro está que son varias y de distinta índole, entrando por mucho, además de la parte animal y feroz que queda siempre allá en el fondo del individuo ó pueblo más civilizado, los estravíos de una multitud que al salir á los primeros albores de la libertad obra obedeciendo á las malas pasiones que una descuidada, torcida y desmoralizadora educación había infiltrado durante muchos siglos, transmitida de generación en generación y aumentada en sus malos efectos por la ley de la herencia. Pero, esto no basta para darse la razón, y más si se tiene en cuenta la especie de espontaneidad que se reprodujo en pueblos muy distantes entre sí, á menos que admitamos una teoría, completa y absolutamente pesimista. De no admitirla, como no la admitimos, hay que buscar otra explicación, y ésta es, que anteriores persecuciones, predicaciones insensatas y sanguinarias, apoyos públicamente prestados á la causa absolutista y la posesión de grandes intereses acumulados en frente de un pueblo miserable, habían producido grandes y concentradas antipatías que nunca ni en ningún caso pueden disculpar el hecho, pero que, habida consideración á lo antes dicho sobre las pasiones humanas, lo explican.

No faltan gentes timoratas que recordando lo pasado, que deseamos no volver ni siquiera á nombrar, temen que aquellas escenas puedan repetirse. Por nuestra parte nos parece insensato el

creerlo, porque la mayor cultura del pueblo español, la suavidad de costumbres, el mayor grado de civilización, y por ende, de más moralidad, hacen de todo punto evidente que no vuelvan á deplorarse tales hechos. Sin embargo; acontecimientos más cercanos que han tenido lugar en alguna población industrial y adelantada, indican bien claramente que siempre quedan restos de instintos salvajes, y lo que no puede ponerse en duda es que, cuando por una razón ó por otra, se ejerce violencia sobre la opinión de los vencidos, puede muy bien suceder que en el día de la victoria haya quien se aproveche de la ocasión para ejercer venganzas sobre aquellos que, fundada ó infundadamente, cree enemigos de su derecho y de sus libertades. No basta tener, como tenemos, la seguridad de que esos extravíos de supuestas venganzas no har de llegar, ni mucho menos á semejantes atentados; pero de que la intensidad sea menor no se infiere que no pueda haber atropellos, que la honra de la patria y el decoro de todos exige evitar. Todos debemos estar en ello interesados y resueltos á coadyuvar para que en ningún caso deje de haber el más completo y profundo respeto á todas las opiniones, á todas las creencias, á todas las aspiraciones y á todas las personas cualquiera que sea su estado. Para conseguir esto á que todos aspiramos, no puede negarse que hubiera sido uno de los medios más eficaces el sostener con mano firme la libertad de la conciencia humana por un lado, y los medios de asociarse para todos los fines de la vida, por otro. ¡Qué envidiable papel para un Gobierno conservador, el de sostener y amparar la libertad de cultos que otros habían planteado! ¡Qué servicio prestan á la patria estos partidos, cuando á la par que vienen á hacer una pausa en las tendencias sobradamente reformadoras de las democracias, vienen al mismo tiempo á conseguir que se aclimaten las hechas, sin tener las responsabilidades ni excitar los rencores que, por una ley natural, recaen en los que las han planteado! ¡Qué fácilmente pueden evitar las revoluciones por medio de las reformas! Porque, no hay que equivocarse, el dilema es inflexible: evolución ó revolución.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

LA CATEDRAL DE TOLEDO.

He visto la catedral de Toledo. La impresión que ha dejado en mi alma este maravilloso edificio, me ha hecho formar una idea del sentimiento que debió poseer al primer hombre, cuando al despertarse de la nada, vió la luz de los astros derramándose en los espacios, las flores entreabriendo sus cálizos para recibir el aliento del Creador, las aves cortando con sus alas el aire, las armonías que producen los círculos de la creación, el cuadro deslumbrador que forma en sus varias manifestaciones la vida. La primera vez que el exterior de esta catedral se ha aparecido á mi vista era de noche: las estrellas parecían agruparse sobre sus cúpulas; la luna, envolviéndola con su melancólica luz como con argentada gasa, aumentaba su grandeza; sus esculturas, idealizadas por las mezclas de las dulces sombras y de los tibios rayos del astro de los poetas, parecían más bien que piedras, ideas, en el instante mismo de su creación por el artista, ideas vagas, que se encerraban en formas inciertas; y esa indecisión de la noche dejó en mi alma como un vacío, pareciéndome que no había de corresponder el monumento á lo que en mi imaginación pintaba con sus mil colores la idea, alentada por la poesía de esas serenas noches, en que solemos hermopear y engrandecer unas paredes ruinosas, un árbol seco, cualquier objeto que á nuestra alma, exaltada por sus ensueños, ofrece naturaleza. Esta preocupación creció de punto cuando ví el informe exterior de la catedral á la luz de la siguiente mañana; al contemplar una torre airosa, sí, hermosísima, pero acompañada por la pequeña y mal concluida cúpula de la capilla muzárabe, sus tres arcos góticos ornados de primorosas labores, de hermosísimas esculturas, pero cuya armonía está completamente rota por cuerpos sobrepuestos del renacimiento, que me parecieron una blasfemia en aquel templo tan ortodoxo, porque esta arquitectura, con sus velos y molduras horizontales, mira como los dioses griegos á la tierra, mientras la arquitectura gótica se levanta como la oración cristiana á los cielos; al volver los ojos á los balaustres, ajenos á la idea fundamental del templo; al remate del frontispicio principal, obra de este nuestro siglo, en que no respaldada la idea que animó á los fundadores de la iglesia toledana, ni á los primeros artistas que calaron sus piedras; al sentir esa confusión que produce la falta de armonía, tan necesaria á la unidad de nuestra inteligencia, me pareció que me había engañado; y como por vicio de la edad, que también tiene la juventud sus achaques, soy algo dado á dejarme llevar de mis últimas impresiones, asaltáronme impulsos de asentir á la par sus tantas veces combatida opinión de Michelet, que dá todas las grandes catedrales góticas por un sólo templo de la antigua Grecia, por uno de esos rientes paganos templos, que se levantan aislados, erguidos, en una colina, rodeados de átrios y armoniosas columnas, que parecen

hechos de una vez, nacidos á un solo mandato del pensamiento del artista.

Y me dolía, este impulso, porque yo he preferido siempre el Romancero á la Iliada; Calderon á Sófocles; la Edad Media á Grecia y Roma; y siempre he defendido, áun en los tiempos en que extasiado leía los sublimes versos del Edipo Coloneo, los cánticos de Píndaro y Virgilio, y la divina aparición de la madre de Aquiles en el primer canto de Homero, que el cristianismo es como fuente de inspiración artística, religión más rica en caudales que el antiguo paganismo.

Entregado iba á estas ideas, cuando llegué á la puerta de los Leones, y sentí ya como arrepentimiento. ¡Qué divina portada! Su arco apuntado representa admirablemente el emblema de la unidad de Dios; las labores de sus piedras son como ideas místicas, grabadas para toda una eternidad por la mano de un artista embriagado del amor divino; sus esculturas, especialmente San Juan, que á la izquierda del espectador se levanta, son de lo más bello que ha producido el cincel cristiano, y el conjunto de la portada, á pesar de haber puesto en ella su mano el pasado siglo, cautivó mi alma; mas no sentía la gran impresión que anhelante buscaba, ese éxtasis que nos arrebató á este mundo y nos hace respirar las áuras de nuestra patria, del cielo.

Olvidaba yo los caracteres de la arquitectura cristiana; las ideas fundamentales sobre que estos templos se levantan. El templo griego es hermoso en su exterior, porque representa el carácter de un pueblo que necesita de esos espacios intercolumnios para darse á los grandes gozos de su vida, puramente pública. El arte cristiano arranca de lo interior del hombre, del alma. El templo gótico no está abierto á todos vientos como los templos antiguos, no; está cerrado con espesos muros, porque es el lugar de la meditación y de las religiosas plegarias, y de la comunión íntima y secreta del espíritu con Dios. La arquitectura griega se estiende horizontalmente, como los frondosos árboles del Parnaso, para cobijar al hombre; la arquitectura gótica se levanta como el ciprés á los aires, busca lo infinito, se eleva á las regiones superiores para albergar á Dios. El interior de los templos paganos suele ser como el exterior, y á veces más sencillo; para el interior de los templos góticos se guardan todas las riquezas, todas las maravillas, todos los prodigios del arte; porque representan el alma recojiéndose dentro de sí misma, hermoseándose con la virtud y el amor para recibir en digna morada el espíritu de Dios. Haciendo yo estas reflexiones, me sentí impulsado á entrar y traspuse los umbrales de la puerta de los Leones, y entré. Y me maravillé, y me pareció que mi alma se anegaba en aquel océano de grandiosas ideas, verdaderas emanaciones de Dios.

Todo, todo es aquí grande. Siento muchísimo desflorar mi admiración entregándola al papel. No es dable aprisionar en las cadenas de las formas las ideas, cuando libres vuelan por los espacios infinitos. Las bóvedas de la catedral ofrecen á mi vista un laberinto, á manera de sagrado bosque, en que se quiebran los rayos del eterno sol; sus columnas, formando preciosísimos manojos, ascienden á los aires y se pierden gallardas entre las dudosas sombras que, á manera de dulce crepúsculo se levantan del pavimento, y se agrandan cuando los reflejos de la clara centelleante luz de las ventanas coronan como una auréola sus remates; las líneas de todos estos airosoísimos arcos van á unirse en un punto como las ideas, los sentimientos, las oraciones de los fieles se unen por maravillosa armonía en Dios, centro de las almas; las esculturas se levantan, representando como un poema vivo los dolores del hombre, las esperanzas y los consuelos de la religión, el martirio de los que dejaron los átomos de ceniza en las hogueras, pero cuyas almas rielan como una estrella fija en sus frentes, el sacrificio sublime del Creador, encerrando en nuestra limitada naturaleza su esencia divina, que no cabe en la eternidad, y ofreciendo á la muerte su vida, que es alimento de la creación, y uniéndose á estas columnas, á estas bóvedas, á estos arcos, recrea mi vista la pintura, arte esencialmente cristiano, engrandecido por las inspiraciones del Calvario, y embelesa mi oído la música, que dá movimiento á estas moles de piedra, voz á sus estatuas; y sobre tantas maravillas veo la idea más viva de la catedral, las ojivas, resplandecientes de luz que recogen para hacerla tributaria del templo los vidrios matizados de mil colores, heridos por los rayos del sol, produciendo pasmosos efectos de óptica, destacando de su brillante fondo los ángeles, los doctores, las vírgenes, como si coronaran la catedral; los vidrios de colores, idealización de la luz, que parece como el amanecer del eterno día de la celeste gloria.

Este es el templo de la oración cristiana. Bajo estas bóvedas el pensamiento se sublima al cielo. Aunque la voluntad quisiera proferir una maldición, una blasfemia, se apagaría en los labios, convirtiéndose en plegaria impregnada de amor y de esperanza. Me parece que veo desvanecerse la muerte, que me desposeo ante el ara santa de mi alma, la cual se pierde en el seno de Dios como la luciérnaga en los rayos del sol, como la gota de lluvia en las profundidades infinitas del Océano. Estas armonías, estos cánticos, esta poesía viviente, el olor balsámico del incienso, los colores del aire, las oraciones que vagan por los espacios, las

ideas que ocultan esos mártires, esos doctores que leen la verdad absoluta en sus libros de piedra, el amor divino que centellean esas vírgenes envueltas en los arreboles del firmamento, coronadas de estrellas, la unidad que armoniza todos estos objetos, que son místicas ideas, embargan el pensamiento, que se recrea en la contemplación de Dios revelado por el arte.

Yo no sabré decir ahora el origen de la arquitectura ojival, ni hay para qué recordarlo. No diré si ha provenido del Oriente ó del Norte, de los árabes ó de los alemanes. Pero me parece que todos los monumentos ojivales del siglo trece son como flores que han brotado al dulce aliento de las áuras orientales, del seno mismo de la antigua, magestuosa, grave y severa arquitectura bizantina; pues la catedral gótica es el apocalipsis del arte cristiano y recuerda la cuna de la humanidad, como si quisiera ponernos entre el Paraíso que perdimos al nacer y el Paraíso que esperamos al morir; y simboliza la unión de Oriente y Occidente, de la Biblia, libro de los sagrados recuerdos, con el Evangelio, libro de las consoladoras esperanzas.

Y mirando esta catedral desde el punto de vista nacional, recordando que puso su primer piedra el historiador de las Navas de Tolosa, que se comenzó bajo el amparo de San Fernando, que la consagración de sus sagrados espacios se debe á los tiempos de Alonso VI, que en su capilla mayor se levanta aún representando el eterno triunfo de la raza española sobre la raza árabe el gran D. Alonso VIII; evocando todos estos recuerdos históricos, no puedo dejar de convenir en que estos arcos apuntados, estas labores preciosas, estas columnas que parecen orientales palmeras, esas flores, ramas de árboles, guirnáldas, conchas, estrellas, grabadas en el templo como un holocausto de la riante naturaleza á su Creador, esos encajes que forma la piedra, á manera del velo misterioso que nos oculta á Dios; todo ese lujo de ornamentación, que en vano buscamos en los primeros momentos españoles del estilo bizantino, silenciosos como el anacoreta, severos como los soldados de Covadonga; ese florecimiento misterioso de la piedra, que quiere representar una eterna primavera, dicen que nuestros padres han trepado por las montañas que los separaban de la oriental Andalucía, y han descendido á sus jardines, y han gozado á los rayos de su victoria las ideas que despide aquella tierra, embellecida por el génio del Oriente, y han hecho sus artes, sus ciencias, hurtes del eden musulmán, tributarias de la grandiosa nacionalidad española. Los jazmines, las rosas de Damasco y Alejandría, el mirto meridional, las esbeltas hojas del árbol que cantaba el primero de los Omníadas de Córdoba, el azahar, las perlas de los dos mares que arrullan con sus celestes olas á la sultana Andalucía, todos los tributos de la naturaleza y del arte oriental se unen hermosamente en el siglo trece á la majestuosa ojiva, como las obras de Algazel, Abolaris, Avicena, y otras mil maravillas trasportadas á nuestra lengua por las poderosas iniciativas del más sábio de los reyes cristianos en la Edad Media, de D. Alonso X, vienen á ofrecer nuevas fuentes de inspiración y de vida al vigoroso y ya brillante génio de nuestras ciencias y letras. El espíritu español, como una hermosa flor, ofrece sus hojas al beso de las áuras orientales, que depositan en él sus aromas impregnados del primer aliento del Creador. conservando, sin embargo, nuestra arte siempre su misteriosa esencia, que no se extingue ni por la inundación de nuevas ideas ni por el soplo de los siglos.

Hé aquí las principales ideas que ha levantado en mi alma la grandiosa catedral de Toledo. No me detendré á explicar minuciosidades de este magnífico monumento, porque si bien yo no me canso de admirar, ni de escribir, *calamo corrente*, mis impresiones, me parece muy fácil que se cansen mis lectores ya de leer, y no hay razón para abusar así de su paciencia. ¿Ni qué podría yo decir, describiendo este templo, que no hubieran dicho ya Ponz, Cean Bermúdez, Amador de los Ríos, Caveda, Pidal y tantos otros como han tratado de su maravilla? El magnífico enterramiento de Mendoza, el gran cardenal, que enarbó el pabellón de la cruz en las torres de la Alhambra; la capilla de Santiago, donde duerme el sueño de la muerte el condestable don Alvaro de Luna, presa arrojada por un rey débil á los nobles, que allende la muerte les arrancó la sábia política de doña Isabel la Católica, consagrando con un magnífico monumento su memoria; la capilla de los reyes nuevos, donde yacen don Enrique el de las Mercedes y don Juan I, el vencido en Portugal para nuestra desgracia y reposan juntos los descendientes del asesino don Enrique y los del asesinato don Pedro, por lo cual es paz, es concordia para siempre, como dice uno de los epitafios; la sala capitular, que guarda los retratos de todos los arzobispos de Toledo, bellísima por su pavimento y su sillería, y los artesanos de su magnífica techumbre, la capilla muzárabe, donde aún resueñan los ecos de la independiente Iglesia goda, que con ervaba su libertad bajo el peso de las cadenas musulmanas; la capilla del Sagrario, obra que respira grandeza, y para mí santa, no sólo por su religioso objeto, sino por haber inspirado un drama al más grande de los poetas españoles, al inmortal Calderon; los frescos del claustro, los vidrios de colores, el trasparente, que en mí sentir es el desvarío más poético del estilo borrominesco, todas estas grandes partes del templo requerían más

tiempo para ser examinadas y más espacio para escritas, tiempo y espacio de que yo no puedo disponer. No quiero despedirme sin dar, parecerá audacia! mi opinión sobre el coro, la obra más bella, más magnífica, más acabada de la catedral de Toledo, donde han contendido siempre el génio de Berruguete con el de Borgoña. El coro es célebre, porque presenta en su seno las esculturas de estos grandes ingenios, del español Berruguete y de Felipe de Borgoña. Esculturas cristianas, obra de dos grandes ingenios; así que leí esta noticia en el hermoso libro *Toledo pintoresco*, del señor Amador, que era mi guía, me faltó tiempo para entrar en el coro. Ví una y otra vez las esculturas, leí el atinado juicio que forma sobre ellas don José Amador de los Ríos y me decidí á dar también mi triste parecer. Se trata de decir quién se ha llevado la palma, si Berruguete ó Borgoña. Cada arte representa un instante del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano. A la escultura le toca representar la idea identificada con la forma, el cuerpo al través del cual se entrevé el espíritu, la belleza plástica; y por eso la escultura es arte eminentemente clásico, y por eso luce en todo su esplendor en Grecia. Así como las ciencias, las artes tienen un objeto fijo, determinado, una ley que no puede romper.

El arte de los pueblos clásicos representa la identificación de la forma y el fondo, y así la escultura ha llegado á su mayor grandeza entre griegos y romanos. La serenidad, la belleza plástica, hé aquí lo que principalmente representa la escultura. Tengo para mí que así como la arquitectura, la música, la pintura, la poesía, son artes eminentemente cristianas, porque pueden representar lo infinito; la escultura es un arte eminentemente clásico, porque sirve más bien para representar la hermosura real que para contener en su limitada organización la idea divina, el espíritu infinito del cristianismo. Por eso el mundo moderno aún no ha dado un Fidias, ni el mundo antiguo pudo jamás dar un Murillo; por eso se necesitó que viniera el renacimiento á dar vida á la escultura, pues en los siglos medios todas las demás artes habían alcanzado un prodigioso desenvolvimiento, mientras la escultura quedó en perpétua infancia. Fidias pudo encerrar en piedra los dioses de Homero; para representar las sombrías y sublimes figuras del Dante, arrojó lejos de sí Miguel Angel sus cinceles, y las evocó en la capilla Sixtina, con los arreboles de los colores más ideales, más vagos que las formas determinadas y materiales de la escultura. Y dicho esto, voy á dar mi juicio sobre Berruguete y Borgoña en dos palabras.

Berruguete, génio español, apasionado, quiso expresar el alma, la idea infinita en sus esculturas; Borgoña se atuvo á las formas, á los ejemplos, á las leyes de la escultura griega. Berruguete muestra más inspiración, más génio, más idea; pero en la esfera del arte le venció Borgoña. Esta es mi opinión. De cualquier modo, las grandezas de esta catedral serán siempre nuestro orgullo. Un poeta alemán representaba un desgraciado que anhelante de orar entró en una catedral gótica, y encontró á Jesús huérfano, llorando sobre el seno de sus ángeles, apurando eterno cáliz de amargura, sin cielo ni tierra que le oyese, abandonado de su eterno padre; yo, si alguna vez vacilara en mi fé religiosa, si me abandonaran mis creencias, entraría en estas hermosas catedrales góticas, seguro de encontrar en su santuario el Dios que me enseñó mi madre.

EMILIO CASTELAR.

TOLEDO, 1857.

LA CUESTION DE MARRUECOS

Voto particular presentado en la Sociedad Económica Matritense por D. FRANCISCO CARRAMAQUE al dictamen del socio diputado á Cortes Sr. Iglesias, sobre pesquería y piratería en la costa occidental de Africa.

Una de las Sociedades Económicas de Amigos del País de Canarias, la de las Palmas, acaba de dirigirse á varias corporaciones de la Península, á la *Económica Matritense* y á la *Sociedad Geográfica* entre otras, pidiéndoles con el encarecimiento de una grande urgencia que presten su valioso concurso á la tarea altamente patriótica de poner un límite á los peligros que en la costa Noroeste de Africa corren los infelices pescadores canarios, y de que se cumpla sin más dilaciones el artículo 8.º del Tratado de 26 de Abril del 1860. Solicita, además, aquella Económica el establecimiento de un crucero de guerra que proteja los intereses de los pescadores contra los atentados de las kábilas berberiscas.

Cuánto y con qué singular preferencia se fija la atención pública en este asunto, no tengo para qué decirlo pues que los señores socios lo saben. En cambio no ha sido el acierto ni un cabal conocimiento de este negocio lo que más ha resplandecido en las polémicas suscitadas. Excepción hecha de dos periódicos, *El Imparcial* y *La Época* (acusando el autor de los artículos de este último diario un estudio serio y minucioso de lo que ha dado en llamarse la cuestión de Marruecos), los demás no han tenido la fortuna de fijar bien los términos en que deben discutirse las tres proposiciones de los pescadores canarios. Inspirados todos en el más puro patriotismo, no ha podido ninguno, sin embargo, aunque *La Época* se acerca mucho á lo que tengo por más acertado, penetrar de lleno y serenamente en los vários puntos que abarca el

negocio. Deficiencia disculpable dada la precipitación con que los periódicos se escriben y confeccionan.

No pretendo yo ahora llenar sus vacíos, y menos corregir á nadie la plana; pero sí he de procurar, (y quiera la fortuna que lo logre con tanto éxito como bueno es mi deseo,) desvanecer algunos errores, combatir algunas ideas y manifestar con la mayor suma de razon que pudiere, hasta dónde y cómo debe el Gobierno hacer suyas las reclamaciones de los pescadores canarios.

Entiéndase, sobre todo, que solo el bien de la patria guía mi voluntad en este instante al ponerme en disidencia con las opiniones más corrientes y admitidas, pues no otras son las sustentadas por casi todos los periódicos y las que en su dictamen defiende el Sr. Hernandez Iglesias.

Lo primero y más esencial que al parecer solicitan los canarios, es que se proteja su pesca en la costa Noroeste de Africa.

¿Desde dónde y hasta dónde?

Sabido es que la soberanía efectiva del Sultan acaba en Santa Cruz de Agadir, último pueblo al Sur de la costa del Imperio de Marruecos. Desde Santa Cruz de Agadir hasta la Isla de Arguin, que se halla situada muy al Sur, la soberanía del Sultan no existe ni ha existido nunca. La que puedan reconocerle hasta el Dráa es moral y muy discutible. Es así que los pescadores canarios ejercen su industria entre Cabo-Bojador y Cabo-Blanco singularmente, luego no es posible exigir al Sultan una protección que no está en su mano conceder y á la que no aparece formalmente obligado por ningún convenio. A lo único que el Emperador se ha comprometido es á interponer su influencia con las tribus independientes más inmediatas, ó sea las del Vad-Nun, para salvar la vida de los tripulantes de los barcos que fueren aprisionados por los moros que no reconocen su soberanía.

Hé aquí las pruebas de esta afirmación, cuyo lado débil para el Sultan examinaré luego.

En el artículo 18 del Tratado que firmó el Sultan con España en 28 de Mayo de 1767, se dice: «S. M. Imperial se aparta de deliberar sobre el establecimiento que S. M. Católica quiere fundar al Sur del Rio Non, pues no puede hacerse responsable de los accidentes ó desgracias que sucedieran, á causa de no llegar allá sus dominios y ser la gente que habita el país errante y feroz, que siempre ha ofendido y aprisionado á los canarios. De Santa Cruz al Norte S. M. Imperial concede á estos y á los españoles la pesca, sin permitir que ninguna otra nación la ejecute en ninguna parte de la costa, que quedará enteramente por aquellos.»

Como se lee claramente en este artículo del Tratado de 1767, solo se compromete á proteger la pesca de nuestros barcos cuando estos sufran perjuicios desde Santa Cruz de Agadir arriba, al Norte, es decir, en la costa de su imperio, de modo alguno la pesca al Sur, donde ninguna soberanía tiene y donde precisamente ejercen la referida industria los canarios, que en el verano van á Cabo-Blanco y los demás meses á Cabo Bojador y Cabo Barbas.

En el artículo 22 del tratado de 1.º de Marzo de 1799 se dice:—«Si algún buque español naufragase en rio Non y sus costas, donde no ejerce dominio S. M. marroquí, ofrece, sin embargo, en cuanto aprecia la amistad de S. M. Católica, valerse de los medios más oportunos y eficaces para sacar y libertar los tripulantes y demás individuos que tengan la desgracia de caer en manos de aquellos naturales.»

Por este otro Tratado se vé nuevamente la insistencia del Emperador de Marruecos en no proteger á los pescadores al Sur de sus costas sino mediante su influjo moral sobre las kábilas rebeldes del Sud y Vad-Nun; insistencia lógica y natural pues que no alcanza á mas, y á veces ni á tanto, el respeto que á los jeques de dichas tribus inspira.

Pero aun hay más.

En el artículo 38 del Tratado de 1862 se dice textualmente:—«Si un buque español de guerra ó mercante encallase ó naufragase en cualquier punto de las costas de Marruecos, será respetado y amparado en cuanto necesite, y dicho buque y cuanto contenga será conservado y restituido á sus dueños sin menoscabo de ninguna especie.»

«Si algún buque naufrago tuviese á bordo algunos géneros que sus propietarios desearan vender en los dominios marroquíes, lo podrán hacer libremente sin pagar derecho alguno ni al venderlos ni al embarcarlos. El capitán y la tripulación estarán en libertad de marchar al punto que quieran cuando mejor les parezca y sin obstáculo alguno.»

«Si naufragase algún buque español en Vad-Nun ó cualquier punto de sus costas, el Rey de Marruecos ampliará su poder para salvar y proteger al capitán y á la tripulación hasta que vuelvan á su país; y se permitirá al Cónsul general de España tomar cuantos informes ó indicios necesite acerca del capitán y de la tripulación de dicho buque, á fin de poder salvarlos. Los Gobernadores del Rey de Marruecos auxiliarán igualmente al cónsul general en sus investigaciones, segun las leyes de la amistad.»

De manera que España no puede exigir al Sultan de Marruecos la protección que solicitan los pescadores canarios. Si estos fueran hácia el Norte, desde Cabo-Nun para arriba, á las costas del territorio marroquí propiamente dicho, nuestro

derecho sería inconcuso y el deber del Sultan claro y exigible; pero como no es así, sino que los pescadores van al Sur invariablemente, y los pocos de Lanzarote y Fuerteventura que van hácia Cabo-Nun lo hacen porque sus embarcaciones no les permite arriesgarse tan lejos por lo trabajosa que sería su navegación á la vuelta, lo único que el Gobierno Español puede pedir enérgicamente al Sultan, es que procure la salvación y libertad de los tripulantes que fueren cautivados por los moros rebeldes que pueblan el territorio del Sud y Vad-Nun; pero de ningún modo se puede exigirle cuando el fracaso ocurra más al Sur.

Es muy cierto, por otra parte, que la influencia moral del Sultan sobre los primeros territorios indicados no carece en ocasiones de eficacia; mas no conviene olvidar en asunto de la importancia del presente y dejando á un lado el espíritu bélico y poco reflexivo de nuestro país, la curiosa contestación que diera un Susí á uno que le preguntara por los límites del Imperio de Marruecos en el Sur. Respondióle lo siguiente, que es tan gráfico como exacto:

«En el país del Sud, desde la falda del Atlas hasta el rio Gas, aunque con repugnancia, obedecen al Sultan y rezan por él; desde el Gas hasta el Assaka rezan tambien, aunque no le obedecen; desde el Assaka hacia el Sur no le obedecen, pero tampoco rezan ni se acuerdan de su persona.»

Lo que hay de positivo en este punto concreto es que el Sultan quiere, cuando le conviene, aparentar una soberanía moral ó efectiva de que carece, darse importancia con las naciones europeas para que no le desdeñen como cosa baladí, y llegado el momento de que lo demuestre queda al descubierto y en su verdadera insignificancia.

Repito, pues, que el Gobierno Español no puede pedir al Sultan que proteja la pesca de los Canarios en lugares de la costa donde ninguna soberanía ejerce. La conducta que han seguido Francia é Inglaterra há poco tiempo, la primera con motivo del fracaso de las relaciones comerciales que la expedición del Anjou intentó establecer en Yfní, y la segunda despues de haber tenido que abandonar Cabo Yuby el escocés Mac-Kenzie (si bien parece que ha vuelto de nuevo á Tarfaya), conducta que se ha limitado á no hacer nada, es la que nuestro Gobierno ha de seguir mientras un derecho claro y terminante, que hoy no existe, no autorice á los pescadores canarios á ejercer su industria desde Cabo-Nun hasta Arguin. Y como este derecho no puede dárselo el Sultan porque no puede dar lo que no tiene, porque todo el Sur de esa Costa está habitado por tribus que le niegan su soberanía política, claro es que nuestros trabajos deben dirigirse al logro de derechos reales y efectivos.

El exaltado patriotismo de algunos señores socios me argüirá, tal vez, que España no se halla en el caso de permanecer quieta cuando tantos perjuicios causa semejante estado de cosas á las siete mil personas próximamente que viven en Canarias de la industria de la pesca. Es muy cierto: pero entiendo yo que, sobre los remedios que he de indicar luego, la política española respecto de la marroquí debe corresponder á la índole de esta en lo que tiene de hábil y taimada. Más claro, España debe emplear una política suavemente cautelosa y enérgicamente sostenida que acabe por poner al Sultan en la alternativa de obligarse á cumplir estrictamente lo pactado, ó si declara que le es imposible, conceda el equivalente que á España le convenga.

Difícil sería lo primero porque el Sultan no quiere, (y á estorbarlo dispondríase desde luego empleando la política tradicional de enzizañar á las tribus contra los cristianos), que una ó más factorías establecidas al Sur de su Imperio le mermen, como sucedería inmediatamente, el comercio de Mogador. Pero como ante situación tan apretada para los pobres pescadores canarios algún temperamento hay que adoptar, paso á exponer, al tiempo que me ocupo de los otros dos puntos de la solicitud de la Sociedad Económica de la Gran Canaria, el que debe, á mi juicio, emplearse.

Ponen empeño singular los Canarios, y con ellos coinciden muchas personas, en que exijamos á Marruecos el estricto cumplimiento del artículo 8.º del tratado de 26 de Abril de 1860. Este artículo, que conviene conocer en toda su integridad, dice de la manera siguiente:

«S. M. Marroquí, se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. Católica en las costas del Océano junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería como el que España tuvo allí antiguamente. Para llevar á efecto lo convenido en este artículo se pondrán previamente de acuerdo los Gobiernos de S. M. Católica y de S. M. Marroquí, los cuales deberán nombrar comisionados por una y otra parte para señalar el terreno y los límites que debe tener el referido establecimiento.»

Una palabra de historia antes de proseguir.

Siendo en 1476 señor de las Islas Canarias Diego de Herrera, desembarcó éste una noche en la costa occidental de Africa y levantó á poco tiempo la fortaleza que se conoce con los tres nombres de Santa Cruz la Chica, Santa Cruz de Mar Menor y Santa Cruz de Mar Pequeña. Fué esta posesión sancionada por uno de los derechos más altos de entonces, por una bula del Papa Alejandro VI, y nuestra siguió siendo hasta 1524, en cuyo año, más afortunado que en el de 1492 que tuvo que retirarse con grandes pérdidas, la sitió y tomó el Rey de Fez al frente de numeroso ejército. Faltaron los

auxilios pedidos á Canarias, y la abandonamos para siempre, no sin que Felipe II intentara levantarla de nuevo: no fué, sin embargo, posible, y desistióse de semejante empresa.

Posteriormente se ha querido en diversas ocasiones fijar la situación que ocupára Santa Cruz de Mar Pequeña, y la diversidad de los pareceres ha sido grande, careciendo de exactitud que Viera y Clavijo ni Abreu y Galindo la fijaran, y ménos aún la sociedad de Exploración que preside el Rey don Alfonso XII. Circunscribiéndome á las opiniones más recientes, y todas muy autorizadas, segun los Sres. D. Francisco Coello y D. Martin Ferreiro, Santa Cruz de Mar Pequeña debió estar situada en las inmediaciones del rio Dráa; segun don Pelayo Alcalá Galiano, en las del rio Chivica; segun D. Cesáreo Fernandez Duro, comisionado por nuestro Gobierno para hacer en el *Blasco de Garay* este reconocimiento oficial, en la ensenada de Ifní, y segun D. Antonio Manrique (de Canarias) en el Puerto Cansado.

¿Cuál fué su verdadera situación? Lo ignoro por completo, por lo que no aventuro tal ó cual opinión mia cuando tan encontradas andan las de personas tan competentes. Mas fuere una cualquiera de las cuatro, dados los límites en que invariablemente la colocan ninguna cuenta nos trae, y si la tiene es muy escasa, la posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña como pesquería, que es para lo único que el preinserto artículo 8.º nos la concede, no para factoría como algunos escritores mal informados han sostenido.

Supongamos, no obstante esta observación importantísima, que siguiendo la corriente de un celo mal dirigido hacemos hincapié en que se nos entregue por el Sultan—cuando su situación sea conocida—el territorio que ocupó en 1476 Santa Cruz de Mar Pequeña. ¿Dónde colocan ésta nuestros geógrafos? Pues la colocan en la costa comprendida entre Ifní y Puerto Cansado. ¿Hay pesca en estos límites? No, y si la hay es de poca importancia, como lo prueba el hecho práctico de que los treinta barcos que se dedican á la pesca, sólo cuatro ó cinco de Lanzarote y Fuerteventura la ejercen allí, y más singularmente hácia Cabo Yuby, es decir, al Sur de Ifní, Dráa, Chibica y Puerto Cansado. Este hecho está, además, reforzado con el dictamen de autoridades tan competentes como don Jorge Juan, Berthelot y el capitán Aube, que han estudiado minuciosamente y detenidamente el asunto.

¿Qué ganarían nuestros pescadores canarios con la posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, si en su costa no hay toda la pesca que buscan y necesitan? ¿De qué serviría á España una pesquería en el nombre? Los Canarios, ¿habían de abandonar la esquisita y abundante pesca que hacen hoy desde Cabo Bojador á Cabo Blanco, por la escasa que hay desde Yfní á Puerto Cansado? Las veintiocho embarcaciones que van ahora á Cabo Bojador, Cabo Barbas y Cabo Blanco, ¿dejarían de ir á ellos para dirigirse al Norte de la costa, donde apenas pescan lo que necesitan las cuatro ó cinco de Lanzarote y Fuerteventura?

Es esto tan obvio y evidente para los mismos Canarios, que no merece de mi parte la insistencia. La pesquería de Santa Cruz de Mar Pequeña no es otra cosa que un derecho que España puede y debe cambiar en todo caso, y como diré más adelante, por algo que sea útil, real y positivo.

Tampoco debo hacerme cargo, si no es para combatirlo de pasada, del magno error en que incurre el coronel alemán Conring confundiendo á Santa Cruz de Mar Pequeña con Santa Cruz de Agadir. Santa Cruz de Agadir, que fué de los portugueses hasta 1536, es desde esta fecha de Marruecos y el término precisamente del Imperio en el Sur. La guarnición y el Gobierno que en Santa Cruz de Agadir tiene el Sultan, comprueban sobradamente, si otras razones históricas y comerciales no hubiere, que las hay, la equivocación de tanto bullo padecida por el coronel Conring.

Probado, pues, como queda que no nos conviene de modo alguno una pesquería en Santa Cruz de Mar Pequeña, ¿podríamos aspirar á establecer en ella una factoría? Contestaré con la opinión del célebre cautivo But-I-er, quien en carta dirigida á nuestro Cónsul en Mogador el 14 de Diciembre de 1867, dice lo siguiente:

«Existe una gran dificultad en Vad-Nun que coarta la explotación: esta dificultad es la anarquía; y mientras no exista aquí un Gobierno que se haga respetar y ofrezca garantías, creo irrealizable la idea de establecer un comercio regular.»

No hay, por consiguiente, que discurrir acerca de Santa Cruz de Mar Pequeña ni siquiera como factoría en el caso de que para este efecto se nos entregara. Ni como pesquería ni como factoría puede compensar los perjuicios que llevamos sufridos, y ménos la sangre y los tesoros que empleamos en la campaña de 1859 y 1860, cuyo remate es este derecho ineficaz si no ilusorio.

En cuanto á la realidad que pueda tener el compromiso solemne que en el artículo 8.º del Tratado de 1860 contrae el Sultan con España, pregunto: ¿sería serio que nuestro Gobierno ofreciera á una nación cualquiera tal ó cual territorio en el Cabo de Buena Esperanza, por ejemplo? Pues en idéntico caso se encuentra el ofrecimiento de Santa Cruz de Mar Pequeña. El Emperador de Marruecos no puede dárselo lo que no tiene; el territorio en que Santa Cruz de Mar Pequeña estuvo, desde Ifní á Puerto Cansado, tan suyo es como

nuestro Joló. Y en esta contradicción del Sultan, contradicción que no califico porque por sí sola se califica, es donde España debe hacer fuerza, porque puesto el Sultan en el caso de darnos Santa Cruz descubriríase la verdad de los hechos, quedando claro como la luz meridiana que no tiene ni tuvo nunca soberanía bastante en la costa Sur para disponer del territorio de las tribus rebeldes ó independientes. Estas no lo consentirán si él lo intentara, y á cambio de Santa Cruz de Mar Pequeña arrancaríamos presa más grande y de ventajas más efectivas.

Oficiosamente según unos, y oficialmente según otros, algo ha dado ya el Sultan en este sentido. Aprovechémonos de la ocasión y de nuestro derecho, de ese derecho consagrado con la sangre de los gloriosos mártires de la guerra de Africa. ¿Por qué no le pedimos á cambio de Santa Cruz un territorio en el Cabo de Agua, en el Mediterráneo, inmediato á las Chafarinas y que vendría á ser como un límite español á la ambición francesa en Argelia? Tal vez lo consiguiéramos por quitarle el grave peso de una oferta ilusoria, y las ventajas de dicha posesión, del Cabo de Agua, compensaría la inacción de veinte años y los perjuicios hasta hoy sufridos por los pescadores de Canarias.

Por lo que respecta al porvenir de éstos, considero que España puede y aun debe apoderarse de la Isla de Arguin, situada al Norte del Cabo Verde, esto es, al Sur de la costa Marroquí y próxima, como su nombre lo indica, al Banco de Arguin, el lugar de mayor y más exquisita pesca según todos los viajeros y marinos así nacionales como extranjeros. La Isla de Arguin, despoblada y lejos de la acción del Sultan de Marruecos, ha sido alternativamente de los portugueses, holandeses, ingleses y franceses, hasta que en 1816 lo abandonaron estos por la misma razón que aquellos, es á saber, porque á mucha distancia de sus puertos no les tenía gran cuenta.

Pero á España, cuyas islas Canarias están cerca, no solo le sería ventajosa su posesión bajo el punto de vista político, sino que en ella encontrarían los Canarios la buena y abundante pesca que necesitan y buscan, con lo cual conseguiríamos también que no saliesen de España los 18 millones de pesetas á que asciende el bacalao que importamos á nuestros puertos anualmente. La isla de Arguin no pertenece hoy á nadie, sino á alguna kábila que sería fácilmente por nuestras armas vencida, y el abadejo que se coje en su banco estiman muchos que es superior al de Terranova.

El capitán Aube, de la marina francesa, conoce la importancia de la pesca en Arguin y recomienda á su patria que se apodere de la isla. En la *Revue maritime* de 1872, página 489, dice lo que sigue:

«Del cabo Blanco al cabo de Santa Ana, y desde este cabo al de Arguin, existe un canal para los buques de mayor porte, con un fondo de nueve metros, cuya navegación no ofrece el menor peligro aprovechando las variaciones regulares de las brisas y las corrientes. La isla de Arguin está separada del continente por un brazo de mar de más de una milla de extensión, y se halla, por tanto, al abrigo de una incursión armada de las tribus árabes, de las cuales la principal, que es la de Vled-ben-Sháa, reconoce nuestra soberanía. Los antiguos aljibes del establecimiento de Arguin, que hemos hallado medio llenos y que pueden proporcionar hasta 1.000 metros cúbicos de excelente agua, se encuentran en tan buen estado de conservación, que aun sin reparación alguna bastarían para las necesidades de un personal numeroso. La punta Salina, las tierras que rodean el cabo de Arguin y la parte meridional de la isla de Arguin, pueden convertirse con pequeñas obras en salinas cuyos productos serían bastantes para las necesidades de una vasta explotación de pesca... Las condiciones climatológicas y geológicas del territorio desde cabo Nun hasta San Luis del Senegal hacen imposible, á excepción de un solo punto, el establecimiento de una pesquería de importancia, y este punto es la isla de Arguin.»

Ahora bien, no solo con lo que copio queda palmariamente y concluyentemente demostrada la alta conveniencia de establecernos en Arguin, antes acaso de que lo hagan los franceses, sino que si se quieren estremar las cosas á estos pudiera corresponder la responsabilidad de lo sucedido al pailebot *Fé* en las aguas de Arguin, ya que una de las tribus inmediatas á esta isla, por cierto la principal, y quien sabe si la causante del daño, reconoce la soberanía de la Francia.

Se objetará que la piratería berberisca que hace poco trató, como digo, de apoderarse cerca de Arguin del pailebot *Fé*, haría muchos cautivos y otros estragos. Contesto que nó, porque el Gobierno de España tendrá buen cuidado de mandar á aquellas aguas un crucero de guerra que pusiese á raya á los moros fanáticos. La misma goleta que debe estar de estación en Santa Cruz de Tenerife podría prestar este importante servicio.

En el banco de Arguin y más al Norte está la verdadera industria pesquera de las Canarias, como lo justifica la insistencia con que van á sus cercanías los 24 barcos de treinta que ejercen dicha industria en aquella parte de la costa. A Arguin, pues, con el auxilio del crucero, y la riqueza de Canarias y de la Península ganará considerablemente.

Dejemos de una vez la ilusoria pesquería de Santa Cruz de Mar Pequeña; troquemos este derecho, si á ello se nos precisa, por el más positivo de Cabo de Agua ó por una fuerte indemnización metálica que nos pondría en el caso de intervenir las aduanas del Sultan (á España importa y

conviene muy mucho todo lo que sea ingerirse, sea como fuere, en Marruecos,) y de esta manera habremos dado solución, *por ahora*, al conflicto en que los Canarios se hallan y carácter efectivo al artículo 8.º del Tratado de 1860.

Resumiendo para no molestar con prolijidades á la Sociedad. Hé aquí las conclusiones de mi voto.

1.º En cuanto á la protección que para los pescadores Canarios piden las Sociedades Económicas de aquellas islas, España debe exigirle al Sultan de Marruecos dentro de la costa comprendida hasta cabo Nun, ó mejor hasta el río Draa. No así, por desgracia, desde este punto hasta Cabo Blanco ó Arguin, donde no tiene soberanía el Sultan, por lo que corresponde mandar inmediatamente un crucero de guerra que proteja los intereses españoles en los sitios que designen personas competentes.

2.º El Gobierno debe reclamar enérgicamente y desde luego el cumplimiento del Tratado de 1860; pero si por altas razones este cumplimiento no fuera posible, importaría Permutar el derecho á una pesquería en Santa Cruz de Mar Pequeña por la equivalencia que á España conviniere, bien en Cabo del Agua, ora en territorio inmediato á Santa Cruz de Agadir, ya de otra suerte que deje á salvo la dignidad y los intereses nacionales.

3.º Sería muy útil establecer en Arguin, en Puerto Cansado ó donde más convenga, una pesquería, y aun una factoría que diese facilidades al comercio que se dirige hoy á Mogador.

4.º El Gobierno debe subvencionar durante cuatro años con 100.000 pesetas anuales á la empresa que se proponga realizar tan ventajoso establecimiento.

Y 5.º Sería altamente eficaz para el mayor desarrollo del comercio en las costas fronterizas al Archipiélago canario, un Lazareto en las islas que evite las trabas que entorpecen ahora dichas relaciones comerciales.

De todos modos urge que el Gobierno español llene con cautelosa energía, ó con medios más contundentes si es preciso, los vacíos que dejamos en el Tratado de Tetuan de 1860; vacíos de que no culpo á ninguna memoria, sino á la presión inglesa, que debe cesar para siempre mediante el empleo de nuestra parte de una política á la vez prudente y decidida.

Es esta empresa obra del más levantado patriotismo, no del patriotismo sensiblero y gritador que todo lo perturba, desgracia y esteriliza; del patriotismo sereno, profundo, íntimo, inmenso, que realiza con Cavour la unidad italiana, con Bismark la de Alemania, y que ha de quitar del corazón de España la agudísima espina que se llama Gibraltar, ha de hacer de la Península la antigua Iberia, y ha de llevarnos á la nueva tierra de promisión, al Africa, para que en ella cumplamos los altos destinos de nuestra historia en nombre del cristianismo, la civilización y la libertad.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

EL EMPERADOR JOSÉ II DE AUSTRIA.

Del siglo XVIII no ha brotado ninguna flor más bella que el hijo de María Teresa, el antepasado de la que hoy es reina de España y sucesora de la angelical Mercedes, el emperador *José II*, ese Prometeo de Austria, ese Marco Aurelio de los tiempos modernos, esa individualidad más característica de los monarcas de Austria, que junto con su puesto en la historia universal conquistó un lugar privilegiado en el corazón de su pueblo. En él se reunió de un modo armónico lo que casi siempre está separado. El era el filósofo coronado, según le soñaba Voltaire, y tenía el sentimiento de Rousseau, el amor ardiente á la humanidad. No tuvo del fanatismo sino la forma más noble, á saber: el fanatismo en pró del Estado. El ofreció á sus súbditos lo que Schiller en su *Don Carlos* pedía por boca del atrevido maltés Posa: la libertad de pensamiento, y aun más, la libertad de confesión. El era y continúa siendo el genio tutelar del pueblo austriaco-alemán, y su estatua ecuestre, que se vé en la plaza de José en Viena, recordando el monumento del emperador filósofo Marco Aurelio, la comparan con una columna de Memnon, que resuena alegre cuando el alba lleva la luz al Austria, y suspira cuando la noche oscura se extiende sobre el país.

El nombre de José recuerda el siglo de oro de nuestra poesía clásica y la edad heroica de la música alemana. Klopstock le cantó; Lessing aplaudió sus esfuerzos en pró del establecimiento de la escena germana; Wieland tributó homenajes á sus axiomas gubernamentales en *El espejo de oro*, y los poetas de nuestro siglo, los Ebebert, Hartmann, Anastasio Grün, Grillparzer y Zedlitz, celebraron su espíritu y su corazón. El fué otro Augusto y Mecenas para Glück, Mozart y Haydn, y peregrinando por Europa entera para conocer todas las instituciones modernas é introducir las con entusiasmo en su patria, escondiéndose bajo el pseudónimo del conde de Falkenstein, se hizo una figura encantadora en la historia, el Harun al Raschid de la leyenda austriaca, el monarca más popular del pasado austriaco, que nos arranca lágrimas al pensar en el noble heroísmo con que en sus postrimerías revocaba sus edictos, y al recordar la muerte temprana que le arrebató á su pueblo después de una lucha titánica contra fuerzas

contrarias. Podría decirse de él lo que dice el Antiguo Testamento: «José reconoció á sus hermanos, pero ellos no le reconocieron.»

Sin embargo, no ha vivido en balde; su espíritu continúa obrando en Austria como el de Federico II en Prusia. Su modo de pensar, el famoso *jo-sefinismo*, ha echado raíces en los corazones de los alemanes de Austria, que celebrando con grande esplendor el 29 de Noviembre de 1880 el centenario de José, entonando una marcha guerrera al rededor del monumento de bronce del Emperador, en medio del denso humo de las antorchas, y adornando con ramos y coronas su sarcófago en las bóvedas mortuorias de la iglesia de Capuchinos, como si el cadáver del Emperador querido acabase de ser colocado en la tumba, aman, respetan y bendicen en él al creador de la unidad del imperio y al protector del germanismo en sus Estados, que en todas las escuelas introdujo la lengua alemana, entónces regenerada por las creaciones de los ingenios más nobles; al libertador de los aldeanos, al soberano que dió el célebre edicto de tolerancia; al batallador en pró de la soberanía del Estado; al primer monarca que dió la libertad á la prensa; al fundador de numerosas escuelas; al amigo de la humanidad, que abrió sus jardines (el Augarten y el Prater de Viena) á los ciudadanos, y ofreció asilos á los enfermos, á los huérfanos, á los dementes; al que con sus manos reales ennobleció la primera de las artes, el trabajo del labrador, asiando el arado; en fin, al Emperador en cuyo corazón todo cuanto constituye la dignidad, el honor y la grandeza de los pueblos tuvo un afecto, teniendo un lugar en su mente, un despertador en su palabra, un impulso en sus cuidados, y en él un ejemplo vivo y un protector eficaz y magnánimo.

Por desgracia, la carrera de José II tropezaba con un período de reacción, cuando Schiller no había aparecido todavía en el horizonte, y cuando Goethe apenas lanzaba sus primeros cohetes atrevidos, mientras la carrera de Federico II tuvo lugar en una época de rápido vuelo. Por eso Federico murió cual héroe; José cual mártir, no teniendo sino un pueblo abatido desde hace tres siglos por los Fernando y sus sucesores. El primero no conoció sino triunfos; el segundo contaba sólo derrotas. Federico alcanzó sus fines principales, y abandonó el mundo casi descontentadizo; José vió defraudadas sus aspiraciones más generosas mientras las ondas balsámicas de la vida circulaban por sus venas, y murió dando un hondo suspiro, mandando poner en su sarcófago de cobre estas palabras: «Aquí yace un emperador cuyos intentos eran puros, pero que tuvo la desgracia de ver estrellarse todos sus planes.»

Á eso le contestaremos: sus planes referentes á la política exterior, sí; pero no sus reformas interiores; pues estas no se estrellaron, sino que se suspendieron. José derramaba sobre el porvenir semillas de ideas, las semillas de la libertad para que se hagan espigas de oro; y por lo tanto brilla su nombre á través de los tiempos, mientras el olvido cubre el sarcófago de los que en sus carreras triunfales se llevaron los trofeos de su vanidad. En el monumento que le dedicó Austria, debía el emperador tener en sus manos de bronce una rosa, pues según dice bien el poeta Anastasio Grün, «era para su suelo un mensajero de primavera; un despota, sí; pero solo como el día cuyo sol no soporta la noche ni las nieblas, y como la primavera que sin piedad rechaza la nieve y el frío.»

Casto como Siegfredo, el héroe de los Nibelungos, alemán como el que más, llamando á la lengua alemana la *lengua nacional*, incansable como cada cual que se siente inflamado por una idea, no pensando en sí propio, sino en el bienestar de su nación; haciendo excesos en el trabajo hasta la muerte; odiando las lisonjas; soportando con pena tranquila el más amargo desconocimiento, recordando y cumpliendo su deber hasta en su último suspiro; en fin, dotado por el cielo de las altas condiciones de los príncipes que han reinado con justicia y clemencia, virtudes hermanas que se ayudan y fortalecen; hé aquí el hombre que confirmaba la verdad de la frase de Kant de que «solo el ánimo y el intento tienen valor, no perjudicándolo ningún suceso en la realidad de las cosas;» y que lo mismo que Federico el Grande, tenía esa melancolía propia de los que están solitarios en las cumbres de la humanidad, haciéndole exclamar: «¡Cuán dichoso sería yo si mandase á hombres libres!»

Al que se sumerge en la vida de *José II*, tan rica en hazañas como pobre en éxitos, le desvanece la idea de que el emperador haya caído en faltas, ú obrado en algunos casos con precipitación, no quedando en su memoria sino la naturaleza firme, verdadera y grande del hombre cuya estatua ecuestre de bronce, que se encuentra delante del palacio imperial de Viena, siendo labrada en 1807 por el tirolés Francisco Zauner, ha sido para muchos en los tiempos más tristes del Imperio un símbolo de consuelo y de ventura.

Nació *José II* el 13 de Marzo de 1741, veintiocho días antes de que Neipperg perdiese la batalla de Molwitz (Silesia) contra Schwerin y Leopoldo de Dessau. Era un niño vigoroso, de ancha frente y de ojos azules, que penetraban en el alma despertando la esperanza. «¡José no sabe obedecer!» exclamaba su madre María Teresa, viendo la voluntad propia del niño ardiente, para quien fueron intolerables la disciplina militar del conde de Batthyany y la pedantería de Bartenstein. Era políticamente

LAS IDEAS SOBRE LA MUERTE

Y EL MAL EN EL PASADO.

(*La mort et le diable, Histoire et Philosophie des deux négations suprêmes...* par Pompeyo Gener, de la Société d'anthropologie de Paris.—Paris, 1880.)

La historia de la ciencia no basta para dar cabal idea del progreso humano. Si debiéramos guiarnos tan solo por el conocimiento de las conquistas positivas, no veríamos, en su totalidad, el inmenso caudal de bienes que, con el trascurso de los tiempos, han ido adquiriendo las condiciones de la vida moderna. Es, por lo tanto, conveniente saber también la historia de la Jobreguez intelectual y de las alucinaciones morales, pues así como se fortalece el ánimo contemplando los progresos de la verdad y del bienestar, así también cobra mayor certeza la esperanza de mejores tiempos cuando se contemplan desvanecidos cual vagas sombras los terrores del espíritu, azote de la humanidad desde sus primitivos tiempos, origen de crímenes y prácticas horrendas, baldón de la razón humana que pudo darles cabida en su augusto recinto. Ambos hechos son correlativos, constituyendo la lucha entre los dos el fondo del progreso humano.

Inspirada en el criterio evolucionista ha visto recientemente la luz una obra que ha alcanzado no comunes elogios, escrita para historiar el pavoroso asunto de la Muerte y el Diablo. Su título indica que el autor considera de igual categoría esas dos negaciones, la una que se refiere al movimiento, la otra que se refiere al bien moral. La novedad del tema exigía, por parte del que intentase abordarle, difíciles y variados estudios; exigía también grandísima firmeza de principios para no perder el hilo de las sucesivas transformaciones experimentadas por aquellas ideas; por dicha el hombre indicado para el objeto existía en nuestra patria, preparándose desde hace muchos años para llevar á cima la empresa de metodizar y fundir en un grandioso conjunto las múltiples y discordantes opiniones emitidas sobre aquel problema. Resultado de tal constancia y de tanta aplicación ha sido el libro de D. Pompeyo Gener, en el que se encuentran ámpliamente realizadas las condiciones necesarias á un estudio de índole tan singular como el que constituye dicha obra, realizada por brillantísimas cualidades de estilo.

Relativamente á sus elementos extrínsecos aparece esta producción como un libro alemán, si se atiende á la multitud de los detalles y al cúmulo de erudición que encierra; pero la acertada y metódica distribución de las materias, basada en la gerarquía histórica admitida por el positivismo, con ligeras faltas, la belleza de las descripciones, la animación con que están trazados los cuadros históricos y la elevación de sus tendencias y fines la asemejan á las obras que dan á luz los sábios franceses. Tal vez hubiéramos preferido que en lugar de tratar por separado de las dos cuestiones sobre que versa el libro, se hubiese ocupado simultáneamente de ambas evitándose con ello algunas repeticiones y apareciendo más unido el tema, pues en la actualidad son dos verdaderas monografías lo que constituye el libro: pero esta crítica, referente tan solo á la composición, en nada afecta el interés de las materias, que de este modo aparecen más profunda y estensamente tratadas.

I

Quien haya experimentado la pérdida de una persona querida habrá más de una vez meditado sobre la emoción que debió sentir el primer sér racional y generoso que perdió para siempre á quien amaba. Ignorante de la esencia de la muerte, ésta debía ser para él únicamente un sueño: *to die to sleep*. Esta es la reflexión que se le debía ocurrir á un sér primitivo. Precisa, pues, que el cadáver esté cuidado como un hombre dormido; que no tenga frío y que no carezca de bebida y de alimento cuando llegue la hora de despertar. Tal es, probablemente, el primer boceto de la idea de muerte. Desnuda la inteligencia, faltando contrastes que susciten el asombro, se contentaba el sentimiento con una creencia sencilla, análoga á los hechos ordinarios de la vida, y así debieron de transcurrir inmensos períodos de tiempo. Vuelto el muerto á la existencia no ocupaba el paraje en que anteriormente habían transcurrido sus días, sino que se veía transportado á otro mundo, dedicado empero á las mismas ocupaciones que en la vida primera y manteniendo desde allí constantes relaciones con sus antiguos compañeros y parientes.

Muchísimo más adelante, ya no se concibió como corpóreo el estado del difunto en la segunda etapa, sino que fué perdiendo su materialidad hasta el grado que podían concebir las limitadas inteligencias de aquella época, decreciendo la densidad de la forma en razón directa del incremento de la imaginación. Así tomó origen la creencia en otro mundo y en otra vida, ateniéndose á las bellas y magistrales investigaciones de Herbert Spencer. Mucho nos ha dolido que esta parte tan interesante no se encuentre en el libro del Sr. Gener, aunque el autor cuida de explicar los motivos que ha tenido para tal omisión, alegando que no se conoce lo que pensaban los hombres prehistóricos acerca del alma ni de la inmortalidad. Tenemos esto por una prueba de modestia excesiva, pues las comparaciones con ciertas razas todavía hoy existentes hubieran podido arrojar alguna luz sobre el asunto.

El Sr. Gener abre su libro ocupándose en las creencias reinantes en la India 3.000 años antes de Jesucristo. Creemos por nuestra parte que la gerarquía histórica de las civilizaciones debe empezar por cierto grado de organización que existió en diversas zonas, cuyo tipo encuentra M. Littré en las antiguas civilizaciones del Perú y Méjico. Siguen luego el Egipto y la Caldea, y hasta después no aparece en escena la India. «La antigüedad auténtica de este país, dice aquel venerable sabio, no se remonta mas allá de los Vedas, que distan mucho de alcanzar la antigüedad de los monumentos egipcios.»

Sigamos con todo al autor tal como ha trazado su camino, dejando á un lado el rigorismo positivista. Encuéntrase en el capítulo dedicado á la India una brillante y cabal exposición de los libros védicos y un profundo estudio sobre la evolución de la idea de Brahma, empezando por el estado de abstracción pura, *esencia del Sér y del No Sér que se revela*

gloto como todos los príncipes austriacos, y tenía dotes musicales como los Fernando y Federico II. Sintióse atraído por la bella y casi melancólica Isabel de Parma, se casó con ella á la edad de 19 años; pero la perdió después de un matrimonio de tres años. Murieron sus dos hijas, y no tuvo descendencia de las segundas nupcias con Josefa de Baviera, que no podía llenar el vacío que le había causado la pérdida de Isabel, perfumada flor que al abrir su corola halló la muerte. Murió Josefa en 1767, después de un matrimonio de dos años. De aquí en adelante el joven no se ocupó sino en su gran cargo, y ninguna mujer, exceptuada su madre, ejerció influencia alguna sobre sus acciones.

El 3 de Abril de 1764 fué coronado como emperador alemán, no siendo, en efecto, emperador sino el 18 de Agosto de 1765, en que murió su padre Francisco I, y el 23 de Setiembre de 1765 le nombró su madre corregente de los Estados austriacos; pero ella era una mujer demasiado grande para que no hubiese reinado casi sola. Murió la emperatriz María Teresa el 29 de Noviembre de 1780, siguiéndola en el reinado su hijo José II.

Este amaba las ciencias, que elevan el espíritu; las artes, que embellecen la existencia; la moral cristiana, que es la norma segura de la conciencia; la caridad, que es veneno infinito de consuelos para los desgraciados; la disciplina y el valor de los ejércitos, que son el escudo del derecho y de la integridad nacional. Pero aunque el ejército austriaco, que aún hoy es en Austria el refugio y la expresión del pensamiento central, era la creación de José, el primer emperador que desde hace siglos vistió el traje militar, y que aún hoy se le representa del modo más popular con el uniforme rojo y verde de su regimiento de ginetes, el Emperador vive bien poco en la tradición militar. Amaba también la agricultura, que fertiliza la tierra y saca de ella copiosos productos para alimentar á la humanidad. Como prueba de eso, mencionaremos un acto sacramental, una iniciativa simbólica del Emperador. Sabido es que uno de los atributos de los emperadores de China es el arado; pero lo que en el Celeste Imperio no es otra cosa que mecanismo anticuado, lo hizo José en testimonio del singular aprecio en que tenía la agricultura. Pues el 19 de Agosto de 1769 ennoblecó aquel instrumento del labrador, arando con mano propia un campo del pueblo de Slawikowitz (Moravia). Desde el año de 1835 vése un obelisco con un relieve representando al Emperador como arador en el sitio donde tenía lugar aquella escena memorable. Encuéntrase el arado histórico de Slawikowitz hoy día en el Museo de Francisco de Brünn (Moravia).

Después de cumplido aquel acto simbólico en honor de la agricultura, visitó en Neisse (Silesia) á Federico II, que para él era un objeto de admiración mezclada de terror, reconociendo también el rey genial de Prusia el talento de su joven antagonista.

En 1780 visitó en Moscow á Catalina de Rusia y trabó amistad con ella, lo cual llamaremos el error más fatal de su vida, sumergiéndole éste en 1788 en la desdichada guerra contra los turcos, cuando necesitaba toda su fuerza para su política interior, viendo la resistencia de los húngaros enfrente de las reformas de 1784, y la rebelión de Bélgica en vista de los edictos de Octubre de 1786, que rompieron el poder excesivo del episcopado y disminuyeron los conventos y decretaron la tolerancia. Entonces Hungría y Bélgica ciñeron de una corona de espinas la cabeza del Emperador. «Bélgica me mata, exclamó en 1790 el Emperador moribundo; la pérdida de Gante es mi último suspiro; el abandono de Bruselas es mi muerte.»

Tampoco Hungría estaba en sazón para la libertad que quería imponerla José, y la mano del mártir imperial, del régio enfermo, que había escrito con rasgos firmes tantas cartas memorables y numerosos decretos, había de tomar la pluma para escribir temblando que revocaba todos sus edictos, con excepción del de tolerancia, expresando su deseo «de que así un día ganase en bienaventuranza y orden cuanto él había querido proporcionarla con sus edictos.»

Pero, ¿qué fueron las ideas *josefinas*, las ideas que dictaron aquellos edictos, sino las de Aranda y de Pombal?

El 20 de Febrero de 1790 dió su alma al Creador el que se llamaba el *apreciador de la humanidad* y que á un noble que se quejaba de que en el *Prater* y en el *Augarten* de Viena los nobles no se encontraban entre sus iguales, porque el Emperador había abierto aquellos jardines al público, le contestó: «¿Por qué se queja Vd.? Si yo no quisiera estar sino entre mis iguales, tendría que bajar al *panteón de los Capuchinos* (donde reposan los emperadores de Austria).»

Allí descansa como aquel mártir que se llama Maximiliano de Méjico, el dueño desdichado de Miramar.

Durante mucho tiempo se eclipsó en Austria la estrella de José II; pero siempre penetra de nuevo por las nubes para ser guía de los atrevidos. Y proféticas fueron las palabras que un contemporáneo suyo, el noble Jorje Forster, pronunció respecto á José: «Cayó en Austria una centella de la antorcha de su génio, que no se extinguirá nunca.»

JUAN FASTENRATH.

Colonia, Enero 1881.

por sí mismo,» siguiendo por su transformación en Dios-Brahma y concluyendo en su magnificación hasta Dios-*Todo*. Enumera luego la aparición de Siva, dios del mal, y la creación de Vichnou, dios ambiguo, con la posterior eflorescencia de innumerables semi-dioses, santos y espíritus que la casta sacerdotal iba dando á luz según las circunstancias. Fijándose en la exuberante fertilidad del suelo y en los grandiosos cuadros de la naturaleza indostánica, estudia la influencia telúrica y geológica del país sobre sus moradores, deduciendo de la misma la degradación experimentada por las razas no sacerdotales, y explicando el dogma de la transmigración por el afán de felicidad jamás satisfecho en vida. También aquí debemos lamentar que el autor no haya consagrado más espacio al exámen de la doctrina de Budha, exponiendo extensamente el sublime concepto de la *Nirvãna*. Importante es en verdad el brahmanismo, pero le gana en elevación y trascendencia de doctrina Sakia-Mouni; sobre todo en esta última la idea de muerte es capital, contrastando con el ateísmo de aquella religión.

Según los resultados de la erudición moderna, pero teniendo siempre presente que en éstas y otras materias andan muy discordes los que á tales estudios se dedican, en las épocas védicas se consideraba la muerte como una transmigración y las ceremonias no tenían nada de fúnebres; pero cuando la casta sacerdotal personificó á Brahma y lo hizo el Dios-*Todo*, la muerte fué considerada como una expiación, y así como anteriormente los deudos del difunto quedaban libres de toda solidaridad, dejó luego de ser así y la viuda debía morir también, lo mismo que los parientes amantes del difunto, los cuales, ora se suicidaban, ora pasaban la vida trabajando afanosamente para poder aliviarle con sus sufrimientos en su odisea de ultra-tumba. Se había adulterado por lo tanto la primitiva idea, que era á la verdad altamente humana y consoladora. Cuando posteriormente comienza á desenvolverse la religión de Sakia-Mouni, encontramos la muerte como aspiración general, pero bajo un aspecto diferente del que presentaba para los brahmanes. La transmigración era un mal para el budhista, y como procedía de los actos ejercidos en la vida y estaba en proporción de su mérito ó de su delincuencia, el mejor modo de eludirla era reducir la vida á la negación de todo acto bueno ó malo, y no sólo de todo acto, sino hasta de todo deseo; era aniquilar la acción para que la reacción fuese imposible; no pensar, no sentir, no querer, no desear, á fin de que la negación de la actividad no pudiese engendrar algo afirmativo y móvil. La *Nirvãna* en boca de Budha es el *agotamiento de la luz de una lámpara que se apaga*. Tal vez se podría encontrar en el fondo cierta semejanza entre la doctrina budhista y la de Epicuro; ambas ponen coto al placer ó á la acción para ahorrarse el dolor ó el movimiento consecutivo. Para nosotros, como concepción grandiosa y humana, la *Nirvãna* sobrepuja á la doctrina de la transmigración.

Relativamente á la idea del diablo se sabe, que cuando aparecieron los innumerables dioses que convirtieron en una especie de politeísmo el primitivo panteísmo indiano, figuraba en aquel Olimpo el dios *Jama*, soberano de las regiones infernales, de quien parece deriva el Pluton griego. Para indicar su ministerio lleva una horquilla en una mano y un espejo en la otra, donde se reflejan las acciones de los hombres. En el Infierno que preside se ven las almas ardiendo en calderas y quemando sobre tizones de una manera semejante á otros dogmas posteriores.

Entra luego el autor á tratar de la Pérsia, y trasportado por las magnificencias del *Zend-Avesta*, dedica elocuentes páginas á la doctrina de Zoroastro. El bactriano, enamorado de la vida, considera la muerte como un límite á su desarrollo y como hermana de la pereza, de la oscuridad, del frío; por esto trabaja para disminuir el imperio de la muerte y de todas las negaciones que se le asemejan. Por esto, para el iranio, trabajar equivale á orar, y la acción es el fondo del culto á la Divinidad, que es movimiento, vida y luz. «¿Puede, exclama el autor, imaginarse otra doctrina más cuerda, más poética, más edificante que esta? Por más que esté en germen y como velada por el símbolo, vemos en esta doctrina la razón de ser de la industria, la tendencia que impele al hombre á sustraerse á las opresiones y fatalidades, la teoría de la Revolución, en una palabra, que veinticuatro siglos después se ha realizado entre nosotros y se afirma en nuestros códigos.» Con calurosa y pintoresca frase se analizan en la segunda parte del libro las ideas que acerca del Mal representado por Ahriman tenían formadas los pueblos del Iran, la lucha de Ormuzd contra su maléfico adversario, el cual, como es mera negación, desaparece cada día, concluyendo por presentar la evolución de los persas hacia el monoteísmo y su corrupción final al contacto de los Medos, y después de conquistada Babilonia. Nada puede pedirse al autor respecto á esta parte.

Llegamos ahora á uno de los más importantes y trascendentales capítulos del libro, á aquel que, según ya hemos manifestado, hubiera debido figurar en lugar preferente á la India. Hablamos del viejo y misterioso Egipto. La historia de este país está sujeta á incesantes dudas. Atendiendo á lo que resulta de las novísimas investigaciones, parece que antes de la primera dinastía menfita hubo un largo período durante el cual el Egipto llegó á un alto grado de cultura, siendo gobernado el país por unos jefes llamados *Hor-schessu* ó sea servidores de Horus; entienden otros, entre ellos M. Littré, que este período, realmente existente, no fué de grande adelantamiento, sino que constituyó una especie de época preparatoria, gozando de una civilización sencilla ó rudimentaria. Las pinturas que nos quedan del tiempo del primer imperio ofrecen la particularidad de que, en ninguna de ellas, figura la representación de la Divinidad, contrastando esta ausencia con la innumerable legión de dioses que más tarde poblaron el Olimpo de Misraim. En las sepulturas de Kaa, de Phta-hotep y algunas otras, se nota así mismo la ausencia de toda invocación á la Divinidad. Es igualmente digno de tenerse en cuenta que las pinturas encontradas en las *mastabas* ó tumbas de la IV, V y VI dinastías, representan el otro mundo como un lugar de delicias en lugar de convertirlo en una mansión de monstruos, y horrores y tinieblas, como sucedió á fines del imperio tebano. El Sr. Gener toma como tipo la XII dinastía para detallar con mágico estilo el

estado de civilización á que había llegado aquel antiquísimo imperio, revelando extraordinarias condiciones de colorista. Las descripciones de los hipogeos, de los laboratorios de momificación, de las ceremonias funerarias, etc., llenan algunas páginas que firmaría Teófilo Gautier. Vida horrible la del infeliz operario destinado á abrir caminos subterráneos rompiendo el granito sin que jamás pudiesen ver sus ojos la dulce claridad del sol, enterrado en las entrañas de la tierra, de las cuales no debía salir más ya una vez dentro! Misterio, silencio, oscuridad; la vida de millares de seres ocupada en preparar la muerte; la muerte considerada como estado permanente. Lo inmutable tomado como norma y, por lo tanto, la muerte como ideal de inmutabilidad. Raza que hubiera deseado verlo todo conservado corporalmente, cuidada de la forma, rígida en tanto que burocrática y sacerdotal, petrificada en tanto que rodeada de altas barreras y mares, acompañada cual péndulo, en tanto veía con qué regularidad se verificaban las oscilaciones del Nilo, fatalmente destinada á los gobiernos despóticos y á la supremacía de su ciencia teocrática sobre la de los otros pueblos.

Tocante á sus verdaderas creencias reina profundo misterio. La esfinge es la más adecuada expresión del imperio del Nilo. De todas maneras, el Sr. Gener intenta dar á los ritos egipcios una explicación que creemos muy admisible. Estudiando el medio telúrico en que se desenvuelven la vida del egipcio primitivo y las condiciones de su existencia, encuentra que, rodeado de fuerzas destructivas, busca una garantía de conservación en la solidez de sus construcciones, de sus instituciones y de sus dioses, haciendo sinónimos lo durable y lo viable. Convirtiendo en inamovibles los cadáveres los preserva de la destrucción y consigue para ellos aquel estado que su inteligencia concibe como correlativo de la vida: la permanencia, la duración. Por otra parte, la cadenciosa periodicidad del día y la noche, de las estaciones, de las avenidas del Nilo, esa intermitencia general, despierta en él la idea de la resurrección, por lo cual conviene que el cadáver permanezca bien conservado para el día de la nueva vida, á manera del verdoso cocodrilo cuando sale de su letargo invernal.

Confesamos de buen grado que esta explicación ingeniosa nos deja bastante satisfechos y la encontramos perfectamente lógica, especialmente contrayéndonos al largo período que va desde Menes á Apepi. Ya en tiempos posteriores, durante Sesostri, surge una teología sublimada, transportada luego evidentemente á Grecia, que hace de las almas emanaciones de la Divinidad única, á la cual regresan al separarse del cuerpo. El autor examina con notable sagacidad estas difíciles cuestiones ilustrándolas hasta donde es posible tratándose de cosas tocantes á Egipto.

En la segunda parte del libro se ocupa el Sr. Gener en las personificaciones del mal, atribuyendo á la invasión de los Hicsos la formación del mito de Set ó Tifon, estudiándolo luego en sus transformaciones sucesivas. No puede emplearse mayor claridad en la exposición del desenvolvimiento mitológico de Egipto, en cuyo trabajo pone bien patentes el autor la solidez y precisión de sus conocimientos; no contiene esta parte una sola aserción que deje de estar ajustada á la más escrupulosa exactitud, como puede verse compulsando su texto con las obras de egiptología.

Siguiendo la marcha emprendida llega su vez á la Fenicia, constituyendo uno de los mejor trazados capítulos del libro, tanto por la profundidad de la erudición como por la belleza de los cuadros que contiene. Para los fenicios los dos principios dominantes y antagonistas son la actividad y la pasividad, encarnados respectivamente en los géneros masculino y femenino. El sol es el dios, la luna la diosa; cada una de esas fuerzas se subdivide á su vez en otras dos, representantes del bien y del mal. El culto de Adonis y el de Moloch están descritos de una manera soberanamente hermosa. En el fondo el concepto de la muerte en la Fenicia puede reducirse también á una resurrección como en Egipto.

Otra vez tenemos que disentir respecto al orden seguido por el autor, que no hallamos conforme con el rigorismo positivista, supuesto que entra á tratar de la Grecia antes que de la Judea. Creemos que siguiendo perfectamente la filiación cronológica sería dable hacer un estudio comparativo del cual seguramente resultaría que la Grecia tomó del Egipto y de la Judea, más que ésta última de la Grecia; pero dejando aparte esa consideración nos complace ver cuán atinadamente trata el Sr. Gener de aquel pueblo singular en la historia, incomparable y único, ideal de la perfección humana, creador de la armonía, de la belleza y de la verdadera ciencia. «Vivíase dignamente en Grecia, exclama el Sr. Gener; no se podía morir de otra manera.» «Si consideramos su religión, dice Taine, vemos que no tienen el sentimiento de ese universo infinito en el cual una generación, un pueblo, todo sér limitado, por grande que sea, no es más que un momento y un punto... No se preocupan como los indios, los egipcios, los germanos, los semitas y otros, del círculo, sin cesar renaciente de la metempsicosis, ni del sueño eterno y silencioso de la tumba, ni del abismo sin forma y sin fondo del cual salen las criaturas como vapores efímeros, ni del Dios único, absorbente y terrible en quien se reconcentran todas las fuerzas de la naturaleza y para quien el cielo y la tierra son puramente una tienda y un escalón, ni de esa potencia augusta, misteriosa é invisible que la veneración del corazón descubre al través y más allá de las cosas. Sus ideas son demasiado lúcidas y están constriñidas según un módulo harto estrecho... No hay lugar allí para los dioses inmensurables y vagos, ni para los dioses despotas y devoradores.»

Sembran trigo en la tierra bajo la cual yacían los muertos, ó bien eran éstos reducidos á cenizas. La muerte era para el griego únicamente el término de sesenta ó setenta años de vida real, de una vida transcurrida dulce y bellamente, más allá de la cual no veían más que una sombría región, cubierta de brumas, á donde comparecían los fantasmas para beber en las fosas la sangre de las víctimas.

Estraño contraste con la nación helena forma la nación hebrea, igualmente elevada pero distintamente pensadora, verdadero tipo de la raza semítica. Sus concepciones de la otra vida, lentamente engendradas á impulsos de los desastres que sufría, y sus ideas sobre el mal, son la premisa de

lo que acerca los mismos puntos ordena creer el cristianismo.

Viene luego el período de la decadencia griega en el cual los bellos y varoniles dioses del olimpo nacional son sustituidos por el culto de otros importados del Asia. Con ellos cambian las ideas sobre la muerte y el mal, perdiendo su primitivo carácter sereno, observándose lo mismo en Roma con los cultos traídos de Egipto en los primeros tiempos del Imperio. Más tarde, con el triunfo del cristianismo, la idea de muerte y el concepto del mal toman el carácter grandioso y severo, propio de esta comunión, pasando por sucesivas transformaciones, lo mismo que todas las ideas antiguas.

Aquí se cierra el período de las concepciones teológicas en la historia, siendo éste el lugar en que el autor dedica un gran capítulo á la decadencia romana, impregnado de profundo saber y magistralmente escrito, y otro al estudio de la Gnósis, en el cual causa verdadera admiración la sutileza de los análisis y la claridad con que están expuestos los más enrevesados problemas de los alejandrinos. Felicitémonos de que un escritor afiliado á la escuela positivista haya dado tales pruebas de conocimientos sólidos y maduros en un punto de la historia que parecía estar bajo el exclusivo dominio de algunos teólogos ó rancieros canonistas. Si otra cosa no bastase á demostrar que el Sr. Gener es una notabilidad en el conocimiento de la historia y de la filosofía, el estudio acerca de la Gnósis sería suficiente á hacerle una reputación.

II

Dejemos ya la época antigua en la cual las ideas revisiten la forma teológica y lleguemos á la Edad Media, período en el cual dicha forma es sustituida por la racional ó metafísica. En la Edad Media el pensamiento se fijó mucho en la muerte; podemos decir que se fijó demasiado, viciando la dirección de la actividad humana más ocupada en las reconditeces del porvenir que en las cosas prácticas, con gran detrimento de la salud corporal, del desarrollo físico y de las obligaciones que tenemos para con nuestros semejantes y nosotros mismos. Motivos poderosos hubo para que tal cosa sucediese; las pestes, el célebre terror del año mil, causa de innumerables muertes y suicidios, las invasiones árabes, la lucha encarnizada entre las naciones europeas, contribuyeron soberanamente á entristecer el espíritu, á sugerir pensamientos lúgubres y á inspirar terroríficas ideas por do quiera hubiese gentes que sufriesen, que era en todas partes. La vida monacal era una continua protesta contra la vida natural; la muerte era el terrible estrecho que franqueaba la entrada á la eternidad de las penas ó de las bienaventuranzas, ó á las duras jornadas del purgatorio. De ahí que el pobre siervo cansado de sufrir y el noble castellano fatigado de luchar, mirasen con espantados ojos aquel trance decisivo; de ahí que á la par inspirase terror y afán, tan tremendo instante. Aquel es el tiempo de las *Danzas de la Muerte*, de los *Alfabetos de la Muerte*, de los libros sobre la muerte; es el tiempo de la alquimia, de los aquelarres, de las leyendas del Judío Errante, el Tío Miseria y el Conde Arnau; del *Dies ire*, de las catedrales góticas, de las órdenes monásticas, de los prodigios de caridad y amor de las Cruzadas, de las apariciones de santos y de demonios, de las hambres, de las pestes, de los ayunos, de las matanzas de los judíos, de los ermitaños, de las supersticiones, de los brujos, de la caballería andante, la imaginación desenfrenada, á costa de la demacración del cuerpo, no encuentra valladar á sus delirantes concepciones. El diario espectáculo de la desolación y la injusticia, el excesivo predominio de la Iglesia, la dureza del feudalismo, producen tal debilidad en los cerebros que es aquella edad un verdadero panmanicomio, especialmente en la segunda y tercera época.

Sentimos tener que insistir en ésta tan repetida severidad al juzgar á la Edad Media, que parece ya una vulgaridad, pero so pena de caer en la paradoja es imposible teniendo sano criterio poder apreciar de distinta suerte aquel período. Esto no es desconocer el progreso relativo de la Edad Media, respecto al mundo antiguo. No somos tan ciegos que dejemos de comprender los adelantos que se realizaron; la sociedad salió del estrecho recinto de la ciudad y se extendió por los campos y las montañas; la personalidad humana adquirió derechos, independencia, libertad; se rehabilitó el trabajo, que cesó de ser ocupación de esclavos; como consecuencia de la mayor dignidad del hombre, aparecieron géneos como el Cid y Juana de Aro; hubo mucha generosidad, se echaron las bases de la cortesía actual, esto es innegable; todo lo oscurece, sin embargo, un inmenso error, sincero cuanto se quiera, pero de amargos resultados: este error fué el punto de vista estrecho y violento en el modo de concebir y aplicar las leyes del cristianismo, harto ascético en aquella época. «La exageración, ha dicho un gran publicista, hizo creer que la lucha contra el pecado debía ser una lucha contra todo el mundo visible y sensible, contra la vida intelectual, contra una gran parte de nuestra naturaleza. Casi siempre esta exageración fué perdonable; fué, bajo muchos conceptos, una noble equivocación. Si no obstante hubiese hecho mayores progresos, si hubiese logrado la supremacía, se habría hecho del hombre un sér truncado y mutilado. Separando del Evangelio todo lo que es bello y glorioso en la creación, se habría colocado al reino de la gracia en perpétuo conflicto con la naturaleza, la razón, la verdad, la belleza, creaciones también del Omnipotente.»

Repetimos, pues, que no desconocemos el progreso relativo de la Edad Media, pero mirando las cosas bajo el punto de vista de las costumbres y de las ideas, es imposible dejar de sentirse horrorizado por tanta atrocidad. El mundo antiguo, griego y romano, era alegre; en su tiempo florecieron profundos géneos que lo eran sin necesidad de ser fúnebres; la ciencia era más libre, pero en la Edad Media todo lleva el sello de la violencia y la exageración; apenas si de vez en cuando brilla un rayo de luz como el dulcísimo San Francisco de Asís. Dante es la expresión de su gran literatura; las novelas de caballería y las canciones de gesta, tan alabadas hoy por algunos, no sabemos en virtud de qué méritos ni de qué importancia artística, constituyen el tesoro de su cultura intelectual; el pensamiento religioso toma asombroso vuelo, pero las demás ciencias, reducidas á ser *audille theologia*, son un conjunto de incoherencias y desatinos imposibles de

desenredar. Nada de adelantos en las matemáticas, ni en la medicina, ni en la física; nada de belleza en la escultura ni en la pintura; nada de delicadeza en los sentimientos de la vida ordinaria. Si aparece una grande obra maestra se llama la *Imitación de Jesucristo*. Las conciencias sufren un verdadero empacho de escrúpulos sugeridos por la enorme presión teológica de aquella atmósfera; no es extraño, por lo tanto, que la *acedia* del claustro, la opresión sistemática, el tédio, la miseria, el aburrimiento, la servidumbre, atrofen la virilidad del pensamiento.

Al revés de Prometeo la humanidad es entonces un miserable reptil que no se atreve á vivir por temor á los furiosos monstruos que siembran el estrago do quiera apoyan su pesada planta. Es imposible dejar de querer otra cosa que la muerte despues de tanta miseria; el pobre corazón humano no puede resignarse á que todo concluya despues de recibir la última lanzada del sarraceno, el último ataque de la peste negra, ó despues de dar la última azadonada debajo del castillo feudal. Por eso la idea de otra vida mejor despues de esta, la idea de la revancha de tanto dolor, de la venganza de tanto sufrir es necesariamente forzosa en tal situación. No cabe aquí la taciturna haraganería del budhista, porque no la permiten los punzantes agujones de la vida y porque está allí el baron que manda, el moro que acomete, el suelo que no quiere dar trigo ó racimos si no se le ara; hay que trabajar, trabajar siempre, estar ojo avizor, defenderse, guardar la choza... y la hija. Hay que estar con la ballesta al lado, vigilar desde la atalaya, labrar la tela para el noble que la exige, y no siendo excusable el continuo quehacer hay que esperar algo, que admitir algo, y este algo es el premio á tanto romperse los huesos y á tanto sufrir injurias; peropara entonces, ¡guay del que ha pasado su vida en hacer padecer á los demás! ¡Guay del que no ha pagado la soldada á sus criados, del que no ha seguido fielmente los mandamientos divinos, del usurero, del descreído, del traidor! Para éste las penas eternas, representadas á guisa de ejemplo en ciertas imágenes que se han perpetuado en libros devotos que aún hoy día se leen.

ALFREDO OPISSO.

(Concluirá en el próximo número.)

EL CIPRÉS DE LA SULTANA.

EL JUICIO DE DIOS.

(Tradicón del sitio de Granada.)

I

De tiempo en tiempo me acomete una comezon de pasear por donde tanto he paseado, por donde tanto he vivido. Hoy tengo necesidad de hacer una excursion por mi bella Granada.

Ya que no puedo hacer realmente el viaje, lo hago con la imaginación, viajera rápida como la electricidad.

Y en verdad, ¿qué es la imaginación más que electricidad, viviente y pensante?

Ella, en un solo vuelo instantáneo, recorre el universo. Llega hasta Dios.

La memoria es su compañera y su punto de partida.

Una ilusión, un sueño, un bello ideal, el fantasma que persigue por los infinitos espacios del tiempo, y que rara vez alcanza su punto de parada.

Hay momentos en que el hombre recoje en un solo punto de su existencia toda su vida.

En que recuerda lo que ansiaba y que no ha alcanzado y gime.

II

Así gimo yo cuando recuerdo aquellos plácidos días de mi adolescencia que yo no sabía, que no podía estimar en lo que valían.

Yo no tenía ni cuidados ni penas.

Mi padre velaba por mí.

Mi madre se inclinaba sobre mi frente y la besaba trayéndome con su beso ensueños de ángel, de los que despertaban á un día riente en mi poética Granada.

III

Ha caído una lágrima sobre el papel.

Todo aquello ha pasado.

Hace muchos años salí yo de Granada en pós de la fortuna y de la gloria.

Allí se quedaron mis padres.

No los he vuelto á ver.

Allí se quedó toda una vida poética, que tuvo la duración de mi infancia, de mi adolescencia, de mi primera juventud.

Vida, aunque breve, inmensa.

Un día, aventurado ya en el afán y la amargura, emancipado, entregado á mí mismo, disputando mi pan al negocio, en un momento de amargura gemí un romance.

Hé aquí uno de sus trozos:

IV

Cuando vuelvo á mi Granada

el turbado pensamiento,

no es ya la ciudad morisca

ni el claro Genil parlero,

ni sus cármes sombrías

lo que en mis memorias veo.

Hay un valle solitario,

escondido entre dos cerros,

donde nunca brotan flores

y por do jamás corrieron,

más que los turbios raudales

de las lluvias del invierno.

Nunca allí la alegre zambra

en gira campestre, al eco,

dió la lánguida armonía

del dulce canto del pueblo,

que aún guarda del triste moro

el corazón y el aliento.

Bien comprendió la tristeza

quien puso allí un cementerio

de negra tápia cercado,
de negras cruces cubierto.
La puerta de mi Granada
es ya para mí el siniestro,
peligroso estéril valle
donde reposan los muertos,
que allí á mis padres del alma
en el espantable seno
de la eternidad sombría
trocados en polvo tengo.

V

Los hijos no aman como debieran á sus padres, si no cuando son padres á su vez.

Los nietos vengan á los abuelos.

O por mejor decir, los glorifican, si es que sus almas, por el amor, vagan ansiosas al rededor de sus hijos.

Entonces aquel mismo hijo que no supo amarlos en vida, los recompensa en muerte... ó no hay nada; ó el hombre es un absurdo incomprendible, un resultado sin objeto de la química en el universo.

Suprimid la inmortalidad del alma con la conciencia de sí misma, los términos de relacion entre lo finito y lo infinito, entre el mundo intangible y el intangible *et alors rien de tout*.
Un modo de ser de la materia que pasa, que se descompone, que perece.

Un animal inferior á los otros, que teniendo el instinto de conservacion, ignoran que han nacido para morir.

VI

Pero yo me habia propuesto algo.

Las ideas son el diablo.

Se cruzan con un propósito, nos apartan de él, nos llevan sabe Dios dónde.

Yo me habia propuesto contaros, mis inapreciables lectoras, uno de los más bizarros episodios de esa epopeya que se llama conquista de Granada.

Un episodio caballeresco por todo lo alto, *al pelo*.

Pero ya vé.

Como os he dicho en ese trozo de romance preinserto, cuando yo hago con la imaginacion un viaje á Granada, y esto es casi todos los días, no entro en ella ni por el puente de Genil, ni por la puerta de Elvira, ni por la de Guadix, ni por la del Sol. Me voy siempre más arriba aún, más arriba del Cerro de los Mártires, más allá de Peña Partida, más alto; al *Haza de la Escamuzza*, como se llama el valle pendiente, rojizo, árido y pedregoso donde está el cementerio. Le recorro.

No busco las tumbas determinadas de mis padres, de mis primeros amores, de mis amigos de la adolescencia.

Yo no las conozco.

Yo no puedo decir; aquí, en este punto preciso están sus cenizas.

Pero están allí.

Su tumba es el cementerio.

Yo lleno el cementerio con mi amor, lloro, rezo y teniendo á mi espalda la eminente sierra que esconde sus picachos nevados entre las nubes, y á mis pies, allá á lo largo del pendiente valle, una verde silueta con todos los tonos de la vegetacion: la huerta de Generalife, y en el centro de esta silueta un altísimo ciprés que descuella.

Aquel es el *Ciprés de la Sultana*.

Aquí queria yo hacer mi viaje y aquí paro, ó mejor dicho, tomo el principio de mi cuento.

VII

Dicen las historias árabes, que aquel ciprés, que aún existe, le plantó en 1325, por satisfacer el deseo de una doncella cristiana que habia cautivado con una entrada en la villa fronteriza de Mártos, Abul-Walid-Abu-Said el Nassar, quinto rey de la dinastía nazerita.

Dicen tambien, que por celos por aquella misma esclava, le mató en las puertas de la Alhambra su primo Mohamed ben-Ismael.

Otro día os contaremos esa leyenda.

VIII

Vengamos ahora á 1491, es decir, á la época de la conquista de Granada por los Reyes Católicos.

Era una hermosa noche del otoño.

La luna plateaba el largo estanque del jardin de Generalife, en donde el histórico ciprés descuella.

El bello pórtico calado, de esbeltos y grandiosos arcos festoneados, sobre gentiles columnas de alabastro, con sus labrados aleros de alerce y su bella cúpula con agimecillos, se perdía allá, de una manera vaga en la penumbra.

Allá, como viniendo de un misterio, se oía música de guzlas y dulzinas, cantares lánguidos, que hendían el silencio encantador de la noche.

Habia zambra en Generalife.

Zambra incomprensible.

Porque allá en la Vega, en el Real de Santa Fé, que habian cercado de muros y cava, acchaban velando en la sombra los ejércitos de Castilla y Aragon, comandados por sus reyes y por los más ilustres caudillos, que tenian puesto cerco á Granada.

Parecia que aquella zambra tenia por objeto distraer el miedo de Boabdil y de sus caballeros degradados.

Tal vez aquella zambra tenia por objeto poner de nuevo en amistad á las enemistadas tribus de abencerrajes y zegríes.

Todo Generalife estaba iluminado.

Solo yacía, envuelto en la sombra, el jardin donde está el funesto ciprés de Abul-Walid y sus departamentos.

Todo era allí silencio y misterio, y la luna iluminaba en paz el estanque, sus platabandas floridos, las altas arcadas y las bóvedas de laureles.

De improviso, en el oscuro fondo de la galería, se destacaron cuatro sombras blancas.

Adelantáronse y atravesaron el claro del jardin bajo la luz de la luna, dejando ver á cuatro caballeros moros envueltos en sus alquiceles.

Llegaron silenciosos, como fantasmas, al pié del ciprés, y se hundieron, desaparecieron, en una espesura de mirtos y rosales que al pié del ciprés habia.

IX

Pasó algun tiempo.

Nada turbó el silencio más que el rumor vago de la zambra que resonaba allá á lo lejos.

De improviso apareció en la galería otra blanca sombra, y un gallardo caballero adelantó y se detuvo entre el estanque y el ciprés.

Era jóven y hermoso.

A pesar de la emblanquecedora luz de la luna, se notaba que el sol del desierto habia tostado su semblante.

Era Aben-Hamet, el bravo caudillo de los abencerrajes.

La cabeza de la tribu.

Esperaba con una ardiente impaciencia.

Cuatro miradas de tigres hambrientos se fijaban en él á través de la espesura.

X

Sintiósse al fin sobre el pavimento marmóreo de las galerías, el roce de una túnica de seda; se delineó una forma aerea entre la sombra, y adelantó una dama, cubierta con un velo, que, como si no hubiera reparado en el abencerraje, fué á sentarse en el césped al pié del ciprés.

Alzó entónces su velo y lo echó á la espalda.

Pareció como que acrecia la luz.

Tal era la hermosura de la sultana Zoraidah, de la esposa predilecta del rey Chico de Granada Abu-Abdallad (Boabdil) el Zogoiibí, (el Desdichadillo.)

XI

El amor llevaba allí á la sultana.

Un amor que aún no habia dado en el crimen.

Un amor terrible envuelto en un profundo misterio.

Un abismo se habia abierto ante Zoraidah, y pretendia con la fuerza de su virtud detenerse á su borde.

Pero era ya tarde.

La noche, la soledad, el silencio, el amor misterioso que, empapado con la fragancia de aquel encantado jardin, llevaban entre sus alas auras tibias y embriagadoras, todo la enlanguidecia, la enloquecia, la representaba al miserable y débil Boabdil como un sér odioso.

En contraposicion tenia ante sí, embellecido por una aureola de gloria, vehemente, apasionado, irresistible, al enamorado Aben-Hamet, que se habia arrojado á sus pies y la dejaba ver en su mirada anhelante un amor inmenso como el desierto.

Zoraidah enloqueció.

XII

Los cuatro hombres que se habian ocultado entre la espesura, se deslizaron silenciosos.

De improviso la sultana, volviendo en sí, rechazó á Aben-Hamet.

Se apartó de él.

—No,—dijo.—Véte y olvida: yo no te amo: yo amo á mi esposo y mi señor: al padre de mis hijos.

Sucedió una larga lucha.

Lloraba Aben-Hamet, el invencible, el fiero, como una débil mujer ó como un niño que enojada separa de sus brazos su madre.

—¡Jamás!—repetía inflexible la sultana delirando de amor: —¡jamás! ¡vete y olvida!

XIII

Con semblante demudado, descompuesto, horrible, inflamado por el furor, con la boca entreabierto y espumosa y los ojos injectados de sangre, apareció un semblante entre la espesura que hay detrás del ciprés.

Era el rey.

Ocultos en la espesura, á sus espaldas, habia cuatro hombres.

Eran Mahomed-Zegri, Hamet-Zegri, Mahandon-Gomul y Mahandin, enemigos á muerte del abencerraje Aben-Hamet.

Boabdil se volvió á ellos, y les dijo con voz apagada por el furor:

—Habeis sido leales: me habeis despertado de mi sueño. Id mañana á acompañar á mi verdugo á la Cámara de los Leones.

Y se deslizó, se perdió entre la espesura.

Al mismo tiempo, por el otro extremo del jardin, desaparecia Zoraidah.

Aben-Hamet habia quedado arrodillado en el mismo lugar de donde habia desaparecido la sultana.

XIV

Al día siguiente, traidoramente llamados por el rey á la Alhambra, fueron degollados en la Cámara de los Leones Aben-Hamet y treinta y seis caballeros de su tribu.

Desde aquel día aquella Cámara se llama Sala de los Abencerrajes.

XV

La sultana Zoraidah fué encerrada en la torre de las Damas y acusada de adulterio.

Sostenian la acusacion Mahomet-Zegri, Hamet-Zegri, Mahandin Gomel y Mahanden.

XVI

Pasaron algunos días.

Era una noche oscura.

Los guardas del Real de Santa Fe velaban en silencio.

De improviso se oyeron pasos de cabalgaduras, y entre la sombra pudieron distinguirse cuatro ginetes armados, que tomaban la direccion de la puerta del Real que miraba á Granada.

Cuando llegaron á la puerta llamaron al capitán de la guarda.

—¿Quién va?—dijo éste.

—El alcaide de los Donceles,—dijo el uno de los cuatro.

—Guárdeos Dios, capitán,—dijo el de la guarda.—¿Qué ocurre?

—Salir á la vega con estos caballeros que son D. Alonso de Aguilar, D. Manuel Ponce de Leon y D. Juan Chacon.

—Puede sucederos un fracaso, porque los moros rondan el campo á la redonda.

—¡Pardiez, capitán! Sabed que tenemos empeñada una porfia con los capitanes de caballos Hernan Perez del Pulgar y Gonzalo de Córdoba, sobre quién hará una hazaña de más valía, y por Dios que hemos de ir adelante aunque nos cueste la vida.

—Pues porfia teneis y con porfia lo pedís, salid, caballeros, y que Dios os ayude.

Y les franqueó la puerta.

XVII

Ya cerca del amanecer llegaron los cuatro caballeros cerca de los muros de Granada, sin que hasta allí hubieran tenido tropiezo.

Se detuvieron para pensar lo que harian, que mereciese el ser altamente estimado y celebrado.

Cuando hé aquí que el acaso, protector de locos y aventureros, les deparó aventura tal, que hubieron de darse por satisfechos y contentos, como aquel que, ganoso de fama, se vé en trance de vencer lo que todo prudente juzgaria invencible.

Y fué que vieron venir hácia ellos, el camino adelante de la parte de Granada, y á la luz del alba que empezaba á clarear, un bulto blanco asaz en grandeza y ligero como un copo de plumas impulsado por el viento.

Adelantóse solo, á media rienda de su caballo, el Alcaide de los Donceles hácia aquel bulto por ver lo que era, y vió que era una mujer que, con voz dulce, dolorida y triste, le dijo:

—De caballeros es amparar desvalidos, y yo soy una desvalida granadina que, buscando amparo, va al real de los cristianos.

Habíanse, en esto, acercado los otros tres.

—Mujer sola y á esta hora,—dijo el señor de Cartagena, D. Juan Chacon,—en gran ocasion hallarse debe, pues se ve tan desamparada.

—No son mías las desventuras,—dijo la dama,—sino de una tal persona que, cuando yo os diga su nombre, habreis de maravillaros; y pues que á lo que pareceis sois caballeros, y por hablar en *algarabia* cristianos, pidoos que me lleveis á donde yo pueda encontrar á D. Juan Chacon, señor de Cartagena.

—Oyéndote está, hermosa doncella,—dijo D. Juan,—que yo soy el señor de Cartagena.

—Allah, pues, me ampara, pues que tan presto te encuentro,—dijo la jóven y hermosísima mora.—Yo me llamo Saruhyemal, (*Flor de la hermosura*) y soy doncella de la poderosa sultana de Granada, Zoraidah, (*Luz del alba*), á quien de tal manera ha colmado Dios de desventuras, que se vé obligada á ampararse de los enemigos de su patria.

—¿Y que desventuras son esas que afligen á la sultana?—dijo el Alcaide de los Donceles.

Saruhyemal les refirió lo que acontecia; que la sultana, por el odio de los zegríes á los abencerrajes, habia sido acusada de adulterio; que el rey habia degollado al caudillo de los abencerrajes con otros treinta y seis caballeros de su linaje; que la reina estaba presa en la Torre de las Damas en la Alhambra, esperando que Dios, en juicio de combate, salvara su vida y su honra, y que el plazo para la prueba del duelo terminaria aquel día que ya habia amanecido.—Y pues tú eres D. Juan Chacon,—añadió la mora,—toma esta carta que para tí me ha dado la sultana.

Tomó la carta D. Juan, la desenrolló y leyó lo siguiente: «A tí D. Juan Chacon, señor de Cartagena, la sultana Zoraidah te saluda y desea prosperidad.

Pues siempre has sido generoso y amparador; ampárame. Calumniada he sido vilmente por cuatro traidores, y estoy en trance de prueba de duelo ante el Altísimo y Unico.

Una cautiva cristiana que me asiste, me ha dicho cuánto vales, cuánto puedes, cuánto eres la honra de la hueste de los poderosos reyes á quienes sirves.

Ven, cristiano.

Ven con otros tres de tus amigos que, siéndolo tuyos, no pueden ménos de ser valientes y generosos.

Venid y lavad mi honra; lavadla con sangre infame.

¡Venid, oh venid, porque en vosotros confío!»

—Si aventuras buscamos,—dijo D. Juan Chacon,—¿dónde una más alta ni que más renombre pueda darnos? Adelante, caballeros, adelante y que esta dama nos conduzca por donde más pronto lleguemos.

XVIII

Caminaron como una hora, y al cabo de ella llegaron á un bosque de laureles, en medio del cual habia un hermoso alcázar, y cerca de una aldea llamada la Azubia, en la falda de Sierra Nevada.

Los caballeros siguieron á Saruhyemal, y ésta los llevó á una sala del alcázar que parecia haber sido construida para albergar al génio de los amores.

Maravillábanse los cristianos de tanto lujo y de tanta belleza, cuando hé aquí que entraron cuatro esclavos, con espléndidas ropas á la morisca, que les pusieron sobre las armas y rodearon sus cascos de blancas tocas flotantes á la usanza árabe.

Los cristianos, disfrazados ya de tal manera que podia juzgárseles moros, salieron del alcázar y fuera de él encontraron cuatro caballos bravíos de pura sangre árabe encubiertos de guerra.

Diéronles fuertes lanzas de dos hierros, despidiéronse de Saruhyemal, y aflojando la rienda á sus caballos llegaron como una exhalacion al puente del Genil, atravesaron la Tela, dejaron atrás Bit Ataubin (*Puerta de los Convertidos*) y llegaron á Bib-Al-Malek (*Puerta del Rey ó Real*).

Y era ya tiempo.

Se alzaba el sol resplandeciente en un cielo sin nubes acercándose al medio día.

En la plaza de Bib-Rambla (*de la Puerta del Arenal*), había un palenque cerrado cuyos estrados y cuyas graderías estaban ocupados por una apiñada muchedumbre.

En las ventanas y en los miradores de la ancha plaza, no se veían más que damas vestidas de luto, que protestaban de este modo de la acusación infame y se declaraban defensoras de la sultana.

Pero no bastaba esto.

Era necesario venir al Juicio de Dios en la prueba del duelo.

XIX

A un extremo del palenque había un cadalso enlutado, en que la desdichada sultana aparecía vestida de blanco entre sus doncellas y sus esclavos.

En el otro extremo, frente á este cadalso, estaba la tienda de los mantenedores de la acusación: y delante de ella se alzaban, clavadas en la arena, cuatro lanzas de batalla, de cada una de las cuales pendía una redoblada adarga de cuero curtido, sobredobadas de arabescos en sedas de colores y versos del Korán en oro.

A siniestra mano en el comedío del palenque se veía el estrado de los jueces del campo.

Eran estos el emir Muza Ben Abil-Gazan, hermano del rey, el wazir Ben Comixa y el Katib Abdel-Kerim.

En frente estaba el estrado real, en donde el cruel Boabdil aparecía con traje de fiesta, así como los caballeros de su corte que le acompañaban.

XX

A la salida del sol, los alguaciles reales á caballo y precedidos de añfiles y atalkebiras, pregonaron la acusación contra la sultana y arrojaron cuatro guanteletes en la arena, en representación de los mantenedores de la acusación, y para que los recogiesen los que quisieran contradecirlos.

Nadie contestó.

Y pasó el tiempo.

XXI

Llegó la hora de *adohar* cuando ya estaba el sol alto, y se repitió el pregon.

Sucedió el mismo silencio.

Nadie osaba medirse contra los terribles mantenedores. Los caballeros granadinos se habían degradado.

Temían además la ira del cruel y cobarde Boabdil si defendían á la sultana.

El asesinato llevado á cabo algunos días antes en el alcázar sobre Aben-Hamet y sus treinta y seis caballeros, aterraba á todo el mundo.

Se dudaba, además, de la virtud de la sultana, y se temía que en la prueba del duelo, la justicia de Allah ayudase á los mantenedores de la acusación.

XXII

Se acercaba la hora de la oración, ó *azalá de adohar* (*medio día*) en que debía pregonarse de nuevo la acusación y reto.

La ansiedad era horrible.

El populacho se impacientaba y rujía.

Ansiaba saborearse con los lances del combate.

En el rostro de Boabdil, resplandecía lúgubramente una infame alegría.

Si después del tercer pregon no se presentaban defensores de la sultana, ésta, como adúltera, debía ser conducida al Haza de la Escaramuza, y allí, como adúltera, apedrearla hasta que la cubriesen las piedras.

XXIII

Ya los alguaciles salían para gritar el tercer pregon, cuando de improviso se oyó gran alarido que se levantaba por la puerta de Arenal, y la aguda trompeta de su alcaide anunció que había en ella campeones que se proponían defender á la sultana.

Levantóse gran clamor entre la muchedumbre.

Palideció el rey de cólera.

Se alentó Zoraydah.

Los mantenedores aparecieron en la entrada de su tienda.

La multitud se puso en pié y miró con ahínco á Bib-Rambla, por cuya poterna debían entrar en la lid los campeones.

XXIV

Abrióse al fin aquella poterna, y cuatro ginetes, al parecer berberiscos por sus armas y por el linaje de sus caballos, atravesaron á media rienda la tela, y llegando al cadalso donde estaba la sultana, uno de ellos con voz fuerte y vibrante y en arábigo aljamiado la dijo:

—Noble señora, estos tres que conmigo ves y yo, somos cuatro hermanos, caballeros aventureros, cuya patria no importa, que vamos por el mundo en busca de aventuras en defensa de los menesterosos desvalidos, y pues hemos llegado á tiempo de saber tu desdicha, licencia te pedimos para defenderte.

Quien así había hablado era el noble señor de Cartagena, D. Juan Chacon.

—Alhah te premie,—dijo la sultana,—y á tus hermanos, caballero, la merced que me haceis; y sabed que defendiéndome defendéis la inocencia, y el Altísimo os dará la victoria y yo mi eterno agradecimiento.

XXV

Después de esto, y pedida la vénia al rey, D. Juan Chacon y los otros tres castellanos se pusieron delante del cadalso, apercibidos para el combate, embrazadas las adargas, terciadas las lanzas y recogidos los corceles que piafaban impacientes.

XXVI

Se gritó por tercera vez la acusación.

Antes de que acabara y ardiéndosele la sangre á D. Juan Chacon, dijo respondiendo al alguacil que gritaba:

—Mientes tú, y los que tal te mandaron decir, y todos, altos y bajos, grandes y pequeños, los que tan infame y torpemente mantienen la acusación, y traidor es y villano el que al escucharlo calle; y en prueba y en señal de desafío á los presentes y á los por venir que tal afirmaren, á muerte, sin perdon ni plazo, ved lo que yo haré y lo que conmigo harán mis hermanos.

XXVII

Y los cuatro capitanes de Castilla, arriando los acicates á los caballos, partieron á media rienda con las lanzas en el riestre, y tocando con ellas poderosamente las adargas de los mantenedores, las derribaron con estruendo, después de lo cual, tomando campo, volvieron á ponerse delante del cadalso de la sultana, y quedaron inmóviles como estatuas ecuestres, con las adargas embrazadas y terciadas las lanzas.

XXVIII

Salieron como tigres de sus tiendas Mahandin-Gomel, Hamet-Zegri, Machandon y Mahandiz-Gomel, saltaron en sus caballos, que les tenían sus esclavos y tomaron sus adargas y sus lanzas.

A D. Juan Chacon, á D. Alonso de Aguilar, al Alcaide de los Donceles, y á D. Manuel Ponce de Leon, se les hizo la boca agua, y les relucieron los ojos como á los gatos cuando huelen el ratón.

Que no con ménos placer tomaban el lance ni con más temor miraban á sus contrarios.

Aquel era para ellos un gran día, y esperaban otro muy próximo, en que vencedores, tomarían aquella rica ciudad, tendrían en ella un nuevo y glorioso solar de su casa que les darían los nobilísimos reyes sus señores.

XXIX

Bajó el emir Muza, con los otros dos jueces del campo, á la arena, y habiendo tomado juramento á los contendientes de que lidiarian como buenos, sin ayuda de hechicerías ni amuletos, les partieron el sol y Muza dijo con gran voz:

—Campo cerrado y batalla os cedemos caballeros; partid y cumplid con vuestro deber.

Y levantando su alarido los añfiles, los atabalillos, las atakebiras y las dulzainas, al que se unió el estruendo del vocerío de la multitud, los mantenedores y los campeones partieron, inclinados sobre los arzones, las adargas al pecho y las lanzas bajas, á todo el escape de sus corceles.

Se enfilaron D. Juan Chacon con Mahandiz; D. Alonso de Aguilar con Mahandon-Gomel; D. Diego Fernandez de Córdoba, Alcaide de los Donceles, con Mahomet Zegri, y Don Manuel Ponce de Leon con Mahandin-Gomel.

Retumbó el formidable encuentro en todos los ámbitos de la plaza, y cuando el remolino de polvo se desvaneció, se vió que todos los caballeros estaban sobre los arzones, pero todos también con las lanzas rotas en astillas.

XXX

Diéronse nuevas lanzas, tomaron campo, y los instrumentos bélicos dieron la señal de la segunda arremetida.

Encontráronse con igual ímpetu y estruendo.

El Alcaide de los Donceles falseó la adarga y el jaco damasquino de Mahomet Zegri; y tal fué la bárbara pujanza del golpe, que la mitad de la ensangrentada cuchilla de la lanza asomó por la espalda del moro, que cayó despojado y sin vida á la arena.

Los otros seis combatientes no sacaron ventaja el uno sobre el otro y volvieron á tomar campo.

Entre tanto el bravo Alcaide de los Donceles, que había descabalgado, se avalanzó sobre Mahomet Zegri, le cortó la cabeza, y llevando su caballo de las riendas fué á poner aquel sangriento y horrible trofeo de su victoria en el cadalso á los piés de la sultana.

Después cabalgó y permaneció inmóvil.

Había terminado su tarea.

XXXI

En la tercera arremetida, la suerte estaba indecisa.

Don Juan Chacon y Mahandin habían roto las lanzas; pero Mahandin había perdido el bonete de acero y peleaba con la cabeza descubierta, resguardándose con su adarga de los golpes de maza de D. Juan.

D. Manuel Ponce de Leon y Hamet Zegri justaban como en un torneo.

Hamet-Zegri, enojado de la duración del combate, plantó su caballo en firme cuando venía á encontrarle Ponce de Leon, tendió el brazo y le arrojó la lanza que hendió el aire silbando, y hubiéralo pasado mal el castellano á herirle de lleno el asta; pero la rabia hizo perder el tino al moro, el cual se descompuso, vaciló, y al encontrarle el caballo del castellano, rodó por tierra.

Vino sobre él Ponce de Leon y de un lanzazo le clavó contra la arena.

Le cortó luego la cabeza, y como el Alcaide de los Donceles, fué á ponerla en el cadalso á los piés de Zoraydah.

Después cabalgó y permaneció junto al cadalso.

XXXII

Al mismo tiempo don Alonso de Aguilar y Mahandon peleaban encarnizadamente.

Desalentado el moro con la muerte de sus dos amigos se enervaba y sacaba fuerzas de su desesperación: habían perdido las lanzas y los caballos y peleaban á pié: giraban rápidamente el uno en torno del otro, se martilleaban, volvían á separarse y se acometían de nuevo.

Se esforzó el moro, y en un golpe que paró en la adarga D. Alonso, se le fué su maza de las manos.

Entonces esperó á pié firme á don Alonso.

Mahandon era agigantado.

Confaba en sus fuerzas.

Se arrojó al cristiano y se abrazó á él como con el intento de sofocarle entre sus membrudos brazos.

D. Alonso se dejó cojer.

Pero inmediatamente crugió el jaco de Mahandon.

Sus brazos aflojaron.

D. Alonso le oprimía con los suyos como con unas tenazas de hierro.

El moro cayó en tierra sofocado, lanzando un gran vómito de sangre: como sus amigos á sus enemigos, le cortó la cabeza D. Alonso y se la llevó á la sultana.

XXXIII

Quedaban don Manuel Ponce de Leon y Hamet-Zegri. El combate estaba indeciso.

Habían roto tres veces las lanzas y habían tomado de nuevo campo.

Pero en este cuarto encuentro D. Manuel Ponce de Leon, corrido de haberse quedado el último sin vencer, y comprendiendo que el moro le llevaba ventaja por la mayor fuerza de su caballo, hirió al animal en el pecho.

Buscaba D. Manuel la igualdad de fuerzas.

El caballo cayó.

Hamet-Zegri saltó de él, quedando de pié, y se fué á desjarretar el caballo de D. Manuel.

Pero éste, desnudo ya su largo montante, había saltado al suelo.

Esperó al moro, y de un revés terrible, alcanzándole en la garganta por debajo de la cervillera, le cortó á cercen la cabeza que rodó á larga distancia.

Recogióla D. Manuel y la puso en el cadalso.

XXXIV

El pueblo, que hasta entonces había estado agitado por contrarias emociones, al triunfar el último contendiente, lanzó un alarido de alegría.

Tan aborrecidos eran en Granada los traidores Zegries. Sonaron los instrumentos con un clamor de victoria para los campeones.

Bajó de su estrado el emir Muza con los otros dos jueces, se fué al centro del palenque, y en medio de un silencio profundísimo, dijo:

—¡Hé aquí la justicia de Dios Altísimo, Unico y Misericordioso! La sultana es inocente.

XXXV

El débil Boabdil, que había ansiado ferozmente la condenación de Zoraydah mientras la creyó culpable, se alegró, con no sabemos qué torpeza, cuando vió que dignamente podía poseerla.

Corrió á ella con ademan de estrecharla entre sus brazos. Pero la sultana le rechazó exclamando:

—¡Aparta, asesino! ¡Tú has muerto para mí y yo he muerto para tí!

Y se fué con su servidumbre al palacio de Gallo de Viento en el Albaicín.

El rey volvió triste y sombrío á la Alhambra.

XXXVI

Entretanto las cabezas y los troncos de los vencidos condenados de calumnia y traición, fueron entregados al verdugo, y arrastrados en serones, hasta la rambla de la confluencia del Darro con el Genil.

Allí fueron quemados aquellos miserables despojos, y luego aventáronse las cenizas y fueron entregadas á la corriente para que no quedase resto alguno de aquellos infames.

XXXVII

Al día siguiente los cuatro nobles castellanos que se habían vuelto al Real de Santa Fé, recibieron de la sultana un magnífico presente, y cada cual una trenza de sus cabellos entrelazados de pedrería.

«Justo es, decía un trozo de la carta que acompañaba al presente, que tengais algo que ha sido de la cabeza inocente que habeis salvado. Dios os bendiga, caballeros, y os engrandezca, y á toda vuestra posteridad.»

Los Reyes Católicos también recibieron un presente y una sarta de Zoraydah, en que les relataba la hazaña de los cuatro caballeros.

Así se supo.

Ellos no se la habían contado á nadie.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Los habitantes de California no han sido más afortunados que los de España, Francia, Inglaterra y otros Estados europeos: los despachos de Nueva-York dicen que las inundaciones han causado daños de consideración en los valles de San Joaquin y del Sacramento.

Las lluvias han sido copiosísimas, saliendo de madre un gran número de ríos.

Un telegrama recibido hoy dice que la guerra civil ha estallado de nuevo en la República de Andorra.

El comité especial de la Cámara de representantes de los Estados Unidos, ha aprobado el dictamen relativo á la constitución de la Compañía que se propone construir un gran ferrocarril á través del istmo de Tehuantepec, destinado á transportar los buques desde el Océano atlántico al Pacífico, y viceversa.

Dicho dictamen es favorable á aquella colosal empresa.

EL CANTO DEL POETA.

Soy poeta, yo siento en mi cerebro hervir la inspiración, vibrar la idea; siento irradiar en mi exaltada mente imágenes brillantes como estrellas.

El fuego abrasador de los volcanes en mi gigante corazón flamea; escalo el cielo, bajo á los abismos, rujo en el mar, cabalgo en la tormenta.

Soy poeta: mi espíritu se escapa de la mezquina cárcel de la tierra, y sobre otros espacios y otros mundos tiende sus alas de águila altanera.

Bebe la luz en la mansion del rayo, «atravesas las órbitas etéreas,» y el penetrante arpon de sus pupilas recorre el panorama de la esfera.

Soy poeta: al rumor de las naciones las cuerdas de mi cítara se templan; lloro en el negro mundo de las tumbas; río en la bacanal; trueno en la guerra.

El amor y la patria son mi vida; el corazón humano mi poema; mi religión la caridad y el arte: la libertad sublime mi bandera.

Soy poeta: yo siento en mi cerebro hervir la inspiración, vibrar la idea; siento irradiar en mi exaltada mente imágenes brillantes... ¡Soy poeta!

MANUEL REINA.

LA VOZ DEL SIGLO.

De mi vida en los albores cuando todo lo ignoraba, mi madre á orar me enseñaba con la fé de sus mayores. Mi lábio de sus fervores el acento repetía y de aquella infancia mía hoy, á mi pesar comprendo, que iba el rezo repitiendo aunque no lo comprendía.

Más tarde del templo oscuro al recinto sosegado de mi santa madre al lado iba, de mi fé inseguro; arrimado al ancho muro oía dulce y sonoro aquel místico tesoro de salmos y letanías, en el órgano, armonías, y cánticos, en el coro.

Más ¡ay! el alma escuchaba del mundo exterior el ruido, y era el templo oscurecido prision que al alma enojaba; y á medida que pasaba el tiempo ráudo corriendo la costumbre fué imprimiendo su tenaz huella en mi mente, grabando en ella hondamente palabras que aún no comprendo.

Con empeño singular me enseñaron á temer, obligándome á creer sin dejarme razonar; y en constante batallar, de la costumbre á despecho, oía dentro del pecho acentos de angustia fiera como si otro en mí viviera de su sér no satisfecho.

Vivir en santa clausura pensando en la ansiada muerte; deplorar la triste suerte de la humana criatura: desdeñar toda ventura y complacerse en sufrir, orar siempre y no seguir del siglo el funesto ejemplo, esto escuchaba en el templo y me sentía morir.

En tanto el acento oculto tronando cual lava hirviente resonaba en mí potente lanzándome ronco insulto, y mi corazón sepulto dentro del pecho medroso, despertando presuroso de aquel sopor de la infancia, con juvenil arrogancia saltaba en el pecho ansioso.

—¡Alza!—gritaba hondamente— rasga de tu infancia el velo, y salva el azul del cielo que alumbraba el sol refulgente: remonte el vuelo tu mente y verás si al éter subes, que la mansion de querubes forjada por tus mayores la hizo el mar con los vapores que engendran las anchas nubes.

Deje paso la oración que de niño repetías á intensas melancolias de muda contemplación; y en vez de la sucesión de misterios infecundos vé los astros errabundos cómo el aire van poblando eternamente girando en torno á mundos de mundos.

Contempla el cielo y el mar, y entre campos y montañas con maravillas extrañas la vida do quier brotar. Mira el mundo despertar rico, abundante y hermoso, y olvida aquel angustioso tenaz acento, iracundo, que te manda huir del mundo por tentador y engañoso!

Dime si puedes dudar de que adquiriste al vivir el alma para sentir, la fuerza para luchar; la fé para conquistar generoso vencimiento del siglo que en grato acento te dá el mundo en posesión, á las dando á tu razón y vuelos al pensamiento!—

Así la voz me gritaba, cuando un día me llamó mi madre y me preguntó si al templo la acompañaba. De ella siempre el alma esclava siguióla en su devoción y volviendo á la oración entré con paso seguro en el ancho templo oscuro cuando empezaba el sermón

Más ya de la infancia mía no abrigaba los instintos, y pensamientos distintos turbaban mi fantasía. Legendaria poesía en vez de santos fervores, me inspiraban los primores de las viejas catedrales con sus arcos ojivales y sus vidrios de colores.

Del templo la inmensidad, recinto ayer de oración, es ya artística expresión de leyendas de otra edad. En su santa austeridad ya el temor me cerca en vano, y allí ya el criterio humano ni divaga ni se arredra bajo los arcos de piedra del monumento cristiano.

Del púlpito tenebroso salía una voz cansada, llamando desatinada torpe al mundo y engañoso, y con cristiano reposo y elocuencia dolorida pintaba la oscura vida del divino anacoreta que en soledad recoleta pasó en oración la vida.

Con el desden más profundo y al siglo torpe increpando, iba su acento burlando las vanidades del mundo. Tornóme meditabundo la plática dolorida, cuando otra vez la escondida voz del alma en tal momento, resonó con hondo acento y en violenta sacudida.

—Vivir,—dijo,—para orar, vida estéril debe ser; vivir para merecer y sentir para crear; los altos montes salvar en pos del bien deseado y vencido lo ignorado alzar con triunfo creciente, las victorias del presente sobre el yermo del pasado.

Ven, que aquí sordo navega como el eco en el vacío el lúgubre acento frío que al mundo exterior no llega. Sal, que si el sol no te ciega verás á su resplandor del mundo entre el esplendor herir tronantes los vientos de nuestra edad los acentos con impulso atronador.

Hienden las naves veleras el mar con sonantes proras; rugen las prensas sonoras del progreso mensajeras; dan las hirvientes calderas los estridentes sonidos y los alambres tendidos rompen los bosques feudales tras las viejas catedrales y los templos carcomidos.

Oye del cañon que estalla la explosión que el triunfo anuncia y la victoria denuncia de la moderna batalla. No es de la fé que avasalla el estéril vencimiento, que el cañon pregona al viento en bien de la especie humana la libertad soberana del alma y del pensamiento.

Allí donde el monje oró suena la voz del tribuno, donde en infecundo ayuno, vana la oración sonó. No has de resistirte, no, del mundo al eco estendido; que tras el templo derruido te brinda eternas victorias para que cantes las glorias de la edad en que has nacido!—

Tal la voz sonaba en mí cuando en dichosa ocasión cesaba el triste sermón y á mi madre alzarse ví. Presuroso la seguí... ¡Oh amorosa madre mía, con qué amor me sonreía viéndome que á su lado estaba, ella, que el eco ignoraba de la voz que yo sentía!

Respetas su hermosa fé; no turbes ¡oh corazón! la santa tribulación de alma que tu seno fué. Yo ante mi madre ahogaré la razón que en mí renace; ella así se satisface y así mi encanto la quiere: ¡ella es el siglo que muere! ¡yo soy el siglo que nace!

EUSEBIO BLASCO.

DOLORA.

Siempre que con ella fui al valle, y juntos allí en plácido arrobamiento su amor y sus ojos ví, y bebí su mismo aliento,

me pareció que la fuente, cuya plata transparente á nuestros pies se estendía, mirándonos se reía con su rumor permanente.

Hoy que, perdido su amor, voy á ver si ese cristal conserva su imagen real, y al no hallarla, mi dolor acrecienta su raudal,

¡oh, ilusión! se me figura que mis penas comentando con cadenciosa ternura, se aleja la fuente pura llorando, siempre llorando.

C. RODRIGUEZ PINILLA.

EN VARIOS ALBUMS.

I

No puedo ver con ánimo sereno Borjas cual tú, tan puras y apacibles, pues juzgo, como hay Dios, menos temibles las Borjas del puñal y del veneno.

II

Yo sé quien, de una dicha que no alcanza, vá bebiendo en tus ojos la esperanza.

III

No escribo versos aquí porque mi nombre recuerdes, sino para que te acuerdes que yo me acuerdo de tí.

R. CAMPOAMOR.

SIEMPRE.

I

Pasa feliz la juventud ufana, soñando dichas que el amor le envía, como risueña pasa cada día la hermosa luz de la gentil mañana.

El breve sueño de su pompa vana la sombra apaga de la tarde umbría, como apaga en el alma la alegría la oscuridad de la tristeza humana.

Huyó mi juventud; todo el encanto que ví risueño en mi candor primero, fué á sepultarse en el tremendo abismo; pero dichoso yo vivo entre tanto, porque este dulce afán con que te quiero, aquí en mi corazón siempre es el mismo.

II

LA SEPULTURA DE MI MADRE.

Bienaventurados los que lloran.

En mi mortal partida ví la Esperanza que en la Fé se encierra, porque probé en la vida todas la aficciones de la tierra.

JOSÉ SELGAS.

LA RISA.

SONETO.

Rompí el oriente su fanal sombrío; y al sacudir las perlas de su manto, las bebieron las flores con encanto cuál purísima lluvia de rocío.

Las claras brumas del sonante río fueron alfombra del celeste llanto; y el mar rugiente, deslizaba en tanto las gruesas ondas de su seno frío.

Rodó en su carro el alba seductora; sus ejes de oro reprimió indecisa, y alzó la alondra su canción sonora.

El sol dorado se elevó en la brisa; y al rojo beso que le dió la aurora batió las alas y nació *La Risa*.

S. RUEDA.

FRAGMENTO.

Oye: tiene mil azares esto de tomar mujer. Por de pronto suelen ser malos los preliminares.

Estos son ansias, desvelos, citas, rondas, desafíos, trasnochadas y desvíos, y peloterías y celos.

Suele la amada beldad traerte á veces sin tino guiñando el ojo al vecino... Todo esto es malo; es verdad.

Decídete á ser su esposo y sufres, ¡que es la más negra! de la veterana suegra el exámen codicioso.

Viene el gasto ¡es cosa óbvia! y te exprimen sin piedad, cuando no la vanidad los caprichos de la novia.

Llegamos al desposorio: ¡dás el suspirado sí!... ¡Gracias á Dios! hasta aquí has pasado el purgatorio.

¡Mas preso en el lazo tierno tu amoroso afán reposa! ¡Oh, entonces ya es otra cosa; entonces entra el infierno!...

A. GARCÍA GUTIERREZ.

LA CONCIENCIA.

—«¡No hay Dios!»—dice el ateo, cruel tirano de su propia conciencia delirante. —«¡Existe Dios!»—contéstale incesante la voz universal del génio humano.

Desde el sol explendente al vil gusano, desde la inmóvil roca al astro errante, de Dios ostentan el poder constante y proclaman su imperio soberano.

En vano intenta con soberbia rara propagar el ateo su demencia; que si la humanidad toda cegara,

aún de Dios viera entonces la existencia, si no á la luz del sol, radiante y clara, ante la eterna luz de la conciencia.

JOSÉ MOMPÓU.

HISTORIA ETERNA.

Ella, niña inocente, le enamoró por juego con su mirar de fuego, y al terminar la chanza le engañó. El, amante y ardiente, se enamoró de veras y al pié de unas moreras al sentirse engañado la mató.

Hoy una cruz aislada en medio del camino recuerda su destino á todos los que pasan por allí. Si llegas á olvidar la fé jurada, voluble ó caprichosa, cuando pases delante de esa fosa acuérdate de mí.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coru- los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbor- do en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pa- sajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.— Barcelona, D. Ripoll compañía.— Coruña, E. da Guarda.— Valencia, Dart y compañía.— Má- laga, Luis Duarte.— Sevilla, Julian Gomez.— Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histérico, Con- vulsiones, Vértigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
— Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Entenacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
— ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
— Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco elixir como garan- tia la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sañudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of whom may be had full parti- culars.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gliben, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hemorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
— ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsifica- ciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba — Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis. —Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfu- mar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Rami- llete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCION CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.
de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las Hernias mas ó menos caracterizadas.—Hasta el dia, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del VENDAJE ELECTRO-MEDICAL, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GABINETE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.
Vendaje sencillo: 25 frs.—Indicar el costado.—Exigir la firma del Inventor.

PILDORAS BOILLE
de BROMHIDRATO de QUININA de BOILLE
Contra el Reumatismo diatéxico y gotoso las Calenturas intermitentes, las Neuralgias, las Neurosis (Jaquecas), etc.
El Bromhidrato de Quinina de Boille es el de que se ha hecho uso exclusivo en todas las esperiencias que han tenido lugar en los Hospitales de Paris y de Francia.
EXIJESE LA FIRMA DE
Deposito en Paris: E. BOILLE, 22, calle de la Bruyère.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Enero de 1881.

ACTIVO.		Pesetas. Céntimos.
Efectivo metálico.....	116.043.197'21	
Caja de Moneda.—Pastas de plata.....	695.000	120.348.246'72
Id. de oro.....	1.789.084'51	
Efectos á cobrar en este dia.....	1.820.965	
Efectivo en las sucursales.....	76.865.510'48	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero....	32.558.864'52	112.398.206'25
Idem en poder de conductores....	2.973.831'25	
		232.746.452'97
Cartera de Madrid.....		373.524.422'42
Idem de las sucursales.....		96.741.717'71
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....		385.353'71
Bienes inmuebles y otras propiedades.....		3.658.872
Tesoro público: por amortizacion é intereses de las obli- gaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....		9.997.250
Idem id. por id. id., ley 3 Junio 1876, série exterior..		7.521.500
Idem id. por id. id., ley 11 Julio 1877.....		4.824.000
Idem id. por id. é id. de los bonos, emision 1.º Abril 1879.....		10.006.667'50
		739.406.236'31

PASIVO.

PASIVO.		Pesetas. Céntimos.
Capital.....		100.000.000
Fondo de reserva.....		10.000.000
Billetes emitidos en Madrid.....	107.532.750	270.513.425
Idem id. en las sucursales.....	162.980.675	
Depósitos en efectivo en Madrid.....		37.431.427'79
Idem en id. en las sucursales.....		11.609.915'31
Cuentas corrientes en Madrid.....		173.397.777'64
Idem id. en las sucursales.....		50.809.737'63
Dividendos.....		4.208.430'68
Ganancias y } Realizadas.....	1.655.527'27	4.277.659'59
pérdidas. } No realizadas....	2.622.132'32	
Intereses y amortizacion de billetes hipotecarios....		1.098.203'15
Amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Jun- io 1876, série interior.....		3.446.025
Idem id. de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série exterior.....		3.960.287'50
Idem id. de las obligaciones, ley 11 de Julio 1877....		1.710.490
Idem id. de los bonos, emision 1.º Abril 1879.....		5.225.108'50
Reservas de contribuciones para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 Junio 1876.....		21.244.003'55
Idem de id. para pago de amortizacion é intereses de los bonos, emision de 1.º Abril 1879.....		9.637.719'85
Fondos recibidos de Aduanas para pago de amortiza- cion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....		6.435.793'24
Diversos.....		24.400.231'88
		739.406.236'31

Madrid 31 de Enero de 1881.—El Interventor general, Teodoro Rubio. —V.º B.º—El Gobernador, Cabra.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas,
Préstamos al 6 por 100 en metá- lico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cé- dulas al 5 por 100 de interés desde 1.º de Febrero actual. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa hacien- do préstamos al 6 por 100 en metá- lico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos des- de cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urba- nas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualida- des ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la autori- zacion varia segun la duracion del préstamo.

Advertencia importante.

El prestatario que al pedir el pré- stamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor ce- leridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titula- cion en caso de que fuere necesario

FABRICA DE CAJAS DE TODAS CLASES DE RAFAEL COMPAÑ 6, Fuencarral, 6.

LA AMÉRICA Año XXI

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente des- de Cádiz á Canarias, Puerto-Ri- co, Cuba, Santo Domingo, Hai- ti, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapo- res-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado estable- cimiento LA PROPAGANDA LITE- RARIA.

Precio de suscripcion en Espa- ña, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos. En Ultramar, 12 pesos fuer- tes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1.